



Petra Cuevas nació en Orgaz en 1908. Con 11 años emigró a Madrid, donde se ganó la vida como modista y bordadora. Al mismo tiempo se convirtió en una destacada sindicalista, no dudando en comprometerse cuando llegaron los tiempos difíciles. Estuvo presa en las cárceles franquistas, como tantas mujeres que lucharon por la democracia.

Siendo niña ya trabajó en Orgaz cuidando un niño que, como ella contaba, parecía más grande que ella, pues Petra era y es muy menudita. Por aquella época completaba la jornada yendo a “despiojar” a la abuela del niño al que cuidaba.

Después de irse a Madrid, volvía a Orgaz los veranos y se pasaba las horas leyendo en la cámara de su tía Micaela. Le gustaba compartir con sus amigas y familiares, como lo testimonia esta foto en la que vemos a Petra Cuevas en el primer escalón de la escalera en la casa familiar de la Calle del Pozo Bueno. La última vez que visitó Orgaz fue al poco de cumplir los 100 años.

Este libro quiere contribuir a su recuerdo, facilitando información sobre las facetas más destacadas de su vida pública:

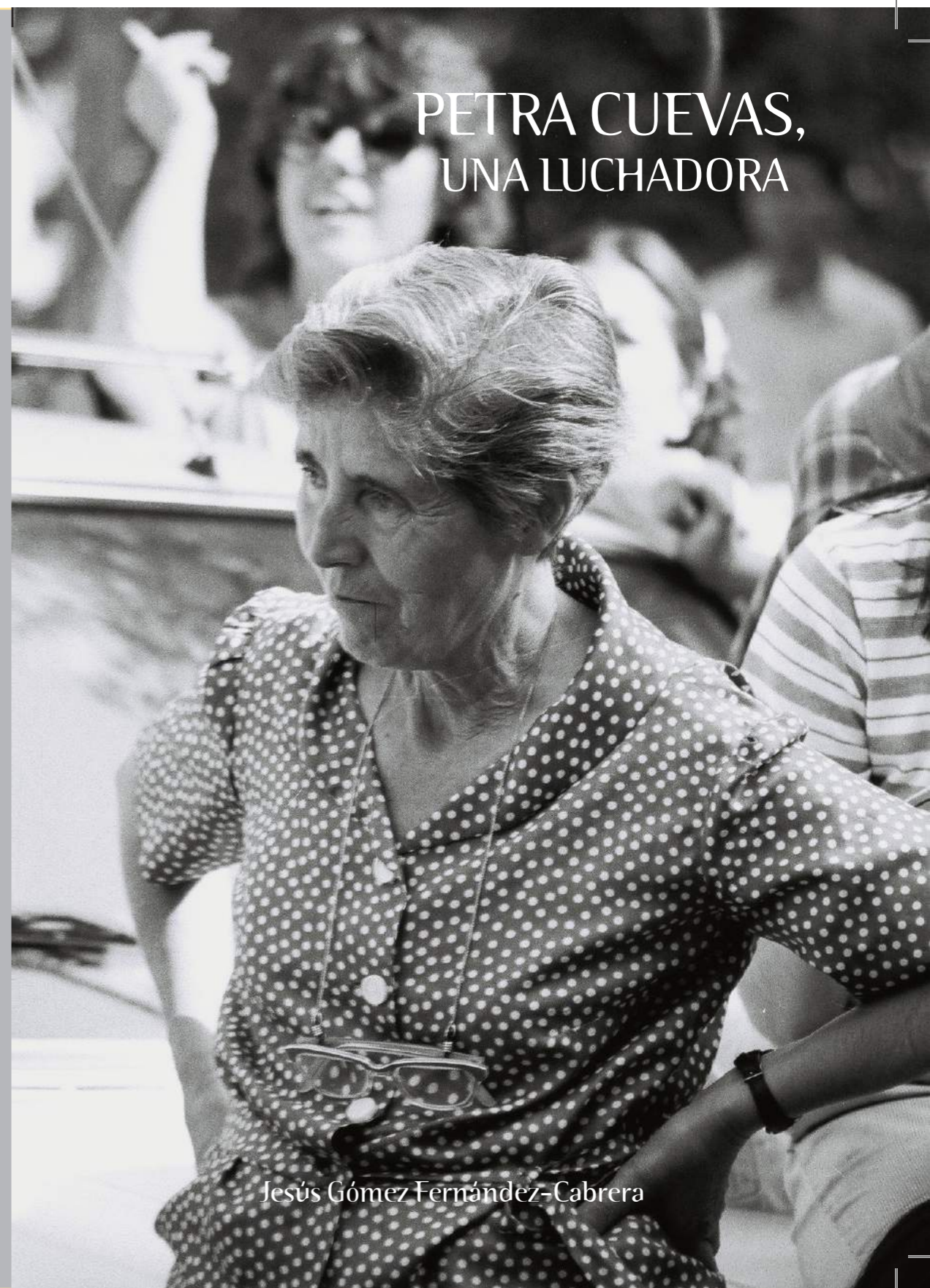
su perfil profesional de bordadora, su labor como sindicalista y militante republicana, y su paso por las cárceles de Franco. Los testimonios orales y escritos de Petra sobre la vida que le tocó vivir, junto a los reconocimientos y homenajes que en democracia ha recibido, pueden ayudar a conocer y entender algo de lo que ha sido la vida de una luchadora, que repetía con convicción: “*Si luchas puedes perder. Si no luchas estás perdida*”.

Tengo un libro en casa que dice: “Recuérdalo y recuérdaselo a otros”...



Edición NO VENAL

PETRA CUEVAS, UNA LUCHADORA



PETRA CUEVAS,
UNA LUCHADORA

Jesús Gómez Fernández-Cabrera

PETRA CUEVAS, UNA LUCHADORA

Jesús Gómez Fernández-Cabrera

Asociación Orgazinizia
Orgaz (Toledo)
2013

Gómez Fernández-Cabrera, Jesús

Petra Cuevas, una luchadora / Jesús Gómez Fernández-Cabrera ; prólogo de María Teresa Gómez Ruiz.— Orgaz: Asociación Orgazinizia, 2013

128 p. ; fot. en col. y n. ; 22 cm.

D.L: TO-736-2013.—ISBN: 978-84-695-9232-8

1. Orgaz-personajes 2. Petra Cuevas 3. Cárceles franquistas
4. Trabajadoras del textil 5. Sindicato de la Aguja
CDU. 929 Petra Cuevas

Patrocina: Asociación Orgazinizia

Colabora: Ayuntamiento de Orgaz

© Del texto: Jesús Gómez Fernández-Cabrera

© De las fotos: sus autores

Diseño y maquetación: Claro Digital

Impresión: Claro Digital

D.L.: TO - 736-2013

ISBN: 978-84-695-9232-8

Edición NO VENAL

Foto portada: Petra Cuevas en una concentración ante los Juzgados de la Plaza de las Salesas de Madrid en 1983. (Archivo familia Cuevas)

PRESENTACIÓN

Este libro que tienes entre tus manos, estimado lector, ha sido fruto del deseo por dar a conocer la figura de una mujer orgaceña, luchadora y comprometida, que por los tiempos que le tocó vivir ha pasado inadvertida entre sus paisanos.

Con este mismo propósito, el dar a conocer la vida y la obra de tantos orgaceños y orgaceñas que han destacado social o culturalmente, he ido publicando en la web más de medio centenar de reseñas sobre otros tantos orgaceños ilustres, entre ellas la referente a la bordadora y sindicalista Petra Cuevas, que se presenta en este libro.

Con mucho gusto he aceptado la petición de la Asociación Orgazinizia de trasladar estas informaciones y publicarlas en forma de libro, con motivo del 105 cumpleaños de nuestra insigne paisana.

Al transformar en libro algo creado para ser difundido en internet, se pierden parte de las remisiones a otras páginas y contenidos gráficos y sonoros, fáciles de acceder en la red y algo difíciles de traer al papel. El lector podrá subsanar esta deficiencia visitando la web mencionada: <http://www.villadeorgaz.es/orgaz-personajes-cuevas.html>, donde están disponibles prácticamente la totalidad de documentos que se citan en este libro.

En las páginas que siguen he buscado traer la voz de la propia Petra Cuevas, y he reproducido textos en los que ella se ha expresado, siempre que me ha sido posible.

Quiero dejar constancia aquí de mi agradecimiento a Luisa Cuevas, sobrina de Petra, y a su padre, Esteban, por la abundante e importante información que me facilitaron en su día.



PROLOGO

Tenaz, perseverante, enérgica, solidaria, trabajadora, decidida... pero sobre todo mujer luchadora.

Son adjetivos que definen perfectamente a Petra Cuevas, una particular heroína en su época, una mujer a la cual debemos mucho las mujeres de hoy en día.

De espíritu incansable, sus logros hacen que mujeres como yo, disfrutemos de una sociedad que nos trata de igual a igual.

Petra no sólo defendió sus creencias con vehemencia, las llevó a extremos que le hicieron pagar un precio muy alto: la ausencia de libertad durante muchos años. Todo esto no fue un impedimento para seguir, incluso, desde la cárcel, luchando por sus ideas de justicia y solidaridad, siempre con valentía y coraje, con la tranquilidad que da ser una mujer honrada y con las ideas claras.

La época que le tocó vivir a Petra fue una contienda constante: las mujeres no participaban en la cultura, la economía o la sociedad, tareas estas siempre reservadas a los hombres. Todo lo contrario, la mujer quedaba recluida en la esfera privada del hogar y, si trabajaba, se veía sometida a una división sexual y clasista del trabajo.

A comienzos del siglo XX la población femenina española se hallaba en una situación de palmaria desventaja frente a los hombres, con unas claras y estrictas limitaciones económicas.

Pese a lo anterior, durante la guerra civil, a las mujeres se les pidió ser protagonistas del esfuerzo bélico, especialmente en el bando republicano.

Este esfuerzo fue fruto de la movilización popular femenina que aglutinó a miles de mujeres españolas hasta entonces marginadas de la sociedad y de la cultura. Todo este deseo de renovar los roles de género hacía necesaria la existencia de una serie de organizaciones femeninas que canalizaran el esfuerzo del colectivo de mujeres con intereses comunes, tales como el acceso a la educación, el trabajo remunerado... en resumen, la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer.

Tras la llegada del nuevo régimen y la instauración de la dictadura todos los derechos conseguidos fueron abolidos, y empezó la más dura etapa en la vida de muchas mujeres que habían luchado por sus ideales.

La represión a la que fueron sometidas no mermó sus ansias de libertad y su espíritu incansable de lucha, por la justicia social y por la consecución de derechos para todos, y más concretamente para las mujeres. Derechos que se consiguieron consolidar con la llegada de la democracia.

Mientras escribo estas líneas, me doy cuenta, que mujeres como Petra Cuevas, son un espejo donde podemos y debemos mirarnos, la lucha, la tenacidad, la solidaridad y la búsqueda de la justicia social son valores que debemos tener muy presentes para conservar lo que mujeres como Petra consiguieron.

M^a Teresa Gómez Ruiz,
Asociación Orgazinizia

1.- UNA LUCHADORA

“Tengo un libro en casa que dice: ‘recuérdalo y recuérdaselo a otros’; por eso estoy aquí”.

Petra Cuevas, nacida en Orgaz en 1908, comenzó así su intervención en un acto-homenaje a las mujeres que defendieron Madrid durante la Guerra Civil. Habló del papel de unas mujeres que, como ella, *“lucharon por la libertad, que no necesitaron que nadie les llamara para organizarse, que trabajaron en las canteras, que fabricaron bombas y confeccionaron ropa”*¹.



*Petra Cuevas,
con 103 años,
escuchando a su
sobrino Manolo,
hijo de Victoriana
Cuevas.
Foto: Luisa Cuevas,
2012*

Petra Cuevas, bordadora, republicana y sindicalista, que estuvo presa en las cárceles franquistas,

es una más de tantas mujeres que lucharon en los tiempos difíciles por la democracia.

En las páginas siguientes, que quieren contribuir a ese recuerdo reivindicado por Petra Cuevas, expongo la información que he podido recabar sobre las facetas más destacadas de su vida pública: su perfil profesional de bordadora, su labor como sindicalista y militante republicana y su paso por las cárceles de Franco. Los testimonios orales y escritos de Petra sobre la vida que le tocó vivir, junto a los reconocimientos y homenajes que en democracia ha recibido, creo pueden ayudar a captar algo de lo que ha sido la vida de una luchadora, que repetía con convicción:

“Si luchas puedes perder. Si no luchas estás perdida”.²

A handwritten signature in black ink, written in a cursive style, that reads "Petra Cuevas". The signature is fluid and somewhat stylized, with the first letter 'P' being particularly large and decorative.

¹HOLGUERAS CARMEN: **Homenaje a las milicianas que defendieron Madrid.**— *En El País*, 10-11-1986.

²LÓPEZ MARTÍN, F. J.: **Petra Cuevas: si no luchas ...** - Disponible en: <http://ccooblog.wordpress.com/>. Consulta: [27-05-2012]



2.- DATOS BIOGRÁFICOS

Nadie mejor que Esteban Cuevas Rodríguez, hermano de Petra, para narrarnos la vida de su hermana ³. Estas son sus palabras:

“Nació el 19-8-1908 en Orgaz (Toledo). Con 12 años de edad se traslada a vivir a Madrid, con toda la familia, ya que mi padre había conseguido un empleo en la Unión Eléctrica Madrileña.



Petra Cuevas. 1999 ⁴

En el momento actual la gente joven ni se imagina lo dura que era la vida para los trabajadores y campesinos de aquella época, por lo que, ya antes de irse a Madrid, tiene que trabajar como niñera. Según parece cuidaba de unos niños que abultaban casi más que ella.

Esta época es, como se ve, de poca escuela y mucho trabajo.

Al llegar a Madrid empieza a trabajar como aprendiz de bordadora, oficio al que se dedica toda la vida. Destacando como una gran profesional, trabaja en los principales talleres de bordado de Madrid, bordando incluso para la casa real.

Destaca en su profesión, ya que se ha forjado desde niña en el trabajo duro y en la responsabilidad.

Petra es una persona que tiene un gran espíritu de superación, por lo que trata de adquirir conocimientos en todos los sentidos. Recuerdo que nos corregía a los demás hermanos si hacíamos o decíamos alguna inconveniencia; yo por ejemplo, una de las cosas que primero aprendí a decir fue coño y ella me corregía y algunas veces me daba ajo en los labios.

En Madrid vivíamos en la calle Batalla del Salado, esquina a la calle del Ferrocarril, que entonces no estaba cubierta en el centro; había una hondonada por la que pasaban los trenes y a los lados una valla hecha con traviesas de madera de las que se usaban para sujetar los raíles de las vías.

³ Texto facilitado por Luisa Cuevas.

⁴ Foto tomada de: MONTOLIÚ, Pedro: **Madrid en la guerra civil: Los protagonistas.** Madrid: Silex Ediciones, 1999.

PETRA CUEVAS, UNA LUCHADORA

Más abajo, en Batalla del Salado, existe un cuartel de la Guardia Civil muy grande y ella se hizo novia del hijo de un guardia, pero un día este decidió hacerse guardia y ella lo dejó.

Sobre 1928 ó 1929 nos mudamos de casa, yéndonos a vivir a la calle del Amparo nº 78, esquina a la calle de Provisiones, en pleno barrio de Lavapiés. La casa, hoy desaparecida, tenía cuatro balcones a la calle y era mucho más amplia que la anterior. El barrio de Lavapiés era un barrio obrero.

En 1931, cuando llega la República, ya está concienciada socialmente. Está afiliada a la UGT, participa en las actividades del sindicato de la aguja, que agrupa a los sastres, modistas, bordadoras y gente afín, empezando a destacar como luchadora.

En 1936 ya pertenece al PCE, participa en actos de propaganda en favor del Frente Popular, pero se centra preferentemente en la lucha sindical, siendo elegida secretaria del sindicato de la aguja de UGT.

Cuando se produce el levantamiento militar, en julio de 1936, se encarga de organizar y dirigir unos talleres, en los que durante toda la contienda se fabrica ropa para el ejército republicano, dedicando a esto su actividad durante los tres años de guerra.

Terminada la guerra, no puede marchar de España, escondiéndose en casa de una familia asturiana que vivía en el Puente de Vallecas. Se tiñe el pelo, se pone gafas y así, medio disfrazada, se salva de ser detenida en los primeros momentos.

Al cabo de algún tiempo, la policía empieza a venir a mi casa, unas veces buscándola directamente y otras veces, con personas detenidas, que fingían ser compañeras que querían contactar con ella por cualquier motivo.



Petra Cuevas (1ª a la izquierda) asiste a un homenaje a las Trece Rosas. Madrid 1994.⁵

⁵ Foto tomada de: **¿Invisibles? Mujeres, trabajo y sindicalismo en España 1939-2000.** Madrid: Comisiones Obreras, 2004, pg. 12.

En esta época también buscaban a mi hermano Julián, por lo que en vista de que no obtenían información ninguna con estos métodos, empiezan a pegar a mi padre en una comisaría que habían montado en la plaza de Pontejos, y otras veces delante de mi madre, para que uno de los dos dijera dónde estaban sus hijos.*

De mi hermano Julián empezamos a recibir cartas desde Francia, con lo que dejaron de preguntar por él y mi hermana, enterada de lo que estaba pasando, se presentó en casa para que la detuvieran.

La detuvieron y fue torturada salvajemente en Gobernación durante 45 días, hasta el extremo de que, cuando por fin la llevaron a la Cárcel de Ventas, la directora pidió que la viera un forense, porque iba medio muerta y con las manos quemadas por las corrientes eléctricas.

*Durante el tiempo que está en la cárcel, participa activamente en la organización que tienen las reclusas comunistas; es la época en que asesinan a **las trece rosas**. Todas las noches sacan mujeres para fusilar, viven hacinadas, duermen en el suelo, hay muchas mujeres enfermas y la comida es malísima. En estas circunstancias la solidaridad es muy importante,*

están organizadas en grupos que comparten los paquetes de comida que reciben, ropa, artículos de limpieza y dinero con el que comprar cosas en el economato de la prisión, medicinas, etc., ya que hay presas que no reciben nada del exterior. También hay un intercambio de información con el exterior a través de dobles fondos en las bolsas de los paquetes, o en cajas de cartón. Por otra parte ellas hacen labores que sacan al exterior para que sean vendidas y se les lleve el dinero.

Además de esto realizan actos de rebeldía y reclamaciones, estando Petra siempre en primera línea.

Petra Cuevas en una concentración ante los Juzgados de la Plaza de las Salesas (Madrid) en 1983. (Archivo familia Cuevas)



Durante su estancia en prisión, la trasladan a una cárcel para mujeres embarazadas y lactantes que había orilla del Puente de Segovia, en Madrid. Allí tuvo una hija que se le murió por falta de atención. Esta hija fue consecuencia de una relación que tuvo con el hijo de la Sra. en cuya casa estuvo escondida, relación que duró hasta después del segundo encarcelamiento.

Durante la guerra, mi hermana Petra me regaló un cuento en que había un tente-en-pié con el puño cerrado en alto. Se desarrollaba en la Alemania nazi; estos lo tiraban de un sitio para otro, pero él siempre se ponía en pie con el puño en alto. Con este tente-en-pié, he comparado siempre a mi hermana Petra. De todas las adversidades se ponía en pie y con el puño cerrado en alto, fiel a sus ideas, con valentía y con coraje, dispuesta a todo.

Salió de la cárcel, empezó a trabajar como bordadora, le daban trabajo modistas que conocía. Una temporada grande trabajó con una antigua compañera, pero también contactó con compañeros del PCE, incorporándose a la lucha clandestina, por lo que, al cabo de un cierto tiempo la volvieron a detener, pasando otra vez por Gobernación y parecidas atrocidades, hasta llegar otra vez a la cárcel.

Como consecuencia de su actitud reivindicativa, recorrió varias cárceles. No sé en qué orden, pero sí que estuvo en la de Alcalá de Henares, Segovia, Teruel y Amorebieta, además de Ventas.

En total estuvo presa más de 6 años y durante el tiempo que estuvo en libertad, después del primer encarcelamiento, tenía que presentarse en comisaría cada pocos días.

Cuando la pusieron en libertad la segunda vez, creo que también tuvo que presentarse en comisaría durante algún tiempo, pero hasta que llegó la democracia, siempre estuvo vigilada, cada dos por tres, la policía le hacía visitas y controlaban sus movimientos.

Al salir de la cárcel esta segunda vez, empieza nuevamente a trabajar como bordadora, mantiene contactos con algunos compañeros del PCE, pero creo que sin una actividad política, ya que está muy vigilada.

En 1964 se casa con Garrido, vecino del barrio y amigo de mi cuñado Manolo y de mi padre.

Garrido tiene una hija, a cuya crianza y educación contribuye mi hermana todo lo que puede, así como a las hijas de esta, sus nietas queridas, quedándose viuda en mayo de 1971.

Cuando llega la democracia, inmediatamente se incorpora a la actividad del PCE y CCOO. Consigue un local para el partido junto a su casa, local que abre a diario hasta los casi 90 años y en el que, entre otras cosas, monta una biblioteca. Participa en cuestiones municipales y se integra en la Junta Directiva de un hogar de ancianos municipal que hay en el barrio de Tetuán, dedicándose a organizar actividades culturales, conferencias, visitas a museos, teatro, viajes, etc; (ahí hace toda la campaña contra el ingreso en la OTAN), además naturalmente de hacer proselitismo. Con estas actividades permanece hasta que con 91 años, y por derribo de su casa, se va a vivir con su nieta Mari Loli a Villalba. Con ella sigue felizmente en la actualidad, viviendo en Collado Mediano.

Esteban Cuevas Rodríguez. Vigo, 15 de enero de 2011

** Julián también fue miembro del PCE. Hace la guerra en un cuerpo especial de guerrilleros y fallece defendiendo París de la invasión nazi, el 12 de junio de 1940 con 24 años de edad.⁶*

⁶ Se puede ver una nota biográfica de Julián Cuevas en : <http://www.villadeorgaz.es/orgaz-personajes-cuevas-julian.html>



3.- BORDADORA DE PROFESIÓN

Una bordadora cualificada

Petra Cuevas, al poco tiempo de llegar a Madrid, se puso a trabajar como costurera, decantándose enseguida por el bordado, profesión en la que alcanzó gran prestigio y que no abandonó hasta avanzada edad.



Foto tomada de
DOMINGO, C. :
Cosar y cantar.—
Barcelona: Editorial
Lumen, 2007

En Madrid, cuando Petra se inicia como aprendiz, el mundo laboral femenino lo configuraban dos colectivos: las cigarreras y las costureras:

“En Madrid la imagen típica de las obreras la aportaban tradicionalmente las cigarreras. La fábrica de tabacos de Embajadores ocupaba a tantas mujeres que todo el barrio centro y sur de Madrid estaba muy marcado por su presencia. Salían a la calle en demanda de sus derechos laborales, siempre

que lo requiriera la ocasión”. Desde finales del XIX el oficio de las modistillas alternaba con el de las cigarreras en el panorama laboral femenino, aunque ‘las obreras de la aguja’, como se llamaba a las costureras, eran más discretas y moderadas que las cigarreras. Carecían de espíritu de clase y soportaban con mayor resignación la vil explotación a que estaban sometidas”⁷

Esto ocurría porque trabajaban en sus casas o en pequeños talleres, de forma aislada. Cuando surgen los grandes talleres comienza el cambio. Durante el periodo republicano, y más tarde en la guerra, las reivindicaciones obreras surgidas al amparo de una mayor concienciación predispusieron a estas jóvenes a una actitud de colaboración activa en los años en que Madrid estuvo asediado y se formaron talleres de costura para ayuda a los soldados del frente. Petra vivió este proceso en primera persona.

⁷ DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar: **Del taller de costura a la fábrica. El trabajo de las mujeres en la confección-textil madrileña.**— En Cuadernos de historia contemporánea, 1999, nº 21, pp. 279-293.

Con apenas 11 años, empezó a trabajar como aprendiz de modista, pero era un trabajo que no acabó de gustarle:

“Era muy pesado. Tenías que montar y desmontar los trajes una y mil veces. Entonces se hacían vestidos muy trabajados, no como ahora. Las clientas eran marquesas, condesas y esas gentes”.⁸

Por este motivo, cuando tenía 14 o 15 años, cambió de taller y de trabajo, comenzando a trabajar como bordadora en un taller de Lavapiés, “*La Bordadora Española*”, propiedad de unos italianos:

“Había chicas de quince, dieciséis, hasta veinte años, todo lo más eran chicas de veinte años, todas chicas jóvenes, allí llegamos a ser más de mil (...), era el número veinte del Paseo de las Delicias, después en la República fue una Biblioteca (...), allí admitían a todo el mundo, nos daban 75 céntimos; desde que entrabas te daban 75 céntimos al día, aunque no supieses hacer nada (...). Tenía catorce o quince años (...) los maestros que sabían bordar eran franceses (...) el ambiente era estupendo, con tantas chicas jóvenes



*Petra Cuevas.
Foto: Archivo familia
Cuevas,*

(...), además como los dueños eran extranjeros, eran mejores (...) yo he preferido trabajar antes con extranjeros que con españoles (...) los derechos sociales te los daban antes y mejor (...), allí había una chica de UGT, yo hasta entonces no sabía nada, ni de UGT ni de nada (...).”⁹

Con 18 años pasó, cuando ya dominaba el oficio, a “*Cripa*” otro taller que la misma empresa tenía en la Gran Vía, ganando más que muchos hombres:

“(...) luego fui a «Cripa» (...) que estaba en la Gran Vía encima de «Chicote» (...), aquí también seríamos unas mil (...) en aquel momen-

⁸ NIÑO, Alex : *Sindicalismo bordado*.-- En El País, 21-05-1996.

⁹ DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar: *Testimonio oral de Petra Cuevas*.— En Seminario de fuentes orales: Trabajo y militancia política en la España del siglo XX. -- Disponible en <http://www.seminariofuentesorales.es/proyectos/trabajo-militancia.html>. [Consulta: 27-05-2012]

to yo ya cobraba un duro con dos reales (...) ya de oficiala (...), tenía dieciocho años (...) era una gran oficiala bordadora (...). Cuando salíamos nos paseábamos (...) desde Cibeles hasta Peligros (...), por la calle de Alcalá (...), nos juntábamos los sastres, las modistas (...), sí ya era el año 1926 (...), allí te salían novios ¡la edad! nosotras éramos bastante gamberras (...), nos reíamos mucho de todo el mundo (...). «(En esa época) las organizaciones obreras, no se preocupaban, no trascendían sobre todo con las mujeres, con los hombres sí ya (...) había organizaciones, pero con las mujeres no...»¹⁰

Su nivel profesional llegó a ser alto y reconocido, por lo que le adjudicaban los trabajos más difíciles:

*“Estaba muy considerada porque los encargos difíciles, como los trajes para la reina Victoria Eugenia siempre los hacía yo”.*¹¹

Una bordadora en la Guerra Civil

Durante el periodo republicano, y más tarde en la guerra, se produjo una mayor concienciación de las jóvenes que trabajaban en el textil, que empezaron a luchar por sus reivindicaciones y adoptaron una actitud de colaboración activa en los años en que Madrid estuvo asediado, formando talleres de costura para ayudar a los soldados del frente.

Las mujeres del Sindicato de la aguja, del que Petra era Secretaria, se organizaron por distintos barrios: un taller en la calle Zurbano donde hacían camisas y calzoncillos, otro en la calle Abascal y en Atocha,

*“(...) que era una nave muy grande con cristales y cuando sonaban los cañonazos los cristales saltaban y las mujeres no querían estar allí y las tuvimos que llevar a Atocha, encima del Calderón (...)”*¹²

Petra era una de las dirigentes responsable de esta red de talleres, que coordinaba desde el Sindicato de la Aguja, poniendo sus conocimientos profesionales al servicio de la causa republicana.

Una bordadora en prisión

Terminada la Guerra Civil, Petra pasó seis años en la cárcel. También aquí, dentro de un sin fin de desgracias y circunstancias adversas, quedó evidente la profesionalidad de Petra. En la Prisión de Ventas pusieron

¹⁰ Ibidem.

¹¹ NIÑO, Alex : o.c.

¹² DIAZ SANCHEZ, Pilar: *Testimonio oral de Petra Cuevas*.— En Seminario de fuentes orales: Trabajo y militancia política en la España del siglo XX. -- Disponible en <http://www.seminariofuentesorales.es/proyectos/trabajo-militancia.html>. [Consulta: 27-05-2012]

talleres para confeccionar la ropa para el Ejército y después hicieron bordados para El Suizo, trabajos en los que participó Petra¹³. Su compañera Antonia García cuenta que cuando vieron los bordados las falangistas de la Sección Femenina que dirigían la Escuela Hogar dentro de la cárcel (pretendían enseñar a coser a las presas y ellas les seguían la corriente) preguntaron:

*“¿Quién hace estas cosas?, empiezan a dar los nombres y resulta que todas éramos de la galería de las comunistas, que eran las más jóvenes. Aquellas mujeres se volvían locas; se dieron cuenta de que habían sido objeto de burla, que no nos podían enseñar nada. Allí había mujeres que habían sido modistas de Balenciaga, estaba Petra Cuevas, bordadora, especialista en trajes de noche, que había sido la secretaria general del Sindicato de la Aguja...”*¹⁴



Escuela Hogar de la Sección Femenina de la cárcel de Ventas. Año 1941. Fondo Santos Yubero. Archivo Regional de la Comunidad de Madrid

También hizo trabajos de bordado, y con éxito, estando en la cárcel de Amorebieta, según cuenta ella misma:

¹³ El trabajo más extendido en las cárceles de mujeres no era el trabajo oficial con posibilidad de redención, sino el trabajo de costura privado. Consentido por las autoridades de la prisión, constituía un medio fundamental de supervivencia para las propias presas y sus familias. A través de sus contactos en el exterior, las reclusas vendían sus labores de costura consiguiendo así unos ingresos vitales para mantener a sus hijos y a sus familiares. Y en ocasiones incluso a sus maridos, si se daba el caso frecuente de que también estuvieran encarcelados y no pudieran realizar trabajo remunerado de redención.

¹⁴ CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa: Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas.-- Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004, p. 333. Disponible en: <http://www.villadeorgaz.es/CUEVAS-GUTIERREZ-Testimonios-mujeres-carceles-franquistas.pdf>

“En Amorebieta, éramos dos que bordábamos y tres que hacían punto, y la labor que entraba en la prisión casi toda nos la daban a nosotras, y las cosas especiales de esmero ya sabía yo que eran para mí, como una colcha que llevaron que era de malla, que estuve hasta las tantas de la noche para terminarla. O sea, que las monjas, a pesar de que políticamente siempre andábamos a la greña, luego, en las labores nos preferían porque trabajábamos bien, y claro siempre teníamos dinero, porque la gente de Bilbao y de toda aquella parte se preocupaban de que en la cárcel no faltase trabajo”¹⁵

Una bordadora durante la dictadura

Al finalizar su presidio, Petra tuvo que enfrentarse de nuevo al mundo laboral, cosa harto difícil para un ex presidiario y más si se trataba de una mujer.

Al principio algunas de sus antiguas compañeras modistas, que conocían su buen hacer, le pasaban algunos encargos. Más adelante montó un pequeño taller con una compañera:

“Con otra modista menos significada que yo políticamente monté un pequeño taller. Ella iba a recoger y a llevar los pedidos”.

Finalmente, instalada ya en el barrio de Tetuán, cuando las circunstancias, ya más relajadas, se lo permitieron, empezó a trabajar en solitario y así continuó hasta los años 70 en que la muerte de su marido le quitó las ganas de seguir cosiendo.

Para saber más

Para conocer el contexto socio-laboral en el que Petra Cuevas desarrolla su vida profesional es recomendable este artículo, en el que aparecen declaraciones de ella misma:

DIAZ SANCHEZ, Pilar: **Del taller de costura a la fábrica. El trabajo de las mujeres en la confección-textil madrileña.**-- En Cuadernos de historia contemporánea, 1999, nº 21,279-293. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2143746>. [Consulta: 27-05-2012]

¹⁵ *Ibíd.*, p.347.

PETRA CUEVAS, UNA LUCHADORA



Mantelería bordada por Petra Cuevas para el ajuar de Teresa, hija de su primo Jesús Pérez - Cejuela.
Fotos: Santiago Gómez, 2012



4.- ACTIVIDAD SINDICAL. REPÚBLICA Y GUERRA CIVIL

“El día 28 de marzo [de 1939] tiré a la alcantarilla la llave del local porque no estaba dispuesta a entregarla a nadie. Me dije: „si quieren entrar que descerrajen la puerta’, y me puse a llorar”.¹⁶

Esta fue la reacción, ante la inminente entrada en Madrid del ejército franquista, de una mujer que desde joven se volcó en la defensa de los derechos sociales y laborales de las mujeres, y en defensa de la República. Tiró la llave del local de su sindicato a una alcantarilla, porque no estaba dispuesta a entregarla a los vencedores, cuando no le quedaba más recurso que ponerse a llorar.

Se afilia a la UGT



Petra Cuevas empezó a trabajar muy joven, y desde los comienzos se hizo evidente su espíritu reivindicativo. Tenía muy claro lo que quería, aunque no sabía nada de siglas políticas. En el taller siempre que había que reivindicar algo, como por ejemplo café para digerir mejor las horas extras, allí estaba esta mujer:

“Recuerdo que en Cripa las dueñas eran italianas y admiradoras de Mussolini y cuando había que plantear alguna reivindicación, por ejemplo, sobre las horas extraordinarias o para que nos subieran un café a las bordadoras siempre iba yo a hablar con ellas. Un día aquellas mujeres dijeron que yo era una bolchevique. Me divertí mucho y les dije a mis compañeras que me habían dicho una palabra en italiano que debía ser como demonio o algo por el estilo. Yo entonces, no sabía qué era aquello porque no entendía de política. Nos movíamos por instinto de defensa. Lo que pasa es que yo tenía un hermano menor que era de la Juventud [Socialista Unificada], una persona muy responsable con el que yo hablaba y así fui conociendo un poco”.¹⁷

“... nunca he sido violenta, la agresividad la he ganado con los años y por eso siempre iba a reclamar. Creo que la conciencia social es instintiva y yo era comunista sin saberlo”.¹⁸

¹⁶ MONTOLIÚ, Pedro: **Madrid en la guerra civil: Los protagonistas**.-- Madrid: Silex Ediciones, 1999. Vol. II, p. 309. Disponible en: [http://www.villadeorgaz.es/MONTOLIU Madrid en la guerra civil Los protagonistas.pdf](http://www.villadeorgaz.es/MONTOLIU%20Madrid%20en%20la%20guerra%20civil%20Los%20protagonistas.pdf) [Consulta: 27-05-2012]

¹⁷ *Ibidem*, p.297.

¹⁸ NIÑO, Alex : **Sindicalismo bordado**.-- En El País 21-05-1996

Su espíritu solidario, presente desde muy joven, la llevó a trabajar en el Socorro Rojo:

*“También trabajaba en mis horas libres en Socorro Rojo, porque un compañero que estaba allí me dijo que yo tenía carácter para tratar con las masas; no sé si eso quería decir que yo era simpática o qué. El Socorro Rojo era una organización dedicada a la solidaridad pues sí, por ejemplo, detenían a uno se iba a ver a las familias de los detenidos, les daba cuatro o cinco pesetas y escribía a los presos a la cárcel, que es algo que se agradece mucho, que consuela. Yo escribía a mucha gente, escribía mal, muy mal, pero a la gente le gustaba recibir mis cartas, y llevaba la ayuda a las familias”.*¹⁹

En una entrevista que la historiadora Pilar Díaz Sánchez hizo a Petra²⁰ podemos escucharla contar cómo se afilió a la UGT a principio de los años treinta. Su padre, que trabajaba en las eléctricas, pertenecía a la UGT. Dice que era costumbre que los padres afiliaran a sus hijos cuando estos empezaban a trabajar. Así lo hizo su padre con su hermano, pero no con las chicas. Petra preguntó al cobrador de UGT que pasaba a cobrar la cuota de su padre a domicilio si conocía algún sindicato de mujeres y le pidió que le diera de alta en el Sindicato de la Aguja.

Audio: Petra Cuevas



Acceder a la web y pinchar sobre el icono verde para escuchar el audio

Elegida Secretaria del Sindicato de la Aguja

En la misma entrevista explica que el sindicato lo formaban las costureras y modistas, que eran muy pocas. Ella hacía el nº 30 de afiliada. Se reunían en la Casa del Pueblo que estaba en la C/ Piamonte. Lo dirigían las dos hermanas García, y tenían muy poca actividad.

De la Asociación Laboral Unión de Modistas, más conocida como Sindicato de la Aguja, afirma Petra que

*“... nace dentro de la UGT pero no se sabe bien quien lo fundó, lo que está claro es que al principio comenzó como una reunión casi familiar donde las mujeres y los hombres se reunían para hablar de sus problemas”.*²¹

¹⁹ MONTOLIÚ, Pedro: o.c., p. 297.

²⁰ DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar: **Testimonio oral de Petra Cuevas**.— En *Seminario de fuentes orales: Trabajo y militancia política en la España del siglo XX*. -- Disponible en <http://www.seminariofuentesorales.es/proyectos/trabajo-militancia.html>. [Consulta: 27-05-2012]

²¹ **Petra Cuevas. La fuerza de la memoria**.-- En *Trabajadora*, número 2 (III época, abril de 1993) , p. 6.

También nos cuenta en la misma entrevista cómo estando ella trabajando en el taller de D. Salvador Feo fue despedida junto a otras compañeras. Petra fue al Jurado mixto y, después de leer los estatutos del sindicato, pidió que se celebrara una asamblea para abordar el tema del despido. Para entonces todas las chicas de su taller se habían afiliado también al Sindicato; ya eran 409 mujeres afiliadas. En la Asamblea propusieron a Petra ser la Presidenta del sindicato. “Yo no sé leer casi”, dice que puso como disculpa, porque “*siempre he exagerado un poco*”. Y ante la insistencia admitió ser Secretaria, siendo elegida por unanimidad.



Para entonces el Frente Popular había ganado las elecciones y Petra ya militaba en el PCE. Al ser elegida Secretaria del sindicato,

*“... fui a los camaradas del partido y les pedí que me ayudaran a organizar la secretaría porque hasta no había fichas ni actas de ingreso, ni nada. Ellos me dijeron lo que tenía que hacer y como yo sabía dónde estaban todos los talleres, preparé unas octavillas y me fui a la puerta de todas las fábricas a repartirlas”.*²²

El sindicato recogió las demandas de los colectivos femeninos que se incorporaban al mundo del trabajo, que giraban en torno a la petición de la desaparición del trabajo domiciliario, reivindicación de la creación de talleres y salarios más altos.²³

Y así cuenta los comienzos de su vida sindical:

*“En febrero del año 36 me eligieron Secretaria General, y empezamos a ir a los talleres. Hicimos octavillas y con un grupo de mujeres nos fuimos a las fábricas a repartirlas. Fueron meses de una incansable actividad, talleres en pleno se vinieron al Sindicato. Cuando empezó la guerra en Julio, ya éramos seis mil. Durante el periodo de la Guerra Civil, entre gorreros, tintoreros, modistas y sastres contamos con 25.000 afiliados”.*²⁴

²² NIÑO, Alex : o.c.

²³ Ver: MONTES SALGUERO, Jorge, j.: **El universo femenino de la II República.** -- En Utopías, nuestra bandera: revista de debate político, Nº. 229, 2011, pp. 149-152. Disponible en <http://www.unidadcivicaporlarepublica.es/memoria-historica/universo-femenino-ii-rep.htm>. Consulta: [27-05-2012]

²⁴ MONTOLIÚ, Pedro: o.c., p.301.

Guerra Civil. Los talleres de costura

Al declararse la Guerra Civil, su actividad sindical y política tomó otros derroteros. En los primeros días de la contienda, Petra concentró su actividad en los Salesianos, donde se formó el Batallón Pasionaria, que era de la Juventud Socialista Unificada que luchó en el Guadarrama:

“... me fui a los Salesianos, en la Ronda de Valencia, que había sido ocupado por la Juventud. Los Salesianos se habían ido y allí no quedaba nadie. A los pocos días, pensé que allí había mucha ropa, muchas camas y me dediqué a recoger todo aquello, dije que lo lavasen y mandé que lo clasificaran y que lo llevaran a los hospitales de guerra que se empezaron a organizar porque ya había heridos del cuartel de la Montaña [...], yo me ocupaba de organizar la ropa, de controlar que no se llevasen los objetos de valor. Recogimos los candelabros y todo eso y lo entregamos al Gobierno y a partir de ese momento ya no me importó lo que hiciesen con ello. Me fastidiaba que la gente se aprovechase y se lo llevasen a sus casas, porque eso me parecía un saqueo. Estuve allí cerca de un mes”.²⁵

Abandona los Salesianos y comienza su dedicación a la organización de talleres para la provisión de ropa para el frente:

“Se confeccionaba ropa para el ejército, las mujeres tanto solteras como casadas trabajaban en los talleres. Los que eran abandonados por los dueños se colectivizaban y el Sindicato se encargaba de gestionarlo”.²⁶

“¿Qué tipo de prendas confeccionaban en los talleres?

Camisas y calzoncillos. Los pantalones y las chaquetas los hacían los sastres y los sombrereros hacían los gorros de los milicianos y las gorras de los jefes del Ejército. Luego decidimos unirnos todos los sindicatos. El ejército republicano llegó a estar uniformado de pies a cabeza. Y se llegó a organizar un servicio de recuperación de la ropa de heridos y de los que caían muertos en la zona Centro. Estaba en los Nuevos Ministerios, allí se lavaba, se repasaba la ropa y se ponían los botones que faltaban. En la zona centro debió de haber por los menos 10.000 ó 12.000 mujeres trabajando”.²⁷

²⁵ *Ibidem.*

²⁶ *Petra Cuevas. La fuerza de la memoria.*-- En *Trabajadora*, número 2 (III época, abril de 1993), p. 6.

²⁷ MONTOLIÚ, Pedro: o.c., p.305.

Talleres de ropa para
el frente²⁸



“Montamos, que yo recuerde, talleres en Zurbano, en Marqués de Riscal -que luego llevamos a la calle Atocha delante del Teatro Calderón-, en Jovellanos, en los almacenes Simeón y Rodríguez, y no sé cuantos más. El sindicato organizaba un taller y con el dinero que nos daba el Ministerio de la Guerra por el género pagábamos a las mujeres hasta que el taller se consolidaba. Las aprendizas cobraban 5 pesetas diarias, las ayudantas recibían 10 ó 15 pesetas y las oficiales 25. Yo cobraba 25. Cuando el taller estaba consolidado, se lo entregábamos a las obreras y ellas nombraban un comité que se encargaba de cobrar y de pagar; entonces el dinero ya no pasaba por el sindicato. Lo único que tenían que hacer era que si el sindicato había prestado mil pesetas pues las tenían que devolver. Todo estaba muy bien organizado.”²⁹

²⁸ Foto tomada de: **Trabajo textil**.— En Mujeres de CCOO. Tejedoras de memoria y de futuro [Vídeo].— Madrid: Secretaría de la Mujer de CC.OO., [2009] . SARASUSA, C.; Producción y Dirección: MANSO,B., CUEVAS, J. y RIANCHO, J.M.

²⁹ *Ibidem*.

“... nosotros, si los dueños no habían abandonado la fábrica, nombrábamos un comité que controlaba al dueño y ponía en marcha la industria de acuerdo con el propietario. [...] me dediqué a organizar la industria del vestido. Como no cabíamos en la Casa del Pueblo requisamos un hotel en la calle Zurbano 23, que estaba vacío porque la dueña, según nos dijo el portero, se había marchado, y allí pusimos la Secretaría del Sindicato de la aguja y montamos un taller. Cuando acabó la guerra, los dueños encontraron las cosas de valor que había en la casa porque, según mi costumbre, recogí todo lo de valor -unas figuras de porcelana preciosas, unas sombrereras y unos trajes de noche, algunos de ellos bordados precisamente por mi- y lo metí en una habitación. También cogí lo que quedaba de plata y se lo entregué al Gobierno; me dieron una factura y la metí en una sombrerera de aquellas. ... En el taller que montamos seríamos unas cincuenta o sesenta mujeres.”³⁰

Existe un documental titulado **“Trabajo textil”**³¹ en el que Petra, ante el edificio que fue la sede del Sindicato (que pasó a ser Sindicato del Vestido incluyendo todas las secciones: costureras, planchadoras, sombrereras, bordadoras, etc.) refiere cómo las mujeres del sector textil adquirieron protagonismo político cuando se organizaron en el Sindicato de la Aguja en plena Guerra Civil, cómo durante esta época organizaron esa red de talleres de confección para abastecer de vestimenta al ejército republicano. Todo ello siendo ella Secretaria General del sindicato.

Cuenta Petra en el mismo documental, con cierto humor, que requisaron en la casa Singer las máquinas de coser y que, como ellas *“eran muy legales”*, firmaron un compromiso de pago, que terminada la contienda la casa Singer presentó a Franco, ya que era un compromiso del Gobierno de España, y Franco no tuvo más remedio que pagar, porque de lo contrario Singer no suministraba sus máquinas a España.

³⁰ *Ibidem.*

³¹ Trabajo textil.— En *Mujeres de CCOO. Tejedoras de memoria y de futuro* [Video].-- Madrid: Secretaría de la Mujer de CC.OO., [2009].—Guión: SARASUSA, C.; Producción y Dirección: MANSO,B., CUEVAS, J. y RIANCHO, J.M. Quiero agradecer aquí a Eva Antón (Área de la Mujer de CC.OO) las pistas que me dio sobre Petra Cuevas y sobre este documental.

Documental "Trabajo textil". Secretaría de la Mujer de CC.OO. 2009³²



Petra resalta cómo durante la Guerra las mujeres se incorporaron a la lucha en pie de igualdad:

*“Nos sentimos importantes. La participación de la mujer fue total. Mujeres Antifascistas llegó a agrupar tantas mujeres como los Sindicatos. Si tú querías aprender a conducir, el Sindicato de conductores no te ponía pegas. ¡Incluso llegamos a conducir tranvías!”*³³

³² Documental "Trabajo textil". Secretaría de la Mujer de CC.OO. 2009. Disponible en: http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=nJjSNWCbook. [Consulta: 14-06-2012]

³³ Petra Cuevas. **La fuerza de la memoria.** -- En Trabajadora, número 2 (III época, abril de 1993), p. 6



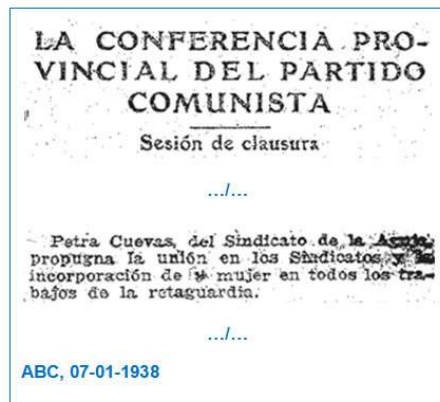
5.- MILITANCIA POLÍTICA

Miembro del último Comité Provincial del Partido Comunista de España (PCE)

Petra no sólo destacó como sindicalista sino que asumió responsabilidades en el Partido Comunista. A principios de febrero de 1939 figuraba como miembro del último Comité Provincial del PCE, antes de que se produjera el golpe del coronel Casado. Las integrantes femeninas de este comité eran, además de Petra Cuevas: Pilar Bueno Ibáñez (una de las 13 rosas) Dolores Ibárruri, Concha Velasco, Aurora Rodríguez, Paula Cediell, María Blázquez, Teresa Ramos, Marcelina Gómez y Julia Valverde.³⁴

Terminada la Guerra Civil, Petra se incorporó a las tareas de la resistencia y a la reconstrucción del Partido, hasta su ingreso en la prisión de Ventas. A pesar de la represión, los militantes que quedaron en Madrid iniciaron de inmediato la reconstrucción de sus organizaciones en la clandestinidad. La primera reorganización efectiva del PCE en el interior fue obra de Heriberto Quiñones.³⁵

Petra Cuevas fue detenida en septiembre de 1939, puesta en libertad y posteriormente detenida en diciembre de 1941, siendo acusada y condenada a doce años de cárcel en el mismo Consejo de Guerra (causa nº 109.539) que Quiñones, el 25 de septiembre de 1942.



³⁴ Ver VÁZQUEZ, Matilde y VALERO, Javier: *La guerra civil en Madrid*.--Madrid: Tebas 1978, 806).

³⁵ Heriberto Quiñones fue un militante comunista y agente de la Komintern en España. Terminada la Guerra Civil, se convirtió en el responsable y organizador nacional del PCE en la clandestinidad. Su actuación y línea política empezó a encontrar el rechazo de los dirigentes del PCE en el exilio llegando a ser acusado de ser un agente franquista o del Intelligence Service. Un compañero lo delató, siendo condenado a muerte y fusilado el 2 de octubre de 1942. Expulsado del Partido Comunista de España, posteriormente fue rehabilitado por el PCE en el año 1986.

Prisión militante.

“Una variada serie de características convirtieron a Ventas, a principios de la década de los cuarenta, en símbolo máximo de la prisión militante. Los relatos que fueron corriendo de cárcel en cárcel sobre sus condiciones de hacinamiento durante el bienio 1939-1940, su alto número de ejecutadas de posguerra, la impresión que produjo el fusilamiento de Las Menores y, en fin, su condición de prisión central o de cumplimiento de pena, que acogió a mujeres de toda España, le otorgaron ese carácter.”³⁶

En sus estancias en la prisión de Ventas, Petra se integró en el colectivo de presas políticas, que lejos de permanecer pasivas continuaban militando dentro de la cárcel: manteniendo sus organizaciones partidarias, coordinándose entre sí e infiltrándose en las tramas de poder de la prisión.

La organización de las presas políticas se fue perfeccionando, manteniendo un fuerte pulso con las autoridades carcelarias –monjas y funcionarias- que también iban mejorando en eficacia organizativa.

La madre *Serafines*, *La Alemana*, Elena Rücker, jefe de servicios efectiva de la prisión, que injertó en la prisión los métodos de la Gestapo, dividió la cárcel en tres categorías: “peligrosas”, “inadaptadas” y “recuperables”. Y encerró en la “tercera galería derecha” a todas las comunistas para que no influyeran en las demás.

Las presas políticas libraban una lucha contra las autoridades de la prisión con el telón de fondo de la guerra mundial, estimuladas por la esperanza de la victoria aliada. Desde el exterior les llegaban la prensa de su partido, los “Boletines de la BBC”, noticias de detenciones, de rumores, de “bulos”..., ése era el oxígeno de las presas, lo que les ayudaba a tener esperanza.

Entre agosto y finales de 1942 entró en la cárcel un documento del PCE de especial importancia, la llamada “carta del exterior”, denunciando a la antigua dirección “quiñonista”, en la que habían militado buena parte de las comunistas significadas (Petra Cuevas, Juanita Corzo, Carmen

³⁶ HERNÁNDEZ HOLGADO Fernando: *La prisión militante: las cárceles franquistas de mujeres de Barcelona y Madrid (1939-1945)*. Tesis doctoral. Madrid, 2011. Universidad Complutense de Madrid. Dpto. de Historia Contemporánea.— Disponible en: <http://eprints.ucm.es/13798/>, 693 . [Consulta: 12-04-2012]

Giménez o Josefina Amalia Villa, la compañera sentimental del propio Quiñones). La carta fue leída y discutida por células, de tres en tres, con controles de vigilancia especial.

En este documento el Comité Central “*desenmascaraba y condenaba la traición de Quiñones*”. En el mismo se dice que estaban en Ventas, Petra Cuevas, Carmen Giménez y otras tres militantes que habían caído por pertenecer al “Partido” de Quiñones y que no habían llegado a darse cuenta de que estaban en contacto con un traidor hasta después de su caída.

Después de la cárcel.

Comenta su hermano Esteban que

“Al salir de la cárcel... empieza nuevamente a trabajar como bordadora, mantiene contactos con algunos compañeros del PCE, pero creo que sin una actividad política, ya que está muy vigilada. [...]”

Petra Cuevas en la sede del PCE del distrito de Tetuán. Foto: Alejandro Cherep, 1996



Cuando llega la democracia, inmediatamente se incorpora a la actividad del PCE y CCOO. Consigue un local para el partido junto a su casa, local que abre a diario hasta los casi 90 años y en el que, entre otras cosas, monta una biblioteca. Participa en cuestiones municipales y se integra en la Junta Directiva de un hogar de ancianos municipal que hay en el barrio de Tetuán, dedicándose a organizar actividades culturales, conferencias, visitas a museos, teatro, viajes, etc;

(ahí hace toda la campaña contra el ingreso en la OTAN), además naturalmente de hacer proselitismo. Con estas actividades permanece hasta que con 91 años, y por derribo de su casa, se va a vivir con su nieta Mari Loli a Villalba...”

Es conocida la vida de compromiso llevada por Petra Cuevas, encontrando testimonios como este publicado en 1996 en un reportaje:

“Tras seis años de prisión, donde perdió a su única hija, pisó de nuevo la calle y siguió manteniendo el contacto con antiguas compañeras, pero su actividad sindical era nula. Tenía bastante con intentar encontrar trabajo. Algunas de sus antiguas compañeras modistas, sabedoras de su habilidad con los hilos, le pasaban encargos. «Con otra modista menos significada que yo políticamente, monté un pequeño taller. Ella iba a recoger y a llevar los pedidos».

El olvido y el apaciguamiento de los ánimos vengadores disolvió la pequeña alianza laboral y Petra, ya instalada en Tetuán, empezó a trabajar en solitario. Así, hasta que hace 25 años la muerte de su marido al que había conocido al salir de la prisión, le nubló la vista y le quitó las ganas.

No tuvo mucho tiempo para aburrirse. Con la llegada de la democracia, Petra, ya sexagenaria, decidió retomar su actividad sindical. Esta vez bajo las siglas de CC OO. «Pensé en incorporarme a UGT, porque la verdad ése era mi sindicato, pero los compañeros me dijeron que nosotros teníamos CC OO».

«La primera reivindicación que llevé», añade, «es que existieran guarderías gratuitas y comedores económicos para facilitar la incorporación de la mujer al trabajo». Veinte años después sigue en el mismo sitio, aunque ahora pertenezca al comité de jubilados y raro es el día en que no se pasa por el local de la agrupación del PCE de Tetuán, que el azar ha situado en el portal de al lado de su casa. «Los chicos que son muy jóvenes quieren que esté. Yo creo que es porque, como Pepito Grillo, soy la voz de la conciencia»».³⁷

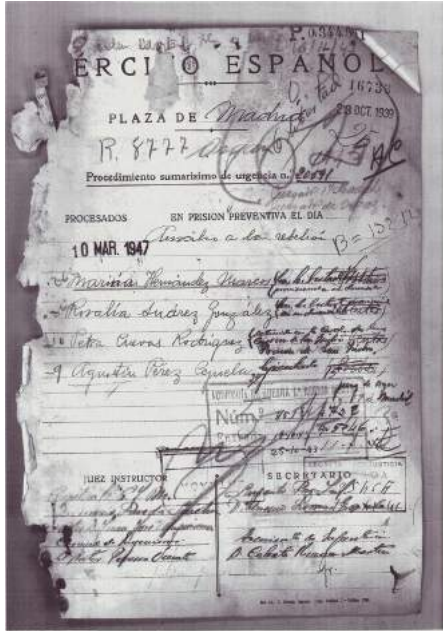
³⁷ NIÑO, Alex : **Sindicalismo bordado**.-- En El País 21-05-1996.

6.- PROCESOS JUDICIALES

Terminada la Guerra Civil, la represión sobre los vencidos se inició de inmediato y las detenciones, fusilamientos y consejos de guerra se sucedían sin interrupción.

Petra Cuevas fue condenada a doce años de cárcel, viéndose sometida a dos procesos judiciales que se exponen a continuación.

Causa nº 20591



Procedimiento sumarísimo de urgencia. Años 1939-1942 (Nº 20591).

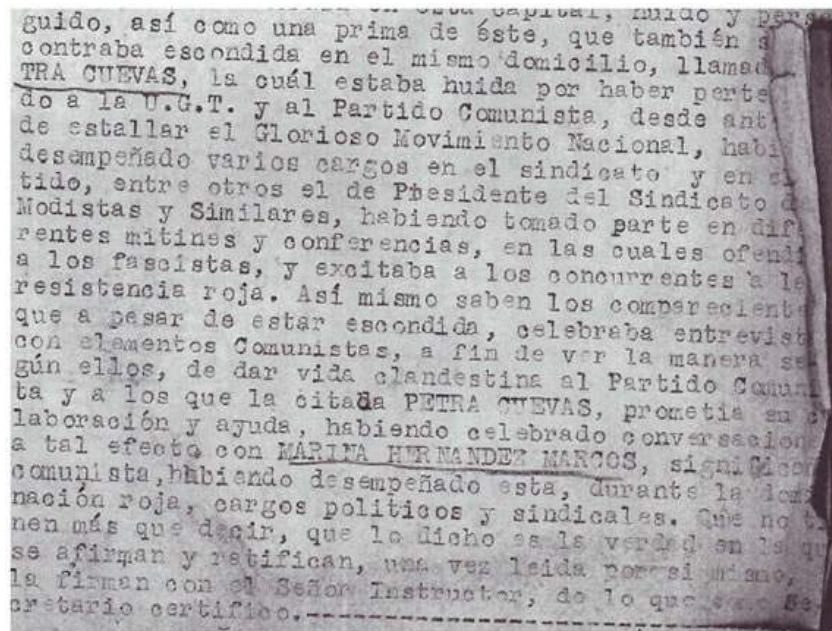
El primero de los procesos se lleva a cabo en el Juzgado Militar nº 17 de Madrid, y se inicia en 1939 con una operación policial promovida desde la Dirección General de Seguridad. La causa tiene el nº 20591.³⁸

En el marco de esta operación policial se produce la primera detención de Petra Cuevas el 25 de septiembre de 1939, siendo conducida a la Dirección General de Seguridad por dos policías de la Brigada Político Social, junto a su primo Agustín Pérez-Cejuela Cuevas, Rosalía Suárez González y Marina Hernández Marcos. Petra y su primo Agustín, ante el peligro de ser detenidos, se habían refugiado en casa de Rosalía Suárez.

El mismo 25 de septiembre los dos policías comparecen ante el Instructor y formulan las siguientes acusaciones respecto a Petra:

El mismo 25 de septiembre los dos policías comparecen ante el Instructor y formulan las siguientes acusaciones respecto a Petra:

³⁸ Procedimiento sumarísimo de urgencia contra Hernández Marcos, Rosalía Suárez González, Petra Cuevas Rodríguez y Agustín Pérez Cejuela, por auxilio a la rebelión. Madrid 1939-1942.—En Archivo General e Histórico de Defensa, Causa nº 20591



guido, así como una prima de éste, que también a
contraba escondida en el mismo domicilio, llamada
TRA CUEVAS, la cual estaba huida por haber parte
do a la U.G.T. y al Partido Comunista, desde antes
de estallar el Glorioso Movimiento Nacional, habi
desempeñado varios cargos en el sindicato y en el
tido, entre otros el de Presidente del Sindicato de
Modistas y Similares, habiendo tomado parte en dife
rentes mítines y conferencias, en las cuales ofendi
a los fascistas, y excitaba a los concurrentes a la
resistencia roja. Así mismo saben los comparecientes
que a pesar de estar escondida, celebraba entrevistas
con elementos Comunistas, a fin de ver la manera se
gún ellos, de dar vida clandestina al Partido Comu
ta y a los que la citada PETRA CUEVAS, prometía su
laboración y ayuda, habiendo celebrado conversaciones
a tal efecto con MARINA HERNANDEZ MARCOS, signifi
comunista, habiendo desempeñado esta, durante la loma
nación roja, cargos políticos y sindicales. Que no
nen más que decir, que lo dicho es la verdad en la que
se afirman y ratifican, una vez leída por sí mismo,
la firman con el Señor Instructor, de lo que es Se
cretario certifico.

Tras dos meses de detención en la D.G.de Seguridad/Gobernación y en la Comisaría de Fomento, Petra fue ingresada en la Cárcel de Ventas a finales de 1939. Estuvo en la cárcel poco tiempo, saliendo en libertad provisional. Tenía la obligación de presentarse periódicamente en la Comisaría del distrito de la Inclusa.

En la causa abierta no hubo novedades hasta que el 23 de enero de 1942, cuando la Secretaría de Justicia de Aranjuez da la orden de proceder contra los encausados al Juzgado militar N°17 de Madrid y al Juzgado de Orgaz, dándose la paradoja de que Petra ya estaba cumpliendo prisión, condenada por otro Consejo de Guerra, y Agustín³⁹ había sido condenado a muerte y ejecutado en Ocaña el 29 de noviembre de 1940.

³⁹ Agustín Pérez-Cejuela Cuevas nació en Orgaz, hijo de Nicolás y de Juana. De profesión peluquero. Al comenzar la Guerra Civil pertenecía a la UGT, formó parte de las milicias de Orgaz. Se enroló voluntario en el Ejército republicano (112 Brigada Roja) alcanzando la graduación de cabo, estando en diferentes frentes, pasando a la Escuela de Oficiales. Al acabar la Guerra Civil se fue a Madrid, donde fue detenido el 25-09-1939. Se fugó de los calabozos de la D. G. de Seguridad el 25-09-39, siendo detenido nuevamente y puesto a disposición del Juez Militar de guardia el 27-9-39. El 21-12-39 fue trasladado desde la Prisión del Barco de Madrid a la Provincial de Orgaz a disposición del Juez Militar de Orgaz. Juzgado en un Consejo de Guerra fue fusilado en Ocaña el 29-11-40 a los 25 años de edad.

(Fuente: Procedimiento sumarísimo de urgencia contra Hernández Marcos, Rosalía Suarez González, Petra Cuevas Rodríguez y Agustín Pérez Cejuela, por auxilio a la rebelión. Madrid 1939-1942. —En Archivo General e Histórico de Defensa, Causa nº 20591).

El Juzgado militar nº 17 de Madrid pidió diversos informes sobre su conducta y antecedentes, entre otros, al Ayuntamiento y a la Guardia Civil de Orgaz, el 24-08-43:

“Concrétese de una manera clara la actuación que tuvo esta individua en ese pueblo durante la dominación marxista por encontrarse en el citado al estallar el movimiento” (folio 24)

El Ayuntamiento responde (y con las mismas palabras lo hizo la Guardia Civil), el 30-08-43:

“No residía en esta villa y se desconoce su adscripción, solamente se han adquirido noticias de que con anterioridad al Glorioso Movimiento Nacional, en algunas ocasiones venía a esta localidad a exhortar a las masas revolucionarias alentándolas en sus ideas antipatrióticas “ (folio 25)

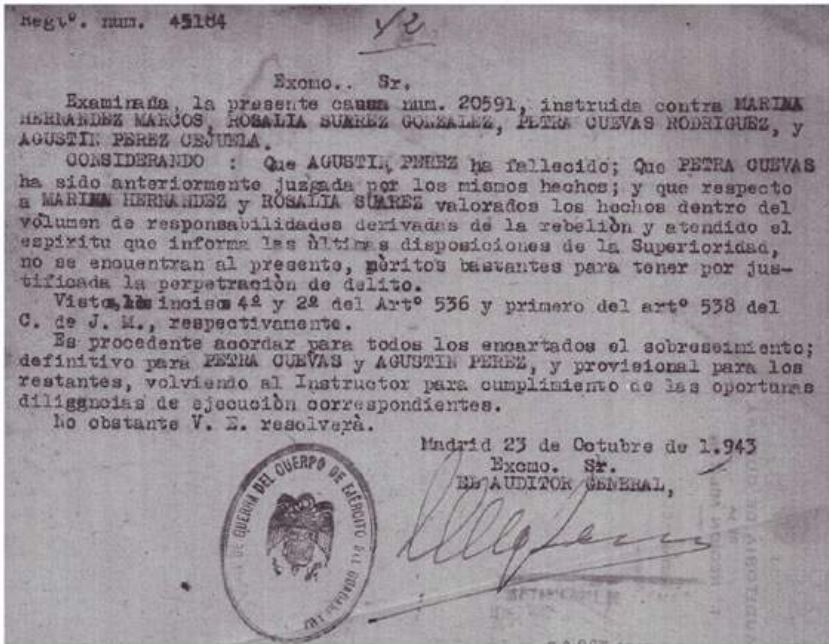
El Juez tomó declaración a Petra el 11 de octubre de 1943, en la prisión de Ventas (folio 35):

Causa nº 20591,
folio 35

Se sabe leer y escribir. Proposición convenientemente manifestada: que se afirma y ratifica en las declaraciones obrantes a los folios 3 (V) y 6; reconociendo como suya la firma que la autoriza, que dice Petra Cuevas.
Luego al iniciarse el movimiento la responsable en Madrid, que se encontraba trabajando en los talleres de la U. G. T. de la que era Vocal de la organización y unos meses antes de terminar el movimiento fue Presidenta del mismo, que dos o tres meses después de empezar el movimiento se afilió al Partido Comunista, que los maquineros de casa de que disponía para organizar los talleres era porque las llevaban de los frentes.
Luego en una ocasión a los dos años del movimiento fue al pueblo natal de Orgaz a ver a sus familiares cuando halla aludido a las masas para cometer derrames, pues solo estuvo unos seis o siete días dedicándose a diversiones sin preocuparse de lo que ocurría en el pueblo.
Luego se encuentra cumpliendo condena de 10 años siendo juzgada por Consejo de Guerra el 27 de Septiembre de 1942, por el mismo delito, de la que se la notifica su proximamiento.
Luego no tiene mas que decir que la dicho es la verdad en la que se afirma y ratifica firmada con S. S. de todo lo cual Soy Fe.
Valdo Toranzo
Petra Cuevas
Gabato Paez

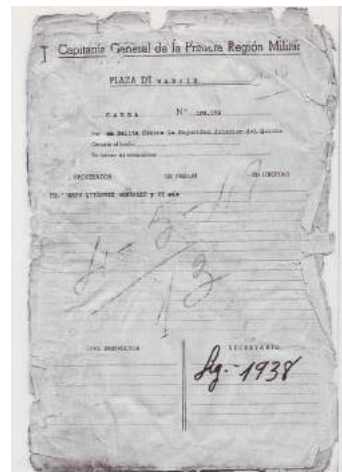
Y el mismo día, 11 de octubre de 1943, el Juez le notificó su procesamiento. (Folio 29)

Doce días después, 23 de octubre, el Juez instructor propuso el sobreesimiento del caso (folio 42), dado que Petra ya cumplía condena por los mismos hechos y Agustín ya había sido sentenciado y ejecutado.



**Consejo de guerra contra Heriberto Quiñones González y 21 más.
Año 1942**

El segundo proceso (que se solapa con el anterior) es un Consejo de Guerra que lleva a cabo el Juzgado Militar de Delitos de Espionaje, Causa nº 109.239, en el que se enjuicia a Petra junto a otros dirigentes comunistas, entre ellos su líder, Heriberto Quiñones.⁴⁰



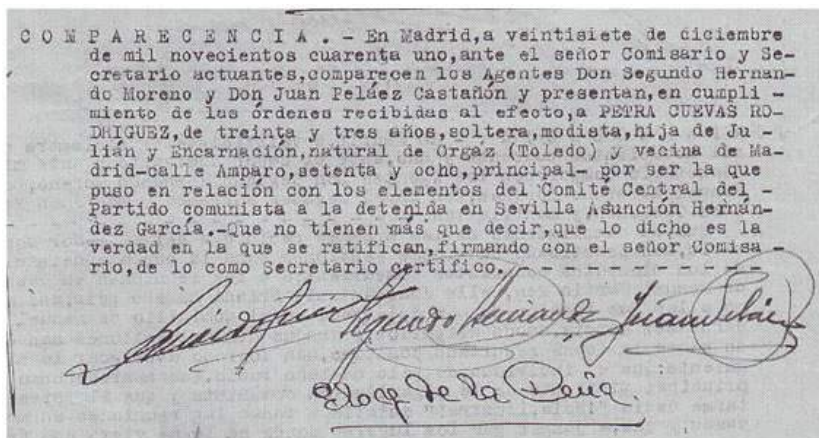
⁴⁰ Consejo de guerra contra Heriberto Quiñones González y 21 más, por un delito contra la seguridad interior del Estado. Madrid 1942. —En Archivo General e Histórico de Defensa, Causa nº 109.539, Legajo 1938.

Operación policial

Después de su primera estancia en la cárcel de Ventas, estando en libertad provisional como consecuencia de la detención y procesamiento de 1939, Petra fue detenida el día 7 de diciembre de 1942 en el marco de una operación policial en torno a la organización clandestina del Partido Comunista en Madrid, en la que fueron detenidos su líder, Heriberto Quiñones, y 21 personas más, como Carmen Jiménez Sánchez, Primitiva Paniagua y las hermanas Juana y Soledad Día, que posteriormente serán compañeras de Petra en la cárcel.

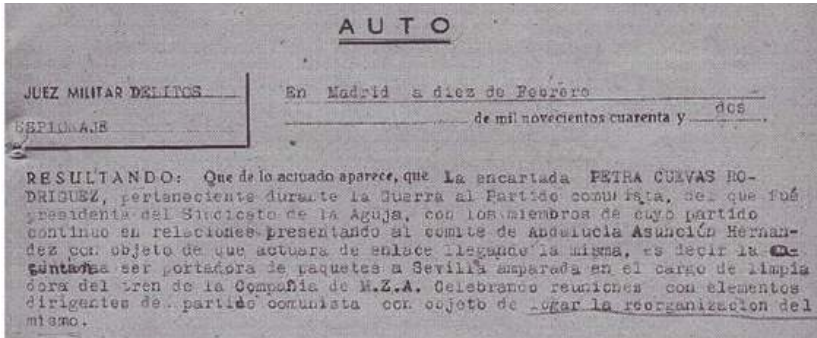
Los policías que detienen a Petra lo hacen *"por ser la que puso en relación con los elementos del Comité Central del Partido Comunista a la detenida en Sevilla Asunción Hernández García"*, que hacía de enlace con Andalucía, gracias a que trabajaba de limpiadora en trenes de la Compañía MZA que iban a Sevilla:

Comparecencia de los policías que han detenido a Petra, 27.12.1941. (Causa nº 109.539, folio 6)



Auto de procesamiento

El día 10 de enero de 1942 el juez dicta Auto de procesamiento conforme al Código de Justicia militar:



Auto de procesamiento,
10.01.1942.
(Causa nº 109.539,
folio 451)

Y el mismo día se decreta prisión preventiva, ingresando Petra en la Cárcel de Ventas por segunda vez (25-01-1942), quedando a disposición del Juez.

A los tres meses fue puesta en libertad por orden del juez (desconozco los motivos) el 27-03-1942 (folio 455).

Actuaciones procesales

El proceso sigue su marcha. De las actuaciones procesales que se llevan a cabo entresacamos algunas informaciones donde pueden apreciarse los hechos delictivos de los que se acusa a Petra:

• Informe de conducta de la Alcaldía de Madrid (23-02-1942):

“... La interesada ha observado buena conducta como vecina y es persona de izquierdas. Según referencias fue de las que en los primeros días del movimiento vestían mono y corraje, fue presidenta del sindicato de la aguja. En la casa se ignora interviniera en hechos delictivos”.
(Folio 453)⁴¹

⁴¹ Aunque se trate de un tema secundario, que Petra Cuevas vistiera mono es algo que niegan sus familiares y que se contradice con alguna de sus declaraciones:

“¿Es que cree que las chicas que había en Madrid iban espilndrijás?; nada de eso, iban muy monas. Había pocas mujeres que llevaran mono o ¿cree usted que la gente no tenía dinero?, pues sepa que las mujeres que trabajaban ganaban su sueldo y se vestían normalmente. No se vaya usted a creer que en Madrid no se estaba a la moda de lo que se estilaba...? ¿Entonces, lo de ir bien vestido no era sinónimo de ser de derechas? Yo eso no lo he vivido; y yo era de izquierdas e iba bien vestida.” (Petra Cuevas Rodríguez. — En MONTOLIÚ, Pedro: Madrid en la guerra civil: Los protagonistas.-- Madrid: Silex Ediciones, 1999. Vol. II, p. 304).

• **Informe de conducta de Falange Española (01-03-1942):**

“Conceptuación Pública: Considerada como persona de ideas marxistas, pero con anterioridad al Movimiento la conducta observada ha sido buena”.

“Conceptuación privada: buena; Observaciones: Un hermano suyo actualmente en Francia, conducía un coche con milicianos desde los primeros momentos de estallar el Movimiento.- Sus padres están conceptuados como personas de orden.- A pesar de sus ideas no delató a ninguna persona de la casa y alrededores, destacadas como de orden”. (Folio 456).

• **Resumen de informes (27-09-1942) :**

“La guardia Civil en un informe, dice que antes del Movimiento Nacional, se mostró muy izquierdista, perteneciendo al Partido Comunista y sindicada a la UGT. Durante el Movimiento, se mostró muy roja y destacada en ese sentido en la vecindad, habiendo desempeñado el cargo de presidenta del Sindicato de la Aguja. La Alcaldía informa en los mismos términos. Falange informa que desde el primer momento fue miliciano, vistiendo mono, y al parecer prestó servicios como tal en la checa de los Salesianos, en la ronda de Atocha. A la terminación de la Guerra fue detenida. Es de ideas marxistas, pero con anterioridad a la guerra su conducta fue buena. No hay constancia de que tenga antecedentes penales y se encuentra disfrutando los beneficios de la prisión atenuada, desde el 27 de marzo último.” (Folio 794).

Consejo de Guerra

Después de seis meses en libertad provisional, unos días antes de celebrarse el Consejo de Guerra, Petra ingresa de nuevo en la prisión de Ventas el día 22 de septiembre 1942.

El día 25 de septiembre de 1942 el Juzgado Militar de Delitos de Espionaje celebra el Consejo de Guerra en la Prisión de Porlier.

Al día siguiente se dicta la sentencia, sin otras pruebas ni testigos, aparte de las declaraciones de la policía y los informes de conducta de la Alcaldía, Falange, etc.:

PETRA CUEVAS, UNA LUCHADORA

RESULTANDO: Igualmente aprobado que la procesada PETRA CUEVAS RODRIGUEZ durante el dominio rojo fue presidenta del Sindicato de la Aguja, realizando una destacada labor en favor de la causa roja, que fue ensalzada por la prensa roja; militante del partido comunista sirvió de enlace entre los que pretendían reorganizar el Partido Comunista, recibiendo encargos de una tal manera procesada y condenada por haber formado parte de esta organización comunista.

Sentencia (Causa nº 109.539, folio 870v)

Se le acusa, como al resto de encausados, de un delito contra la seguridad interior del Estado:

CONSIDERANDO: que los hechos que se declaran probados respecto de los procesados MANUEL MARTIN MON, JOSE RODRIGUEZ GALLEGO, MANUEL HERNANDEZ GARCIA JUAN AGULLO MARIN, ANGEL MARTIN CABESTRERO, ALFONSO GARCIA MORCILLO VICTORIANO ROBLEDO ZABALLOS, JOSE HERNANDEZ GARCIA, JULIAN PALOMERO PALOMERO, RICARDO MESONERO MARTIN, PETRA CUEVAS RODRIGUEZ, PRIMITIVA PANTAGUA ALONSO, CARMEN JIMENEZ SANCHEZ, JUANA DIAZ SANCHEZ Y SOLEDAD DIAZ SANCHEZ, son constitutivos de un delito CONTRA LA SEGURIDAD INTERIOR DEL ESTADO, por parte de cada uno de los citados procesados, definido en la Ley de 29 de Marzo de 1941 en su Capítulo 1º artº 5º, y de cuyo delito aparecen responsables cada uno de los procesados por su directa y voluntaria participación.

Sentencia (Causa nº 109.539, folio 870r)

Se condena a Petra a una pena de “doce años de prisión mayor y accesorias legales correspondientes”:

FALLAMOS que debemos condenar y condenamos a los procesados HERIBERTO JUJONES GONZALEZ, LUIS BENDIN LOPEZ y ANGEL FERMIN CARDIN MARTIN, como autores cada uno de ellos de un delito CONTRA LA SEGURIDAD INTERIOR DEL ESTADO a la pena de MUERTE, y para caso de indulto, accesorias legales correspondientes; que igualmente debemos condenar y condenamos al procesado FREDERICO DE PRUROS SAN ANTONIO, como autor también de un delito contra la SEGURIDAD INTERIOR DEL ESTADO, a la pena de TREINTA AÑOS DE RECLUSIÓN MAYOR y accesorias legales correspondientes; a los procesados MANUEL MARTIN MON Y JOSE RODRIGUEZ GALLEGO, como autores igualmente cada uno de ellos de un delito CONTRA LA SEGURIDAD INTERIOR DEL ESTADO, a la pena de DOCE AÑOS DE PRISIÓN MAYOR y accesorias legales; que igualmente debemos condenar y condenamos a los procesados MANUEL HERNANDEZ GARCIA, JUAN AGULLO MARIN, ANGEL MARTIN CABESTRERO, ALFONSO GARCIA MORCILLO, VICTORIANO ROBLEDO ZABALLOS, JOSE HERNANDEZ GARCIA, JULIAN PALOMERO PALOMERO, y RICARDO MESONERO MARTIN, como autores cada uno de ellos de un delito CONTRA LA SEGURIDAD INTERIOR DEL ESTADO, a la pena de DIEZ AÑOS DE PRISIÓN MAYOR y accesorias legales correspondientes; que debemos condenar y condenamos a la procesada PETRA CUEVAS RODRIGUEZ, como autora de un delito contra la Seguridad del Estado, a la pena de DOCE AÑOS DE PRISIÓN MAYOR y accesorias legales correspondientes; asimismo que debemos condenar y condenamos a las procesadas PRIMITIVA PANTAGUA ALONSO, CARMEN JIMENEZ SANCHEZ, JUANA DIAZ SANCHEZ Y SOLEDAD DIAZ SANCHEZ, como autoras cada una de ellas de un delito CONTRA LA SEGURIDAD INTERIOR DEL ESTADO, a la pena de SEIS AÑOS Y UN DIA DE PRISIÓN MAYOR y accesorias legales correspondientes; para todos ellos responsabilidad civil sin fijación de cuantía, sirviéndoles de bono el tiempo sufrido en prisión preventiva; e igualmente fallamos que debemos absolver y absolvemos a los procesados PEDRO RAMOS SANCHEZ, JULIA PIZARRO ALONSO y MATILDE LUISA MOLINA, los cuales deberán ser puestos en libertad una vez se firme esta sentencia.

Así por esta nuestra sentencia, lo pronunciamos, mandamos y firmamos.

Sentencia (Causa nº 109.539, folio 870r)

7.- PRESA EN LAS CÁRCELES FRANQUISTAS

*“En las exposiciones que se han organizado sobre la vida en las cárceles sólo aparece lo que hacían los hombres, como si las mujeres no hubiéramos estado presas como ellos. Y con respecto a las torturas no hubo discriminación, lo mismo daba que fueras hombre o mujer”.*⁴²

Así se expresaba, y sabía de lo que hablaba, Petra Cuevas, que fue torturada y pasó 7 años de cárcel.

Primera detención. Torturas en Gobernación

“Bastaba que cualquiera, una vecina, un compañero de trabajo, una viuda o un familiar de algún muerto por los rojos se presentase en una comisaría, un cuartelillo de la Guardia Civil o un centro de Falange, denunciando sin demasiadas precisiones las ideas o los hechos de cualquiera, para que la persona fuese detenida, maltratada y enviada a pudrirse a la cárcel”. (p. 274).⁴³

Dirección General
de Seguridad-
Gobernación



Es lo que le ocurrió a Petra, que al finalizar la Guerra Civil permaneció en Madrid, siendo detenida en 1939 y trasladada a la Dirección General de Seguridad (Gobernación), en la Puerta del Sol, para ser interrogada, tal como ella misma recuerda:

“Al finalizar la guerra mi problema fue el de todos los españoles que luchamos al lado de la República. Andar a salto de mata en aquellos primeros días hasta caer en Gobernación. Lo que allí se pasaba es inenarrable: las mayores torturas, las mayores humillaciones que un ser humano pueda aguantar.” (p. 361).

En los sótanos de Gobernación, donde estaban los archivos, estuvo Petra retenida un mes. Las torturas eran un medio habitual de recabar información. Algunas mujeres fueron brutalmente apaleadas hasta dejarlas estériles, después de haber sido violadas. Muchas de las que sobrevivieron perdieron su juventud en las cárceles.⁴⁴

⁴² Petra Cuevas. **La fuerza de la memoria.** -- En Trabajadora, número 2 (III época, abril de 1993), p. 6.

⁴³ Todas las citas que vienen a continuación provienen de este libro: CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa: **Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas.** -- Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004 Me limitaré a indicar el nº de página correspondiente.

⁴⁴ HERNÁNDEZ HOLGADO Fernando: **La prisión militante: las cárceles franquistas de mujeres de Barcelona y Madrid (1939-1945).** Tesis doctoral. Madrid, 2011. Universidad Complutense de Madrid. Dpto. de Historia Contemporánea. — Disponible en: <http://eprints.ucm.es/13798/>, p.622, nota 17 [Consulta: 12-04-2012].

Petra tuvo la mala fortuna de ser la primera en la que experimentaron la aplicación de corriente eléctrica a los detenidos:

“Fui a la primera que pusieron las corrientes (porque después han puesto corrientes a muchas). A mí me las pusieron con todo el voltaje, o sea, un enchufe cualquiera, me ataron a los cables y ya está. El médico cuando me iba a curar les dijo un día que llegó a uno de los que me las habían puesto: “Esto es criminal”. Yo juraría que el que me lo puso fue Carlos Arias Navarro. Recuerdo que llegó un señor cuando me estaban interrogando y dijo: “Mira, yo he venido a ver cómo hacéis hablar delante de este retrato” (naturalmente el de Franco), y dijo uno de ellos: “Pero esta zorra no habla”. “Verás cómo habla”. Cogió un cable, lo enchufó y me lo ató. “Mira aquí están las cicatrices, aquí y aquí”. Cuatro cables me ató a las muñecas, que también tengo señal, ¿ves? La que más se nota es esta que fue la que peor estuvo. Este dedo fue también el peor, porque en los dedos me enroscaron los cables como si fueran anillos... Me enchufaban y me volvían a enchufar con las manos empapadas de gasolina para que la corriente diese más fuerte... Te voy a decir cómo estaría que hasta en las Salesas, cuando me llevaron, fueron los guardias a ver cómo había llegado. O sea, consideraban que era una de las peores en aquella época y a mí me parecía que las otras estaban peor que yo”. (p. 362).

Traslado a la Comisaría de Fomento

Después de un mes en Gobernación trasladaron a Petra a la Comisaría de Fomento nº 9, situada en un antiguo palacio, según testimonio de Petra Cuevas:

“De Gobernación me trajeron a la comisaría de Fomento. [...] Eso era un infierno. Estábamos en habitaciones muy pequeñas con ventanas a un patio interior. A todo el que pegaban, a todo el que interrogaban, oías los gritos, oías lo que les hacían. No era lo que te hacían a ti, es que oías lo que les hacían a los demás y era enloquecedor”. (p. 362).

En esta Comisaría permaneció un mes.

Primera estancia en Ventas.

Tras dos meses de detención en Gobernación y Fomento, Petra fue ingresada en la Cárcel de Ventas el día 11 de octubre de 1939, según refleja su expediente (ACPVK. Legajo (19)46-C. Expediente de Petra Cuevas Rodríguez).

Estuvo en la cárcel poco tiempo, saliendo en libertad provisional, gracias a que una compañera que trabajaba en las oficinas hizo desaparecer su expediente:

Una galería de la prisión de Ventas
Foto: Archivo General de la Administración



“Después de un mes en aquel infierno [Comisaría de Fomento] pasé a Ventas. Yo hacía la número 14.000. Se carecía de agua y sitio. Recuerdo que otra mujer y yo tuvimos que dormir con las piernas encima de la escalera que daba a los retretes que se ponían a ras de caca. Era horrible aquello... No había agua. Para lavarte tenías que pasarte la noche en vela para cuando sintieras caer un chorrillo, y éramos muchas a coger lo que pudiéramos. Como había tanta sarna, tantos piojos y tantas chinches en Ventas, le dije a mi madre que me pasara Zotal y Barachol...

En Ventas estuve unos meses. Había una mujer que a mí me quería muchísimo; creo que me seguirá queriendo a pesar de que hace muchos años que no la veo. Hizo desaparecer mi expediente. Se llamaba Pepita y estaba en la oficina porque el marido era policía. Esta Pepita me salvo de mi primera caída.” (p. 633).

La cárcel de Ventas de Madrid, inaugurada en 1933 como encarnación del discurso penalista republicano, fue considerada en su época como cárcel-modelo de mujeres. Se encontraba situada en la C/ Marqués de Mondéjar, 16-18. Al finalizar la Guerra Civil, en Ventas se hacinaban miles de mujeres con sus hijos, enfermos, sucios y mal atendidos. Construida para un número de 450 personas, superaba las 4.000. De esta cárcel sacaron el mayor número de mujeres para ser ejecutadas.

Tomasa Cuevas⁴⁵, que estuvo en Ventas, autora del valioso libro aquí citado repetidamente, hace esta valoración:

“En el 39 había once o doce mujeres en cada celda, absolutamente desnuda, los colchones o los jergones de cada una y nada más. Todo vestigio de la primitiva dedicación de las salas había desaparecido: se había transformado en un gigantesco almacén, un almacén de mujeres.” (p. 275).

En 1941 se elevó a la categoría de prisión central, dependiendo de ella las de San Isidro y Claudio Coello. Se clausuró en 1969, siendo demolida y construido en el solar un complejo residencial.

Fueron compañeras de Petra Cuevas en esta cárcel, entre otras: Tomasa Cuevas, Juana Doña, Julia Manzanal, Matilde Landa, las Trece Rosas, etc.

Petra, quizá por su experiencia personal, recuerda en varios testimonios el aspecto dramático que ofrecía el espacio habilitado en Ventas para las madres presas con hijos, cuando ella ingresó a finales de 1939:

“Para mí lo más terrible fue el problema de los niños. Había una galería dedicada a las madres. Como no podían limpiarles, el olor de aquella galería era inaguantable, pero lo verdaderamente trágico era tener que llevar a los niños a la enfermería, porque era seguro que volían muertos. Esto sucedió hasta que algunas compañeras decidieron colocarse en aquel servicio...”

Decidieron participar en el trabajo, ya sabes que en aquellos primeros años la consigna era que no teníamos que trabajar y en aquella época todo el mundo nos negamos, menos unas compañeras que aceptaron

⁴⁵ Tomasa Cuevas, autora de la obra **Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas**, no tiene ningún parentesco con Petra. Coincidieron en la cárcel.

una colocación y ayudaron a organizar la prisión, pero nosotras nadie queríamos ayudar. Al ver la situación de los niños, se decidió que las que eran enfermeras procurasen trabajar en enfermería y así se podría evitar que muriesen los niños, o por lo menos, que no fuesen tantos, y que otros pudieran curarse. Luego ya fue cuando sacaron a las madres de la Cárcel de Ventas”. (p. 633).

*Niños en el patio
de la prisión de
Ventas. 1955 Fondo
Santos Yübero.
Archivo Regional de
la Comunidad de
Madrid*



Especialmente crueles fueron las cárceles de mujeres, donde había reclusas con bebés, o niños de muy corta edad: morían de hambre, enfermedad o miseria, sin asistencia médica alguna. Los médicos sólo certificaban la muerte. Pero había otro aspecto igualmente trágico que afectaba a las madres presas, al que Ricard VinYES denomina “zona de riesgo de pérdida familiar”: las madres perdían a sus hijos, que eran dados en adopción, ingresados en colegios y seminarios, etc. Petra cuenta el siguiente caso dramático de una compañera suya de encierro:

“De las castigadas recuerdo a una pobre mujer de Mora de Toledo que después de matar a su marido a palos como a un perro, la encerraron

a ella y le quitaron sus hijos para llevarlos a colegios de esos que eran nada más que cárceles infantiles. Un buen día recibió carta de la hija mayor diciéndole cosas tan crueles como que reconocía que su padre era un asesino y que estaba avergonzada de ser hija de ellos. No había manera de consolar a aquella pobre mujer.”⁴⁶

Segunda detención. De nuevo en Gobernación

A finales del 1941 fue detenida por segunda vez, y de nuevo fue llevada a Gobernación, donde estuvo cuarenta días. Pero en esta ocasión no fue torturada por intercesión de un conocido de la familia.

“Me tuvieron cuarenta y dos días en Gobernación, sin lavarme, sin peinarme, sin comer apenas. No me apetecía el rancho, muchos piojos, y todo lo que tenías que ver por allí.

A mí no me pegaron pero ¡qué sufrimiento al ver a los demás compañeros torturados.” (p. 366)

Segunda estancia en la cárcel de Ventas

Desde Gobernación volvió a ser ingresada en la cárcel de Ventas, donde estuvo pocos meses:

“Volví a la cárcel pero salí enseguida en libertad provisional...” (p. 366).

Durante la libertad provisional se quedó embarazada:

“... los meses de embarazo aun ... porque estuve casi siempre en libertad, aunque me tenía que presentar en el Juzgado de Masonería y Comunismo”. (p. 366)

Tercera estancia en la Cárcel de Ventas

Unos días antes de que se celebrara el Consejo de Guerra (25-09-1942) en el que fue condenada a 12 años de cárcel, fue detenida nuevamente e ingresada en la cárcel de Ventas:

“...salí enseguida en libertad provisional. Tuve la suerte de salir pero no tardé en volver y tuve la desgracia de volver embarazada... y tuve

⁴⁶ DI FEBO, Giulana : *Resistencia y movimiento de mujeres en España 1936-1976*.-- Barcelona: Icaria, 1979. p.36.

una niña. Lo pagó la pobrecita y lo pagué yo, porque la niña se murió pero yo seguí pagando las consecuencias...” (p. 366).

“Yo aguanté en Ventas sin decir que estaba en estado... y no sabiendo que estaba en estado no me llevaban a Madres. Yo trataba de dar a luz en Ventas porque allí había camaradas que eran buenas enfermeras, buenas comadronas. Yo quería que naciese lo que fuera allí, y me decía: “Si cuando tenga un mesecito o dos se lo llevan ya es otra cosa, porque alguno vive como Clemente” aunque la mayoría morían, pero un día lo descubrieron y me llevaron a Madres”. (p. 366).

Y recuerda el día del juicio:

“Al juicio ya iba embarazada... a mí me tenían que haber puesto pena de muerte y me habían pedido solo doce años; y había el rumor de que nos iban a volver a juzgar.” (p. 366).

Prisión maternal de San Isidro. Muerte de su hija

Descubierto su embarazo por las funcionarias de Ventas, Petra fue trasladada a la cárcel de San Isidro, donde dio a luz a su hija.

Con cierta sorna Petra cuenta su traslado de una prisión a otra, que se realizó en el metro acompañada por una funcionaria conocida por “*La Veneno*”, que por lo que cuentan hacía honor a su nombre. En cierto momento, por las aglomeraciones del metro, Petra y la funcionaria quedan separadas por la gente. La funcionaria grita alertando de que lleva una presa, y Petra, al llegar a la estación, se apea tranquilamente y espera a “*La Veneno*”, que no salía de su asombro. Petra comenta para sus adentros que no se imaginaba la funcionaria que no podía escaparse porque no tenía donde esconderse.

La prisión de San Isidro, destinada a mujeres embarazadas o con niños lactantes, fue inaugurada el 17 de septiembre de 1940. Estaba situada en la Carrera de San Isidro, en las proximidades del Puente de Segovia, junto al Manzanares. En la actualidad, hay un edificio residencial a la entrada del Paseo de la Ermita del Santo.

Según testimonio de Petra Cuevas:

“Aquella prisión junto al Manzanares daba la sensación de que era un chalet. Y lo gordo de eso es que las familias no te querían sacar de allí aunque lo pidiesen por favor, porque consideraban que era una cárcel estupenda; claro, el locutorio era pequeño, se comunicaba bastante bien; luego, todos los días, la Topete ponía en el portal una lista de los buenos alimentos que nos daban, por ejemplo: un vasito de leche a media mañana, una comida especial sobre todo a las recién paridas. [...] Ni te daban leche ni Cristo que lo fundó”. [...]



Petra Cuevas ⁴⁷

“La entrada en Madres no la olvidaré. Era una prisión situada a orillas del Manzanares que tenía por directora a una tal María Topete, célebre por su maldad. Por la mañana habían fusilado en Ventas a una mujer del pueblo de Vallecas, ¡para qué decir mi estado de ánimo!, pero fue mucho peor cuando la ordenanza que me recibió en la cárcel de madres era su hija. Lo supe al preguntarme ellas las novedades de la otra prisión. Yo se las dije y la pobre se desmayó. Desde ese momento sufrí tanto que creí volverme loca”. (pg.367).

María Topete Fernández era la directora de la Prisión de Madres. Uno de sus objetivos era reducir al máximo el contacto entre madres e hijos, para *“impedir que los niños mamaran la leche comunista”*, tal como nos cuenta Petra:

“Tenía a los niños todo el día en el patio, tanto si hacía frío como si hacía calor, y a las madres no nos dejaban coger a los niños aunque

⁴⁷ Foto tomada de: FORO POR LA MEMORIA: **Petra Cuevas: La Fuerza del Compromiso.**-- Madrid: 2012.--Disponible en http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=g_KA61ttvkM. [Consulta: 27-05-2012]

tuvieran hambre, estuvieran sucios o lloraran. Era horrible, tú veías a tu hijo llorando y no podías hacer nada”.⁴⁸

La estricta separación entre madres e hijos no dejaba de aplicarse ni siquiera cuando estos caían enfermos. Los testimonios de las presas de San Isidro se han ocupado de destacar la inhumanidad de estas prácticas. Como este de Petra a una investigadora francesa:

“Les enfants, dans la cour de la prison, étaient en culottes, avec un drap et une petite couverture. Ils devaient rester là toute la journée, même s'ils pleuraient, tu ne pouvais les prendre. Moi, j'étais toujours punie parce que dès que j'entendais pleurer des enfants, je méchappais, ne serait-ce que pour les balancer un peu. Je me souviens d'Alfredo, il était très beau. Sa mère était enfermée dans une chambre pour qu'elle ne prenne pas son enfant. Tu voyais la mère pleurer à la fenêtre, l'enfant pleurer dans la cour, et moi pleurant de rage contre les fonctionnaires. La prison des mères est le pire que tu puisses imaginer.”⁴⁹

Traducción del texto

“Los niños, en el patio de la prisión, estaban en ropa interior con un trapo y una manta pequeña. Debían estar allí todo el día, incluso si lloraban, no podías cogerles. Yo estaba siempre castigada porque en cuanto oía llorar a los niños me escapaba para mecerlos un poco. Me acuerdo de Alfredo, era muy guapo. Su madre estaba encerrada en una habitación en la que no podía tener a su hijo.

Veías a la madre llorar en la ventana, al niño llorar en el patio y, yo, llorando de rabia contra las funcionarias. La prisión de madres es lo peor que te puedes imaginar”

Reparto de ropa en la cárcel de San Isidro, 1941. Fondo Santos Yubero (Archivo Regional de la Comunidad de Madrid)



⁴⁸ ARMENGOU Montse y BELLIS Ricard: **Los niños perdidos del franquismo**. – En Kaos en la Red: 21-11-2008. Disponible en: www.kaosenlared.net/noticia/ninos-perdidos-del-franquismo-1. [Consulta: 27-05-2012]

⁴⁹ MARIN, Progreso: **Exil. Témoignages sur la guerre d'Espagne. Les Camps et la résistance au franquisme**.- Éditions Loubatières, 2005.

Estando en esta prisión de madres lactantes, Petra dio a luz a una niña el día 14 de abril de 1943, según la anotación correspondiente firmada por la directora María Topete, que falleció el 17 de octubre del mismo año. Así nos lo cuenta ella en diversos sitios:

“Tuve una hija que allí nació y que murió a los seis meses. Pocos niños sobrevivían. Lo que recuerdo con mucha claridad era el espíritu de solidaridad que teníamos las mujeres... Cuando se murió mi hija todas las mujeres se negaron a salir al patio en señal de protesta. La directora no se atrevió con ellas”.⁵⁰

“...y en este ambiente tuve a mi hija. Sólo una mujer que haya tenido un hijo en estas condiciones comprenderá lo que sufrimos allí, la impotencia que se siente y al mismo tiempo la responsabilidad. La niña, como otras, se murió a los seis meses. Yo sentí tal desesperación que no me quitaban un castigo cuando ya tenía otro.

...La niña nació bien, pesaba cuatro kilos. La camarada Trinidad Gallego, no sé si vivirá, se portó conmigo como una gran compañera... me sostuvo ocho días en enfermería y en ese tiempo la niña engordó casi un kilo. Di a luz en una habitación en que había muerto una niña de tos ferina y, como es natural, mi niña cogió la tos ferina, porque sin desinfectar la cama, que acababan de quitar el cadáver, me metieron a mí con mi hija. Y se contagió”. (pg.367).

... yo que estaba recién dada a luz me pegué tal sobresalto [tras un incidente con un niño] que se me apostemó un pecho, con unas fiebres tremendas, sin poder cuidar a mi hija. Mi niña abandonada, tose que tose... Ya por fin me sajaron el pecho. Me tuvieron que hacer tres cortes por tres sitios y me mandaron al patio.

[...]

Mi hija, sin asistencia médica, cada día estaba peor, se pasaba las noches tosiendo. No pudo verla el médico hermano de una funcionaria.

⁵⁰ Petra Cuevas. *La fuerza de la memoria*.-- En *Trabajadora*, número 2 (III época, abril de 1993) , p. 6.

A los cuatro o cinco días empeoró la niña, llamé a la funcionaria y le dije: “Yo ya no puedo más. Ustedes ven que esta niña se está muriendo” A todo esto la prisión estaba ya medio sublevada... al dar la noticia de que la niña se había muerto, toda la prisión se negó a salir al patio, se negaron a soltar a los hijos de los brazos y hubo un jaleo tremendo--- A mí, entonces, me tuvieron que poner inyecciones para cortarme la leche. Era un médico tocólogo que al ver el cuadro se ve que le impresionó y se tomó interés por mí y dijo: “Esta mujer tiene que estar en la enfermería” y me tuvieron ocho días. (p.369).

Regreso a Ventas. 05-09-1944

Muerta su hija, con fecha 5 de septiembre de 1944 se tramitó el traslado de Petra a Ventas “por no poder permanecer en esta prisión ya que no tiene hijos en su compañía”.

Al llegar a Ventas, aunque la vida era mala, éramos muchas y nos podíamos enfrentar mejor con las funcionarias y se hacía vida política, aunque no faltaban los castigos. (p. 371).

*Imagen tomada de
VINYES, Ricard;
Irredentas: las presas
políticas y sus hijos en
las cárceles de Franco.
-- Madrid: Temas de
Hoy, 2002*



Peregrinaje carcelario

Estando en la cárcel de Ventas, poco después de morir la niña, las presas continuaban con su lucha reivindicativa y política. Petra se enfrentó a una funcionaria que se presentó en su celda, donde estaba con dos compañeras (Carmen Camaño y Concha Madera) para hacer un registro en busca de prensa y escritos clandestinos:

“Estábamos las tres, ellas dos leyendo unos recortes de periódico, que nos estaba prohibido, yo tenía unas cosas en el bolsillo que me acababan de dar y estaba cosiendo; pensé: Ya la ha cogido esta tía. Yo estaba preocupada por ellas, por si las cogían con recortes y no me acordaba de lo que llevaba en el bolsillo, que no eran recortes sino cosas escritas por nosotras; y yo muy cumplida le decía a la funcionaria: ¿Quiere usted que le ayude?, con el fin de ver si la despistaba. Me dijo: no, y primero la voy a cachear a Ud. Me levanta las manos, mete la mano en el bolsillo y veo que saca todo aquello; me abalancé sobre ella (y piensa que era el doble que yo pero el instinto de conservación se conoce que me hizo tener fuerzas) y se lo quité de las manos. Empezamos a forcejear; yo a dar gritos y diciéndole que no me lo iba a quitar. En la galería se dieron cuenta de que algo me pasaba y salieron todas de las celdas y se agolparon en nuestra puerta. Como pudimos echamos los periódicos fuera y ella tiró de mí para sacarme pero al ver toda la galería llena de mujeres se asustó y me soltó; yo corrí al rerete y los papeles desaparecieron y quedé tranquila, que hiciese conmigo lo que quisiese. Me figuraba que nos iban a castigar, pero en ese momento no nos hizo nada”. (p. 372).

El castigo consistió en el traslado de Petra y sus dos compañeras a cárceles fuera de Madrid. Petra fue llevada a la Prisión de **Calatayud**⁵¹, donde ingresó el 1 de agosto de 1946, y permaneció 9 meses. A la lejanía de la familia se añadían las peores condiciones de la cárcel:

⁵¹ Algunos autores hablan de la prisión de Teruel en lugar de Calatayud. . Por ejemplo: HERNÁNDEZ HOLGADO Fernando: **La prisión militante: las cárceles franquistas de mujeres de Barcelona y Madrid (1939-1945)**. Tesis doctoral.- Madrid: 2011. Universidad Complutense de Madrid. Dpto. de Historia Contemporánea.— Disponible en: <http://eprints.ucm.es/13798/> [Consulta: 12-04-2012] p.622, nota 17. Yo sigo el testimonio de la propia Petra recogido en: CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa: **Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas.** - Huesca: Instituto de Estudios Altoaragonés, 2004, pp. 373 ss.

“Es que aquello no era una cárcel, era un convento abandonado, vete a saber desde cuándo, hecho entre rocas, que una de las paredes era la propia roca: Unas columnas en la parte de delante, con tanta humedad que las paredes estaban verdes y caía agua por ellas”. (p. 373).

De Calatayud pasó a la Cárcel de Predicadores en **Zaragoza**. Desde su llegada a este centro Petra estuvo aislada, por enfrentamientos con el Director:

“...y me tuvo todo el tiempo que estuve allí en una celda de esas de la Inquisición, porque lo era, incluso aún existían en las paredes y en el suelo los grilletes de haber tenido a los presos atados de pies y brazos. Tenía la ventanita aquella que se ve en las estampitas en forma de embudo que empezaba por una esfera grande y terminaba en un agujerito como el fondo de una botella... Era tremendo.” (p.373).

De Zaragoza fue trasladada a la Cárcel de Larrinaga de **Bilbao**, donde estuvo pocos días, ya que pasó a la prisión de **Amorebieta** Vizcaya), donde permaneció 9 ó 10 meses, hasta que la cerraron.

*Cárcel de Amorebieta
(Colegio “El Carmelo”)*⁵²



⁵² Foto tomada de: OLVIDAD@S 1936-1977 (Victimas del golpe de estado, de la represión y del régimen franquista). Disponible en: <http://ahaztuak1936-1977.blogspot.com.es/2007/03/homenaje-las-mujeres-presas-en-la.html>. [Consulta: 12-04-2012].

Cuando cerraron la prisión de Amorebieta Petra fue llevada a la cárcel de Segovia, que para entonces ya estaba dedicada a las presas políticas.

Petra Cuevas fue puesta en libertad en enero de 1948. Con motivo de la celebración franquista del 18 de julio se decretó un indulto de reducción de penas, viéndose Petra beneficiada con la rebaja” de 3 años, 9 meses y tres días, que junto a trabajos de redención que había hecho, le permitió salir antes de cumplir los 12 años. El indulto le fue notificado en la prisión de Segovia el 9 de enero de 1958.⁵³

Y a pesar de todo...

A mí me gustaba mucho cantar y a veces he estado cantando y de repente me he parado y he dicho: “¡Ay, madre mía!, ¿cómo tendré valor de cantar con todo lo que estamos pasando?”, pero gracias a eso vivíamos. (p. 367)

[...]

Yo soy una de las personas que aparentemente llevaba mejor que otras la prisión, pero era de las que peor la llevaban. Nunca decía nada, no he creado problemas porque nadie me podía solucionar nada; si estábamos allí, pues a aguantar, pero soy una persona muy inquieta, me paso el día yendo y viniendo, haciendo y deshaciendo, y soy feliz, pero me estoy todo el día así sentadita como ahora y termino muerta, con dolores de huesos, con un cansancio horrible. Imagínate sentada todo el día en el petate o andando sobre el mismo ladrillo... yo me ponía enferma, estaba flaca como una sardina. Era horrible, yo lo pase muy mal, así que cuando salí dije: “Vamos a ver cómo hago para no volver a la cárcel; tengo que estudiar la manera de no volver más”. (p.367).

[...]

⁵³ Consejo de guerra contra Heriberto Quiñones González y 21 más, por un delito contra la seguridad interior del Estado. Madrid 1942.—En Archivo General e Histórico de Defensa , Causa nº 109.539, Legajo 1938, folio 937.

“...lo pasé muy mal, yo pienso que no he estado mucho tiempo en la cárcel, he sido la que menos he estado de las compañeras que, como yo, teníamos más responsabilidades, porque total, siete años... Cuando digo “total siete años”, la gente me dice: “¡Huuuy!”, pero comparándolos a los que han estado veinte, no es mucho...” (p.377).

Para saber más sobre mujeres en las cárceles franquistas

- HERNÁNDEZ HOLGADO Fernando: **La prisión militante: Ventas (Madrid) y Les Corts (Barcelona).**— En *Studia historica. Historia contemporánea*, N° 29, 2011, págs. 195-236. (Número dedicado a: Cárceles de mujeres)
- HERNÁNDEZ HOLGADO, Fernando: **Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo, 1931-1941.**-- Madrid: Marcial Pons, 2003
- VINYES, Ricard; **Irredentas : las presas políticas y sus hijos en las cárceles de Franco.** -- Madrid : Temas de Hoy, 2002



8.- RECONOCIMIENTOS Y HOMENAJES

“...tenemos la obligación moral de que la Historia, con mayúscula, conozca la gesta y honre la memoria de Juana Doña, Isabel Vicente, Matilde Landa, Constantina Pérez, Celia Llana, Tomasa Cuevas, Rosa Mateu, Vicenta Camacho, María Lacrampe, Petra Cuevas, y tantos miles y miles de mujeres, tras cuyos nombres –desconocidos para la inmensa mayoría– existen historias de abnegación y de valor.”⁵⁴

He aquí algunos homenajes y reconocimientos que se han hecho a Petra Cuevas:

Año 1986. Homenaje a las milicianas que defendieron Madrid.

El *Movimiento para la Liberación e Igualdad de la Mujer (MLIM)* organizó un homenaje a las mujeres que defendieron Madrid, al cumplirse el cincuentenario del asedio. El acto estuvo apoyado por el Instituto de la Mujer y el Ayuntamiento de Madrid. Participaron en el homenaje la historiadora Carmen García Nieto y mujeres que formaron parte de la defensa: Julia Vigne, del PSOE; **Petra Cuevas**, del PCE, y Juana Doña, del PCPE. Asimismo asistieron Consuelo Morales, viuda del teniente Castillo, y Rosario Dinamitera.⁵⁵

Año 1996. Exposición fotográfica “Seis mujeres republicanas”

En el año 1996 se hizo en Madrid una exposición titulada **“Seis mujeres republicanas”**⁵⁶, un trabajo del fotógrafo Alejandro Cherep que captó, en blanco y negro, la dignidad con que llegaron a los 80 años seis mujeres que defendieron la República. Una de estas mujeres era Petra Cuevas, de la que se exhibían algunas fotografías, como esta en la que aparece Petra en la sede del PC de su barrio de Tetuán, justo al lado de su casa, donde solía acudir casi todos los días:

⁵⁴ LUISA MONFORMTE, Guillermo: **Laudatio de la resistencia antifranquista, personificada en Gregorio López Raimundo, María Salvo Iborra y Agustí Semir Rovira**. Barcelona, 23.02.2004.-- Disponible en :<http://cutc.upc.edu/arxius/fem-memoria-i-04.pdf> . [Consulta: 06.02.2005].

⁵⁵ HOLGUERAS CARMEN: **Homenaje a las milicianas que defendieron Madrid**.— En El País, 10-11-1986.

⁵⁶ **Exposiciones. Retratos de seis mujeres republicanas en su etapa de abuelas**.— En El País, 24-09-1996. Disponible en: [http://www.villadeorgaz.es/Prensa/Exposiciones.Retraos de seis mujeres republicanas.pdf](http://www.villadeorgaz.es/Prensa/Exposiciones.Retraos%20de%20seis%20mujeres%20republicanas.pdf) . [Consulta: 06.02.2005].



Petra Cuevas. Foto:
Alejandro Cherep,
1996⁵⁷

Año 1996. Exposición fotográfica “Seis mujeres republicanas” Turín (Italia).

La exposición anterior, de Alejandro Cherep, estuvo también en el *Museo della fotografia storica e contemporanea* de Turín (Italia), en 1996, promovida por *La fondazione italiana per la fotografia*.⁵⁸

Año 1997. Congreso “Seis mujeres republicanas. Incontro con militanti repubblicane e antifranchiste”, Turin (Italia).

En marzo 1997 se celebró un congreso en Torino bajo el lema: “Seis mujeres republicanas. Incontro con militanti repubblicane e antifranchiste”, organizado por la Università degli Studi di Torino, el Istituto di Studi Storici Gaetano Salvemini y la Fondazione Italiana per la Fotografia, y presidido por Rafel Alberti. Una de las seis mujeres era Petra Cuevas, que tuvo varias intervenciones en el congreso, a la que presentan como:

“... militante del Partido Comunista Español y presidente del Sindicato

⁵⁷ Agradezco desde aquí a Alejandro Cherep (<http://www.alejandrocherep.blogspot.com.es/>) el haberme facilitado de forma desinteresada esta fotografía.

⁵⁸ *Seis mujeres republicanas*. Museo della fotografia storica e contemporanea.-- Disponible en: http://www.memoriadispana.org/page.asp?ID=3169&Class_ID=10019. [Consulta: 06.02.2005]

de Modistas, se ocupó de la confección del uniforme militar para los milicianos del frente. Estuvo detenida 7 años en la cárcel.”⁵⁹

Año 2001. Exposición “100 mujeres del siglo XX que abrieron camino en el siglo XXI”.

*Incontro con Militanti
Repubblicane e
Antifrachiste, Torino,
1997*



En la publicación editada por el Consejo de la Mujer de la Comunidad de Madrid con motivo de la exposición “100 mujeres del siglo XX que abrieron camino en el siglo XXI”, que se inauguró el 1 de octubre de 2001, una de estas 100 mujeres es la orgaceña Petra Cuevas, que figura con esta reseña:

“38. PETRA CUEVAS (Orgaz -Toledo- 1908) Trabajadora desde niña por necesidades familiares, a los 14 años ya era bordadora y luego siguió en distintos oficios, todos relacionados con el textil.

Desde jovencita quiso participar en política, y en los años 30 llegó a ser Secretaria del Sindicato de la Aguja, que luchó por primera vez por los derechos laborales de las costureras, sastras y bordadoras, a las que los sindicatos tradicionales ignoraban. Como militante comunista, durante la guerra civil organizó talleres de costura en Madrid del Socorro Rojo para cubrir las necesidades del frente. Al finalizar la guerra fue detenida y sufrió largos años de cárcel, en donde perdió una hija. Al recobrar la libertad retomó su actividad política, que mantiene a sus 93 años.”⁶⁰

Año 2003. Acto-Homenaje “Mujeres contra la guerra y el fascismo 1933 - 2003” Madrid, 6 de marzo de 2003.

En el Acto-Homenaje organizado por la Secretaría de la Mujer del PC de Madrid, bajo el título “Mujeres contra la guerra y el fascismo 1933 - 2003”, se hizo un reconocimiento a Petra Cuevas junto a otras mujeres luchadoras, como Catalina Salmerón, Dolores Ibárruri, Clara Campoamor, etc. con estas palabras:

⁵⁹ Seis mujeres republicanas. Incontro con Militanti Repubblicane e Antifrachiste, Torino, 1997.-- Torino : Università, 1997. Póster : color. ; 50x28 cm. — Disponible en: http://www.ucm.es/info/especulo/numero5/con_tori.htm [Consulta: 06.02.2005] Ver también: TOZZI, Luigi: **Donne, cinema e guerra civile di Spagna**. — En Il Presente e la storia. Rivista dell'Istituto Storico della Resistenza di Cuneo, nº 51, 1997, pp. 215-235. Disponible en: http://old.memoriedispagna.org/page.asp%3FID=3169&Class_ID=10019.html . [Consulta: 06.02.2005].

⁶⁰ Disponible en: <http://www.consejomujer.es/100mujeres-2etapa.html>. [Consulta: 06.02.2005].

*“las impulsoras del primer movimiento serio y práctico para sacar a las mujeres de la cocina y de la iglesia y que tomaran conciencia de un hecho clave y universal: el de ser mujer. Fueron, y son, la base que sustentaron la actividad de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, Pro Infancia Obrera y Unión de Muchachas”.*⁶¹

Visto desde la perspectiva de ahora, Mujeres Antifascistas ha tenido una influencia tremenda en el desarrollo posterior de todo el movimiento feminista de España. En primer lugar, por dar a las mujeres la confianza en sus propias fuerzas y, además, dárselo en la práctica; en segundo lugar, porque nuestro movimiento era natural, muy espontáneo, en el que la que más y la que menos se movía como yo, por instintos de independencia y de igualdad de derechos, sin el gran aparato teórico previo del que disponemos ahora. (FALCÓN: Irene: Asalto a los cielos. Mi vida con Pasionaria. Col. Memorias.--Madrid: Ediciones Temas de Hoy 1996.)

Año 2011. Fiesta del PCE. Sala “Petra Cuevas Rodríguez”.

En la Fiesta del PCE 2011 una de las salas estuvo dedicada a Petra Cuevas. En el programa se hacía esta presentación de ella:

Nació el 19-8-1908 en Orgaz (Toledo). Con 12 años de edad se traslada a vivir a Madrid.

Al llegar a Madrid empieza a trabajar como aprendiz de bordadora, oficio al que se dedica toda la vida. En 1931, cuando llega la República está afiliada a la UGT, participa en las actividades del sindicato de la aguja, que agrupa a los sastres, modistas, bordadoras y gente afín, empezando a destacar como luchadora. En 1936 ya pertenece al PCE, participa en actos de propaganda en favor del Frente Popular, pero se centra preferentemente en la lucha sindical, siendo elegida secretaria del Sindicato de la Aguja de UGT.

Cuando se produce el levantamiento militar, en julio de 1936, se encarga de organizar y dirigir unos talleres, en los que durante toda la contienda se fabrica ropa para el ejército republicano, dedicando a esto su actividad durante los tres años de guerra, en la que llega a dirigir el Sindicato de la Aguja de la UGT.

Terminada la guerra, es detenida, brutalmente torturada y pasa seis años de prisión en distintas cárceles del país donde pierde un hijo como con-

⁶¹ SECRETARÍA DE LA MUJER DEL PCM: Acto-homenaje ‘Mujeres contra la guerra y el fascismo’ 1933 – 2003. Madrid, 6 de marzo de 2003. —En Foro por la Memoria. Disponible en: <http://www.nodo50.org/foroporlamemoria>. [Consulta: 06.02.2005].

secuencia de las condiciones extremas de las mismas. Años en los que participa en las actividades de organización y reivindicación encabezadas por las presas del PCE en la Cárcel de las Ventas en las que coincidió con las Trece Rosas. Durante esa época recibe la muerte de su hermano Julián a manos de los Nazis mientras defiende París en 1940.

Con la llegada de la democracia, se incorpora de nuevo a la actividad del PCE y CC OO en el barrio de Tetuán, dedicándose a organizar actividades culturales, conferencias, visitas a museos, teatro, viajes, etc.; hasta que con 91 años, reside en Collado Mediano (Madrid).⁶²

Año 2012. Homenaje “Petra Cuevas: La Fuerza del Compromiso”

El día 17 de mayo de 2012 se llevó a cabo en Madrid un sentido homenaje a Petra Cuevas, cuando estaba a punto de cumplir 104 años, organizado por CC OO de Madrid, la Asociación Foro por la Memoria, la Fundación Domingo Malagón y el PCE de Madrid .

El acto se celebró bajo el lema **Petra Cuevas: La Fuerza del Compromiso**, proyectándose un documental con el mismo título.

Durante el acto se glosó la figura de Petra:

“Petra es aún hoy, mientras vive su año 104, memoria viva de las mujeres luchadoras que trajeron la república, militaron en los sindicatos y partidos obreros, combatieron con su trabajo el golpismo fascista que inundó España. Pagaron con cárcel y tortura su osadía y atre-

vimiento. Se empeñaron en mantenerse vivas en el gris silencio franquista y renacieron a la libertad con la democracia. Conviene recordarlas, mantener viva su memoria, su honestidad y toda una vida, como la de Petra, dedicada a la decencia del trabajo y la dignidad de nuestras vidas”⁶⁴

Documental Petra Cuevas: La Fuerza del Compromiso (Video) ⁶³



⁶² Sala “Petra Cuevas Rodríguez”. — En Fiesta PCE 2011. Disponible en <http://www.fiesta.pce.es/2011/espacios.htm> . [Consulta: 12-11-2011].

⁶³ Disponible en: http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=g_KA61ttvkM#!. [Consulta: 21/05/2012].

⁶⁴ LÓPEZ MARTÍN, F. J.: **Petra Cuevas: si no luchas...** Disponible en: <http://ccooblog.wordpress.com/2012/05/18/petra-cuevas-si-no-luchas/>. [Consulta:27-05-2012].

9.- TESTIMONIOS, ENTREVISTAS Y NOTICIAS

Petra Cuevas se ha prodigado manifestando su testimonio a los investigadores y a los periodistas, convencida de aquello que leyó en un libro que tenía en su casa: “*recuérdalo y recuérdaselo a otros*”.

Presento aquí algunos de esos testimonios, entrevistas o noticias en las que se hace referencia a Petra Cuevas, a través de los que se puede conocer su vida y su pensamiento sobre variadas cuestiones, con la invitación a que el lector amplíe sus lecturas.⁶⁵



CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa: **Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas.**-- Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004.

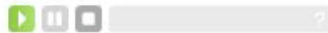


Tomasa Cuevas es la mujer que, tras haber estado en la cárcel, durante años recorrió los pueblos de España recabando el testimonio de tantas mujeres que dieron su vida por la libertad y en las prisiones franquistas dejaron lo mejor de sus días.⁶⁶

El capítulo, titulado “*Cárcel de mujeres. Ventas, Segovia, Les Corts*”, que recoge el testimonio de Petra Cuevas se reproduce a continuación en el anexo documental de esta publicación.

Audio: Petra Cuevas

testimonios orales



DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar: **Testimonio oral de Petra Cuevas.**— En Seminario de fuentes orales: Trabajo y militancia política en la España del siglo XX. -- Disponible en : <http://www.seminariofuentesorales.es/proyectos/trabajo-militancia.html>

⁶⁵ La mayor parte de los documentos que se citan a continuación pueden consultarse en: <http://www.villadeorgaz.es/orgaz-personajes-cuevas-9.html>

⁶⁶ Este libro es reedición de tres libros anteriores:

- CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa: *Cárcel de Mujeres. 1939-1945. Volumen 1.*- Barcelona: Sirocco Books, 1985

- CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa: *Cárcel de Mujeres. Volumen 2.*- Barcelona: Sirocco Books, 1985

- CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa: *Mujeres de la Resistencia.*- Barcelona: Sirocco Books, 1986

Se trata del audio de una entrevista a Petra Cuevas, que se hizo en el marco del estudio **Movimiento sociales en Madrid 1959-1980**, que contiene un total de 38 entrevistas, realizadas entre los años 1989-1996 a trabajadoras del textil-confección madrileño que trabajaron en el sector en los años de auge de las fábricas. Se estudian los aspectos relativos a la organización del trabajo, dentro del sistema denominado “Organización Científica del trabajo” o sistema en cadena, la conflictividad del sector, y en concreto las huelgas que se llevaron a cabo durante la transición democrática, y por último la especificidad del trabajo femenino y la cultura de trabajo de las mujeres.

Parte de este proyecto nace del trabajo de investigación de la profesora **Pilar Díaz** del que existe una publicación titulada **“El trabajo de la mujeres en el textil madrileño”**, publicado en 2001.

Entrevista. Petra Cuevas. La fuerza de la memoria.- En Trabajadora. Revista de Secretaría Confederal de la mujer de CC.OO. III época, 1993, nº 2, pg. 6.

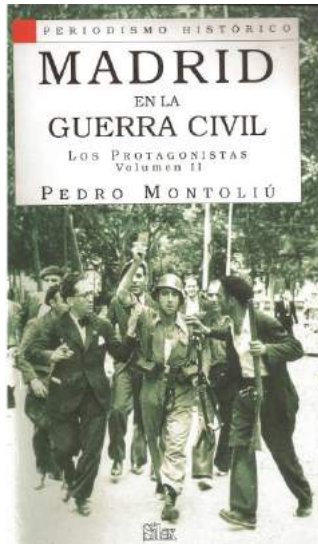
«Teníamos un gran espíritu de solidaridad»

DOI: 10.1387/1888-8015(201309)21:1:1-P

Entrevista. Petra Cuevas. La fuerza de la memoria.- En Trabajadora. Revista de Secretaría Confederal de la mujer de CC.OO. III época, 1993, nº 2, pg. 6.



El testimonio de mujeres como Petra Cuevas hace recordar, a aquellos que están empeñados en olvidar, que los ideales de justicia y solidaridad que surgieron en torno a ella siguen vivos y son de una sorprendente actualidad. A sus 84 años se muestra una mujer ilusionada por un mundo mejor.



Petra Cuevas Rodríguez.— En MONTOLIÚ, Pedro: Madrid en la guerra civil: Los protagonistas.-- Madrid: Silex Ediciones, 1999. Vol. II, pp. 297-309.



Este libro recoge cincuenta entrevistas realizadas entre 1995 y 1997 a otras tantas personas que eran jóvenes cuando se produjo la Guerra Civil. Aquí dejan su testimonio para la historia sobre cómo vivieron la contienda.

Uno de esos testimonios es el de Petra Cuevas, que se reproduce a continuación en el anexo documental de esta publicación..



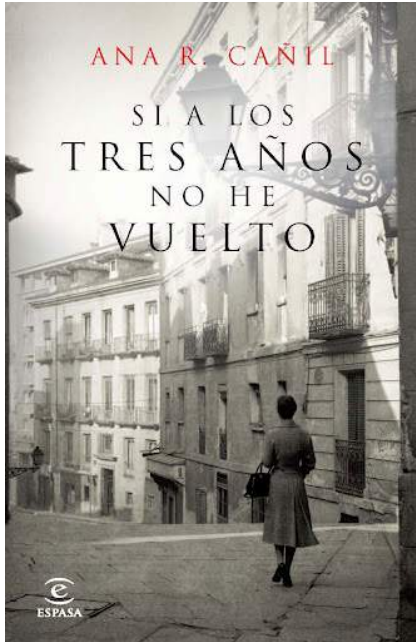
Trabajo textil.— En Mujeres de CC OO. Tejedoras de memoria y de futuro [Vídeo].-- Madrid: Secretaría de la Mujer de CC OO., [2009] .—Guión: SARASUSA, C.; Producción y Dirección: MANSO,B., CUEVAS, J. y RIANCHO, J.M.



Documental que muestra la historia del sector textil en España, de sus protagonistas y sus organizaciones, desde finales del siglo XIX hasta los años 60 del XX. Una de las mujeres que interviene en el documental es Petra Cuevas, quien explica el papel del Sindicato de la Aguja durante la II República

(posteriormente Sindicato del Textil) y la aportación de este colectivo profesional femenino en la Guerra Civil.

Puede verse el corte correspondiente a la intervención de Petra Cuevas en: <http://youtu.be/nJjSNWCbook>



CAÑIL, Ana R. : **Si a los tres años no he vuelto.**—Madrid: Espasa, 2009



Madrid, primavera de 1939: La novela une a dos jóvenes, Luis y Jimena, de dos mundos distintos, y más en la época que retrata el texto. Ella que procede de un mundo rural y él ha sobrevivido a la guerra en un ambiente urbano. Jimena, apenas salida de la adolescencia y recién casada con el amor de su vida, es encerrada en la cárcel de mujeres de Ventas. En esta siniestra institución, su directora María Topete, que fundamenta su trabajo en las disparatadas teorías del psiquiatra Vallejo-Nágera, go-

bierna el destino de las reclusas y de sus hijos... Ana R. Cañil recrea unos hechos terribles y prácticamente desconocidos de nuestra posguerra: la historia de las prisioneras cuyos hijos les fueron arrebatados por sus carceleros para internarlos en seminarios y conventos o darlos en adopción.

Petra Cuevas es uno de los personajes reales que aparecen en la novela.

La prensa también se hizo eco de la figura de Petra, coincidiendo con sus años de actividad social y sindical, ya en su edad madura. He aquí algunas referencias:

- HOLGUERAS CARMEN: **Homenaje a las milicianas que defendieron Madrid.**— En El País, 10-11-1986.
- BOSCH, R.: **Homenaje en Madrid a unas jóvenes fusiladas tras la Guerra Civil.**-- En El País, 06-08-1994.

- NIÑO, Alex: **Sindicalismo bordado.**-- En El País 21-05-1996.
- **Alejandro Cherep. Un fotógrafo para las republicanas.**— En El Mundo, 25-09-1996.
- **Exposiciones. Retratos de seis mujeres republicanas en su etapa de abuelas.**—En El País, 24-09-1996.
- SECRETARÍA DE LA MUJER DEL PCM: **Acto-homenaje ‘Mujeres contra la guerra y el fascismo’ 1933 – 2003.** Madrid, 6 de marzo de 2003.—En Foro por la Memoria. Disponible en: http://www.foroporlamemoria.info/agenda_fm/acto_mujeres.htm
- MONTES SALGUERO, Jorge J.: **El universo femenino de la II República.**-- En Utopías, nuestra bandera: revista de debate político, Nº. 229, 2011, pp. 149-152. Disponible en: http://www.unidadcivicaporlarepublica.es/memoria_historica/universo_femenino_ii_rep.htm



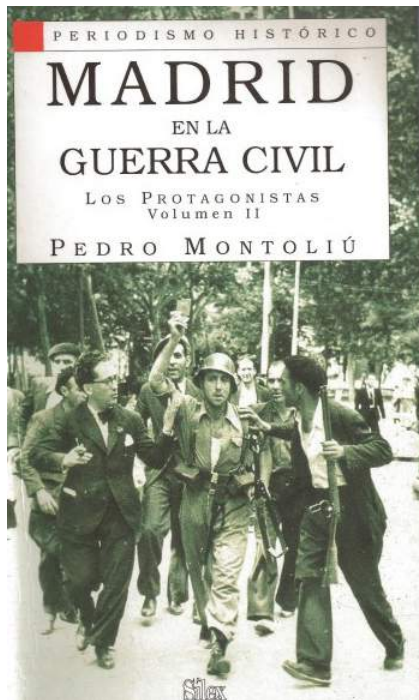
10.- ANEXO 1: DOS ENTREVISTAS

De los múltiples testimonios dejados por Petra sobre su vida y su actividad sindical se reproducen a continuación dos entrevistas publicadas en sendos libros, que nos permiten escuchar a nuestra protagonista en primera persona.

En una se centra fundamentalmente en los años de la República y de la Guerra Civil y en la segunda relata su paso por las cárceles.

Quiero dejar aquí constancia del agradecimiento a sus autores por autorizar la reproducción de sus páginas.

Petra Cuevas Rodríguez.— En MONTOLIÚ, Pedro: *Madrid en la guerra civil: Los protagonistas.*— Madrid: Silex Ediciones, 1999. Vol. II, pp. 297-309.



Este libro de Pedro Montoliú recoge cincuenta entrevistas realizadas entre 1995 y 1997 a otras tantas personas, jóvenes cuando se produjo la Guerra Civil, que dejan su testimonio sobre cómo vivieron aquellos años en Madrid.

Uno de esos testimonios es el de Petra Cuevas quien a sus 88 años recuerda sus inicios laborales como bordadora en el Madrid republicano, cómo vivió la Guerra Civil y su actividad sindical y política.

PETRA CUEVAS RODRIGUEZ

Su casa, con entrada desde un patio vecinal del barrio de Tetuán es pequeña, aunque la anciana que me sale a recibir parece que ya hace mucho tiempo se habituó a este espacio. Lo primero que sorprende es que esta mujer, nacida en la localidad toledana de Orgáz, tenga hoy 88 años y posea la vitalidad física y la coordinación mental de la que hace gala durante la conversación. A lo largo de esta entrevista, como me ocurriría en otras muchas, no dejé de preguntarme si mis interlocutores pertenecerían a una raza especial, la de los luchadores. Por ejemplo esta mujer llegó a Madrid cuando tenía 10 años y comenzó a trabajar como bordadora en un taller. En 1934 decidió afiliarse, primero a la UGT y más tarde al Partido Comunista. Llegó a ser presidenta del Sindicato de la Aguja, organización de la UGT que agrupaba a las modistas y costureras madrileñas y tras la guerra fue condenada a doce años de cárcel de los que cumplió seis y medio en las prisiones de Madrid, Teruel, Guadalajara, Valladolid, Bilbao, Zaragoza, Amorebieta y Segovia. Bordadora de profesión, continúa, a pesar de su edad, con su actividad política ya que ha sido miembro de la dirección de la asociación de vecinos Rastro-Berruguete y es militante de la coalición de Izquierda Unida.

—¿Cómo adquirió su conciencia política?

Comencé a trabajar en la casa Cripa que estaba en la Gran Vía, encima de Chicote, y era proveedora de la Real Casa. Allí se vestía toda la aristocracia. Yo era una persona muy divertida pero, al mismo tiempo, era muy rebelde. Recuerdo que en Cripa las dueñas eran italianas y admiradoras de Mussolini y cuando había que plantear alguna reivindicación, por ejemplo, sobre las horas extraordinarias o para que nos subieran el café a las bordadoras siempre iba yo a hablar con ellas. Un día aquellas mujeres dijeron que yo era una bolchevique. Me divirtió mucho y les dije a mis compañeras que me habían dicho una palabra en italiano que debía de ser como demonio o algo por el estilo. Yo entonces, no sabía qué era aquello porque no entendía de política. Nos movíamos por instinto de defensa. Lo que pasa es que yo tenía un hermano menor que era

de la Juventud, una persona muy responsable con el que yo hablaba y así fui conociendo un poco. Cuando cerró Cripa comencé a trabajar en Salvador Feo, en Tirso de Molina, que estaba cerca de mi casa, pues yo vivía en Lavapiés. También trabajaba en mis horas libres en el Socorro Rojo, porque un compañero que estaba allí dijo que yo tenía carácter para tratar con las masas; no sé si eso querría decir que yo era simpática o qué. El Socorro Rojo era una organización dedicada a la solidaridad pues si, por ejemplo, detenían a uno se iba a ver a las familias de los detenidos, les daba cuatro o cinco pesetas y escribía a los presos a la cárcel, que es algo que se agradece mucho, que consuela. Yo escribía a mucha gente, escribía muy mal pero a la gente le gustaba recibir mis cartas, y llevaba la ayuda a las familias. También pertenecía al radio Sur que estaba en la calle Lavapiés, en una casa muy vieja, pero nunca iba al local porque andaba siempre con este camarada del Socorro o en la Casa del Pueblo ya que me habían elegido para la dirección del sindicato.

—¿Notó un aumento de la tensión a medida que transcurría 1936?

Sí, se iba notando en el ambiente de la calle, en la gente. Al Partido Comunista ya le llamaban “el dominguero” porque todos los domingos por la mañana hacía manifestaciones, los de mi barrio por Progreso y la plaza del Ángel y los de Cuatro Caminos por su barrio. Yo sentía mucha admiración por ellos y pensaba que eran muy valientes porque había que ver cómo les seguían los guardias y les pegaban de una manera inhumana. Aquello eran auténticas manifestaciones, no como se hace ahora que me parecen un poco charangas. En ellas se pedía la libertad de algún personaje político extranjero o de los presos políticos. Y en esas manifestaciones llegó a haber enfrentamientos físicos y a tirarse piedras: poco antes de la guerra hubo también disparos. Recuerdo una manifestación por la calle San Bernardo en la que los guardias empezaron a disparar y desde la manifestación se respondió y mataron a un guardia. Había mucha efervescencia y en la calle se hablaba mucho; en el barrio, los comunistas hablábamos con los de la CNT de política pero casi nunca estábamos de acuerdo porque nunca he sabido muy bien lo que querían los de la CNT, pues deseaban una revolución pero no sé de qué tipo. Yo les decía: “vosotros siempre vais al contrario de la gente; por ejemplo si hay una huelga y se gana, ¿porqué al día siguiente ponéis una bomba? No me lo explico, ponedla cuando empieza la huelga, para

que se asusten, pero ponerla cuando se ha acabado parece que no pega, ¿no?”. Y si había un desahucio, la gente participaba en la defensa del desalojado y obligaba a los guardias a volver a poner en su sitio las cosas que hubieran sacado.

¿En su barrio hubo enfrentamientos entre comunistas y falangistas?

No, enfrentamientos en masa no, pero sí recuerdo que cogieron a un chico de la Juventud, al que no sé lo que le harían porque no nos lo quiso decir. Le llevaron a Marqués de Riscal, esquina a Zurbarano, que era donde los falangistas tenían el local. Salió con tal pánico que se negó a hablar. A otro le citaron por Capitanía General y a pesar de saber que los grupos de Juventud estaban allí protegiéndole, tuvo tal pánico que decidió no esperar y salió corriendo. Los falangistas siempre iban armados y en la Juventud alguno habría con pistola, como ocurría en las MAOC, pero esos usaban las armas en casos extremos; es más, creo que no las llegaron a usar casi nunca.

¿Cómo se vivieron los asesinatos de Castillo y Calvo Sotelo?

Cuando murió Castillo hubo mucho movimiento y cuando mataron a Calvo Sotelo, sencillamente, a todos los obreros, a la gente que teníamos un sentido de clase, nos pareció muy bien la respuesta. No sé si sería buena o mala pero habían sido los mismos guardias de asalto de la compañía de Castillo los que le habían matado, no había sido la gente de la calle. Como estaba en el Partido, sabía que se esperaba una sublevación militar. Se veía venir. Por entonces había una huelga en demanda de un aumento de salario en la casa Quirós, que tenía la fábrica donde el cine Palafox. Era una fábrica muy importante, muy bien montada. Yo, en aquel momento, era la presidenta del Sindicato de la Aguja que agrupaba a las modistas y había ido varias veces allí porque los del sindicato solíamos ir a las fábricas cuando despedían a alguien. En aquella ocasión habían despedido a dos chicas y fuimos una socialista que había en el sindicato y yo. Nos recibieron en un despacho muy elegante, con unos sillones muy grandes. Yo, generalmente, procuraba pasar desapercibida hasta el punto de que la gente que trataba de engañarnos se olvidaban de mí y se portaban como eran. Y aquella socialista y el director empezaron a hablar de sus hijos y de otras cosas pero no de las chicas que habían despedido y cuando ya se levantaban les dije: “no se ha hablado nada de si este señor está dispuesto a readmitir a las dos trabajadoras o si tene-

mos que ir al jurado mixto”. Entonces había un jurado mixto formado por un representante obrero del sindicato y uno de la patronal. El patrón me dijo que con lo simpática que era me daba trabajo en su despacho. Le dije que como era analfabeta no le podía servir pero que si me ponía en la fábrica le daba un resultado estupendo, y el hombre dijo que ni atado. Al día siguiente volví y no me recibieron. Hubo huelga. Pues el día 18 de julio yo estaba en el jurado mixto con las trabajadoras despedidas y la socialista aquella y de pronto Ángel Quirós la llamó y se fueron a hablar. Al rato me llamó un camarada y me dijo que había habido una sublevación militar, me avisó de que iban a dar armas en la Casa del Pueblo y me pidió que si me daba tiempo le cogiera una. Y entonces les dije a las chicas: “va a empezar la guerra y esta señora que ha hablado con don Ángel no nos ha dicho nada para que estemos prevenidos”. Nosotros sabíamos que Franco se iba a sublevar y los socialistas y los republicanos también lo sabían, pero tenían la intención de esquivarnos a los verdaderos revolucionarios para ver si se podrían poner del lado de Franco sin importarles que la República fracasase porque tenían miedo a los obreros. Aquella reunión terminó con la aprobación de un aumento de salario y la readmisión de las despedidas, porque pensaron que iba a ser cuestión de veinticuatro horas.

—¿A dónde se dirigió a continuación?

Aquel día era sábado y algunos se habían ido al campo porque siempre hay personas que no se enteran de nada. Sin embargo, la masa trabajadora de Madrid estaba dispuesta a todo por defender la República y pronto comenzó a pedir armas pero no se las dieron. No pensamos que aquello fuera a durar tanto; creíamos que íbamos a ganar en 24 horas. Yo me fui a la Casa del Pueblo, en la calle Piamonte, donde me encontré al camarada que me había pedido un arma y que me dijo que ya la había conseguido.

La calle Piamonte estaba llena; allí había miles de personas, de obreros que pedían armas. No había muchas, tan sólo unos fusiles y alguna pistola. Yo no cogí porque, la verdad, creo que no hubiese sabido disparar, pero allí estaba para lo que hiciese falta. Los que las recibieron se iban a sus barrios más contentos que unas pascuas. La directiva del Partido Socialista y la ejecutiva de la UGT se reunieron para tomar decisiones. Pasé la noche en el sindicato pero no hice nada más que hablar. Al día

siguiente me fui a Lavapiés. La gente tenía mucho entusiasmo. También en la Casa del Pueblo de Lavapiés se habían dado armas. Al día siguiente, equivocadamente, me fui a los Salesianos, en la ronda de Valencia, que había sido ocupado por la Juventud. Los Salesianos se habían ido y allí no quedaba nadie. A los pocos días, pensé que allí había mucha ropa, muchas camas y me dediqué a recoger todo aquello, dije que lo lavasen y mandé que lo clasificaran y que lo llevaran a los hospitales de guerra que se empezaron a organizar porque ya había heridos del cuartel de la Montaña.

¿Presenció el asalto del cuartel de la Montaña?

No, yo no he sido de pegar tiros. En esas cosas no participaba, no porque me pareciese mal, pero no valía para eso. En los Salesianos se formó el Batallón Pasionaria que era de la JSU y que inmediatamente salió para la sierra de Madrid, hacia Guadarrama. Mi hermano era uno de los responsables de la Juventud en aquel batallón que luego formaría parte del Quinto Regimiento. Allí, en el patio, hicieron la instrucción y, que yo recuerde, no había militares profesionales que les enseñaran. Ya tenían armas porque cada uno había cogido las que había podido en el cuartel de Pacífico; había tanta gente que dormían en el suelo de los patios con una manta. En general eran jóvenes y también había mujeres; varias, no muchas, hicieron la instrucción y alguna murió en el frente. Los hombres las recibían bien, porque era la cosa más natural del mundo que hubiese mujeres y hombres.

—¿Cuál era su misión y cuánto tiempo estuvo en los Salesianos?

Yo me ocupaba de organizar la ropa, de controlar que no se llevasen los objetos de valor. Recogimos los candelabros y todo eso y lo entregamos al Gobierno y a partir de ese momento ya no me importó lo que hiciesen con ello. Me fastidiaba que la gente se aprovechase y se lo llevasen a sus casas, porque eso me parecía un saqueo. Estuve allí cerca de un mes.

—¿Permaneció la gente del batallón mucho tiempo en la sierra?

No, eso era lo malo, hubo mucho desorden: iban y se volvían por la noche. Ahí estaba la equivocación. Por eso los comunistas desde el primer momento pensaron en hacer un Ejército como era lógico si se quería luchar con otro Ejército.

—Durante los primeros días, además de incautarse de conventos fueron

quemadas algunas iglesias.

Yo no conocí a nadie que participase es esas cosas. Y le tengo que decir que hubo algunos conventos que empezaron a arder desde dentro, como el de la calle de la Flor. Yo creo que lo quemaron los mismos frailes porque ellos estaban contra la República y dispuestos a todo. Le voy a contar un detalle: todos los del barrio, los que eran comunistas como los que seguían siendo católicos, se habían criado en las Escuelas Pías de Lavapiés: allí habían aprendido a leer y a escribir y le tenían cariño a aquel colegio, por lo que nadie se metió con los curas ni con el edificio. Un día estaba un joven miliciano bebiendo agua en una fuente que había en Mesón de Paredes, esquina a Tribulete, y desde la torre de las Escuelas Pías le dispararon. A nadie se le había ocurrido entrar en la iglesia para ver si quedaban frailes pero, al empezar a disparar, la gente subió y encontraron a un fraile y le mataron. Fue una provocación.

—,Se produjeron cambios en el ambiente de la ciudad?

Sí, había patrullas por los barrios, la gente empezó a hacer colas e inmediatamente se empezaron a controlar las fábricas y talleres porque la mayoría de los dueños los abandonaron. Los sindicatos se pusieron enseguida en marcha y todo funcionó, todos menos el mío. Nadie sabía dónde andaba yo hasta que alguien dijo que estaba en los Salesianos. Se presentó allí un grupo de chicas y me dijeron que me tenía que ir con ellas porque había problemas ya que existía mucha diferencia entre que controlara la industria la gente de la CNT o que lo hiciera la UGT. Por ejemplo, nosotros, si los dueños no habían abandonado la fábrica, nombrábamos un comité que controlaba al dueño y ponía en marcha la industria, de acuerdo con el propietario. Pero si la controlaba CNT lo primero que hacían era afiliarse a los dueños a la CNT, que enseguida se movían para quedarse con la industria o el taller, de forma que los obreros seguían en peores condiciones que cuando no había guerra. No lo digo por presumir pero, al no haber estado yo que era en quien la gente tenía confianza, pues había problemas. Por ejemplo, los de la CNT se habían incautado de una fábrica de corsés que había en la plaza de Puerta de Toledo, en la que todas las afiliadas eran de la UGT. Llegaron, colocaron su bandera, hicieron socios a los dueños del taller y dijeron que aquella fábrica estaba controlada. Cuando llegué a ver lo que ocurría, uno de la CNT me sacó una pistola; yo no tenía pero llevaba una

cartera así de grande y le dije que dentro tenía una y que si no se iban de allí hablaríamos a tiros porque ese taller le correspondía a los obreros de la UGT. Logramos controlar el taller y, a partir de ese momento, me dediqué a organizar la industria del vestido. Como no cabíamos en la Casa del Pueblo requisamos un hotel en la calle Zurbano 23, que estaba vacío porque la dueña, según nos dijo el portero, se había marchado, y allí pusimos la secretaría del Sindicato de la Aguja y montamos un taller. Cuando acabó la guerra, los dueños encontraron las cosas de valor que había en la casa porque, según mi costumbre, recogí todo lo de valor -unas figuras de porcelana preciosas y unas sombrereras y unos trajes de noche. Alguno de ellos bordados precisamente por mí- y lo metí en una habitación. También cogí lo que quedaba de plata y se lo entregué al Gobierno; me dieron una factura y la metí en una sombrerera de aquellas. Recuerdo que en aquella casa no había ninguna cama. Se las habían llevado por lo que creo que los dueños debieron seguir viviendo en otro sitio de Madrid. En el taller que montamos seríamos cincuenta o sesenta mujeres.

—¿Montaron más talleres?

Sí. La juventud montó otro en la calle Ibiza que hubo que trasladar a la calle Marqués de Riscal porque los obuses caían muy cerca. Ese local era muy grande, pues trabajaban más de mil mujeres que hacían ropa para el Ejército, además de imprimirse un periódico de Socorro Rojo que se llamaba Ayuda. También controlamos una tienda de modas que siguió abierta y a la que iban los que querían hacerse un traje. Porque la gente se vestía: aún tengo algunos trajes muy bonitos de los que me hicieron gratis durante la guerra o ¿es que se cree que las chicas que había en Madrid iban espilindrijás?; nada de eso, iban muy monas. Había pocas mujeres que llevaran mono o ¿cree usted que la gente no tenía dinero?, pues sepa que las mujeres que trabajaban ganaban su sueldo y se vestían normalmente. No se vaya usted a creer que en Madrid no se estaba a la moda de lo que se estilaba. Recuerdo dos hermanas que eran modistas que me dijeron: “mira a nosotras no nos gusta ir a un taller a hacer sólo camisas y nos gustaría seguir cosiendo vestidos, porque algunas de nuestras clientas siguen llamándonos”, y yo les dije: “pues montad un taller”, y así lo hicieron. A lo mejor cobraban diez pesetas por la hechura. Luego estaban los almacenes Simeón, Rodríguez y Sepu, que vendían

vestidos y camisas que hacían en sus talleres en los que, al principio, continuaron trabajando para el público hasta que tuvieron que hacerlo para el Ejército. En esos almacenes, en los que había comités de control, el dinero que se ganaba era para los dueños porque si el dueño no abandonaba un establecimiento éste seguía siendo suyo. Lo único que pasaba era que el comité de control vigilaba que el dueño no estafase, que no cobrara con exceso, que pagase los sueldos a los trabajadores y que las ganancias no fueran excesivas.

—*¿Pero había género para hacer trajes?*

Había telas bien bonitas. Las modistas de Madrid, me figuro que como las de París alas que nosotras nos igualábamos mucho, siempre fueron muy bien vestidas. Y cuando comenzó la guerra, no se les ocurrió tirar su ropa, la siguieron llevando: y cuando se tenían que hacer un vestido pues se lo hacían bien bonito, porque siguió habiendo telas. Precisamente yo tuve que ir a Barcelona a por telas para camisas y para ropa de los milicianos, y me traje varias telas e hilos preciosos. Aquí, en Madrid, se podían comprar telas muy bonitas en Sederías Carretas. Me acuerdo de una que era de piel de ángel de la que estábamos todas enamoradas. Quien más, quien menos, nos compramos unos metros para hacer, por ejemplo, un camisoncito, pues costaba a peseta el metro y todo el mundo tenía dos o tres pesetas para gastarse en una tela ya que casi todas las mujeres conocían a una modista.

—*¿Entonces, lo de ir bien vestido no era sinónimo de ser de derechas?*

Yo eso no lo he vivido; y yo era de izquierdas e iba bien vestida. Claro que había mucha gente a la que el miedo les hacía exagerar un poquito.

Algunos se vestían con monos para engañarnos, porque eran de la quinta columna; precisamente esos eran los que más se vestían de mono. Y sé que algunas personas llevaron la misma ropa toda la guerra, pero qué culpa tiene nadie de que fueran unos miedosos o, como yo digo, unos espurgaperros. Mire, yo he pasado más miedo que nadie y he tenido que disimularlo. El 7 de noviembre del 36, cuando llegaron las tropas de Franco y creíamos que iban a entrar en Madrid, me encontré sola en el ministerio de la Guerra, con un señor que era el que nos hacía los contratos de ropa y que había sido presidente de la patronal, un fascista. Me figuro que los que le colocaron allí lo sabrían. Aquel día, él y yo estába-

mos solos y nos retratamos. Cuando me vio llegar se quedó bizco y dijo: “pero qué vienes a hacer aquí?”. “pues vengo por el contrato de todos los días”. No era una mala persona porque si lo hubiera sido me habría pegado un tiro. Entonces me dijo: “¿tu no sabes que están entrando los míos?” y yo le respondí: “los suyos no han entrado en Madrid ni van a entrar”. “¿Estás segura?” y le contesté: “mañana se lo diré: fíjese si estoy segura que vengo a por labor para los talleres así que haga el favor de hacerme el contrato”. Me dijo: “te lo hago pero sé que no tenéis nada que hacer” y le respondí: “ya veremos quién tiene razón”. Gané yo pero no le denuncié; como no se metió conmigo quedamos los dos tan amigos.

—¿Qué tipo de prendas confeccionaban en los talleres?

Camisas y calzoncillos. Los pantalones y las chaquetas los hacían los sastres y los sombrereros hacían los gorros de miliciano y las gorras de los jefes del Ejército. Luego decidimos unirnos todos los sindicatos. El Ejército republicano llegó a estar uniformado de pies a cabeza. Y se llegó a organizar un servicio de recuperación de la ropa de los heridos y de los que caían muertos en la zona Centro. Estaba en los Nuevos Ministerios, allí se lavaba, se repasaba la ropa y se ponían los botones que faltaban. En la zona Centro debió de haber por lo menos 10.000 ó 12.000 mujeres trabajando. Requisamos, con la condición de pagarlas, todas las máquinas que la casa Singer tenía en el almacén de la calle Montera. Debían de ser unas mil. Durante unos años, acabada la guerra, la casa Singer no quiso mandar máquinas a España porque Franco no quería pagar la deuda que contrajimos. Montamos, que yo recuerde, talleres en Zurbano, en Marqués de Riscal -que luego llevamos a la calle Atocha, delante del teatro Calderón-, en Jovellanos, en los almacenes Simeón y Rodríguez y no sé cuántos más. El sindicato organizaba un taller y con el dinero que nos daba el ministerio de la Guerra por el género, pagábamos a las mujeres hasta que el taller se consolidaba. Las aprendizas cobraban 5 pesetas diarias, las ayudantas recibían de 10 a 15 pesetas y las oficiales 25. Yo cobraba 25. Cuando el taller estaba consolidado, se lo entregábamos a las obreras y ellas nombraban un comité que se encargaba de cobrar y de pagar; entonces el dinero ya no pasaba por el sindicato. Lo único que tenían que hacer era que si el sindicato había prestado mil pesetas pues las tenían que devolver. Todo estaba muy bien organizado.

¿Tenían horarios en esos talleres?

Sí, incluso hubo un momento en que se hizo jornada intensiva y ahí perdí yo la partida, porque no estaba de acuerdo. La casa Quirós tenía el techo de cristal y a la hora de la siesta hacía un calor horrible. Por ello organizamos una biblioteca en el comedor y una sala de descanso y propuse que a la hora de la siesta se bajaran a la biblioteca o se fueran a un cine, y que, en vez de comer a la una se comiera a las doce y media, para poder seguir después, pero uno de la CNT me pisó el terreno porque las chicas querían la jornada continuada. Al final iban a las 9 y terminaban a las 4. Yo no tenía horario, estaba en el sindicato recibiendo a la gente y controlaba que los comedores de todos los talleres funcionasen bien. Los alimentos se conseguían en los pueblos, los pagaba el sindicato y los cocinaban unos profesionales. Las condiciones laborales eran las que nosotras queríamos tener, no había nadie que nos llevase la contraria.

—¿Sufrió Madrid muchos bombardeos?

Bombardearon sin compasión. Los fascistas tenían la mala idea de bombardear a las horas en que sabían que había más gente por la calle. Madrid reaccionó muy mal contra los bombardeos, aunque supongo que los de la quinta columna los recibirían bien. Recuerdo un día que iba por la plaza de Antón Martín; acababan de bombardear y me salió al encuentro una chiquilla que era del sindicato. Iba toda empapada de sangre porque acababan de matar a su madre. Era media mañana, la hora de ir a la compra. En Lavapiés no pasó nada porque los obuses pasaban por encima de las casas que eran bajitas, de dos plantas, pero la gente se metía en los refugios y había quien dormía en la estación del metro de Lavapiés. Yo era incapaz de meterme en un refugio: me iba a mi casa y decía: “si me tienen que matar lo van a hacer igualmente cuando voy por la calle” y me iba a la cama a dormir.

—¿Y hambre?

La gente se las apañó muy bien, aunque los de los pueblos, que eran unos caras, cobraban hasta una peseta por un huevo que costaba 15 céntimos. Era un robo. Yo prefería quedarme sin comer a pagar eso, pero había gente a la que no le importaba. Yo solía comer en el taller donde hubiera más problemas, e iba a cenar a la Casa del Pueblo y en todos los sitios comía mal, porque a mí los garbanzos no me gustaban y a lo mejor a mediodía me ponían garbanzos y por la noche me volvían a poner garbanzos. Esos días, a mediodía, me comía el cachito de pan y,

por la noche, no cenaba. A veces las chicas de los talleres, como sabían que yo no comía, me llamaban por teléfono y me decían: “venite que te hemos guardado un tomate”. Cuando fui a Barcelona a comprar telas e hilos volví por Valencia. En Barcelona era una vergüenza: faltaba gasolina para llevar las cosas al frente y allí había hasta taxis con la bandera de la CNT; en Valencia estaban muchos de los evacuados de Madrid así como los dirigentes de las organizaciones por lo que el ambiente era más de guerra, aunque, desde luego, se comía mejor que en Madrid.

—¿Cuál fue el papel de las mujeres madrileñas en la guerra?

Las mujeres de Madrid lucharon y defendieron Madrid tanto o más que los hombres, trabajaron en todo, fueron modistas, abrieron trincheras, estuvieron en los polvorines y se hicieron tranviarias y conductoras de camiones para llevar material al frente. Muchas salieron de mi sindicato. Yo convocaba reuniones y decía: “me han pedido voluntarias para esto”, y algunas se ofrecían. Otras me pedían trabajar en determinados sitios y yo las ponía en contacto con las organizaciones. Precisamente las mujeres que murieron en un sabotaje en el polvorín de Diego de León eran modistas y las había nombrado yo.

—¿A pesar de estar en guerra ¿había algún tipo de diversión?

Nos lo pasábamos muy bien. Cuando no teníamos que hacer, me iba con los camaradas al cine o al teatro y después de comer parábamos en el Lyon, enfrente de Correos, en el que tomábamos todos los días una taza de malta porque no había café. Allí hacíamos un ratito de tertulia. Algunas veces también íbamos a otro café que había en la calle de Alcalá enfrente del Retiro.

—¿Vivió usted los enfrentamientos entre casadistas y comunistas?

Sí, eso fue tremendo y yo no le perdono a nadie lo que pasó, ni a Besteiro ni al padre de Carrillo. Los españoles siempre tenemos a alguien que nos traiciona. Que nos entregasen como nos entregaron no se lo perdono y que digan lo que quieran pero nos entregaron. Ese día Negrín iba a hablar por la radio porque estaban pasando cosas anormales, porque había gente que estaba chaqueteando y quería acabar la guerra como fuese. Nosotros, en cambio, creíamos que se podía continuar la guerra, por lo menos para perderla lealmente. Recuerdo que me esforcé por encontrar una radio para llevársela a las chicas de las canteras que estaban por la

zona norte, más allá de la Castellana. Conseguí el aparato y un coche para que me llevase. Les dije que no dejaran de escuchar a Negrín que iba a decir cómo Solucionar la situación, les aseguré que íbamos a seguir luchando y que estuvieran tranquilas. Cuando nos fuimos, el comisario político, que era de la CNT y cuñado de mi hermana, le dio la consigna al chofer para poder entrar en Madrid. Durante el viaje de vuelta nos pidieron la consigna dos veces y comenté: “ya era hora de que vigilaran Madrid porque la quinta columna hace lo que quiere por la noche”. Como era muy tarde les dije a las dos chicas que iban conmigo que se vinieran a Lavapiés a dormir y que al día siguiente ya volverían a sus casas. A la mañana siguiente, como no teníamos nada que desayunar, una de las que iban conmigo dijo que tenía un chusco en la comandancia de Ingenieros que estaba en Alfonso XII y fuimos a buscarlo pero sólo le dejaron entrar a ella porque tenía la documentación. Fue entonces cuando un camarada me dijo que escondiera el carnet y vi cómo delante del Comité Provincial, en Antonio Maura, había un tanque. Pregunté qué pasaba y me dijo que Casado, Besteiro, Wenceslao Carrillo y otros dos o tres habían formado una Junta y habían dado un golpe de Estado y que lo habían dicho a las doce de la noche, mientras nosotras volvíamos a casa. Decidí acercarme al Comité Central, en la calle Serrano 4, y vi que ya lo habían asaltado. Me fui a la sede del sindicato, que estaba en la Puerta de Alcalá 1, y reuní a las chicas para que me contasen qué era lo que pasaba. Las que eran socialistas me dijeron que los comunistas habíamos perdido la guerra y yo les dije que entonces la había perdido el pueblo, porque los que estábamos luchando más honradamente y defendiendo a la República éramos nosotros. Entonces ellas se fueron y ya no nos reunimos más. Desde el sindicato vi los enfrentamientos de los de la Junta y los guerrilleros comunistas de los que mi hermano era comisario. Seguí yendo al sindicato hasta el final. El día 28 de marzo tiré a la alcantarilla la llave del local porque no estaba dispuesta a entregarla a nadie. Me dije: “si quieren entrar que descerrajen la puerta” y me puse a llorar.

26 de septiembre de 1996

La sindicalista.— En CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa: *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas.*— Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses , 2004, Edición preparada por Jorge J. Montes Salguero. pp. 362-379.

Tomasa Cuevas es la mujer que, tras haber estado en la cárcel, durante años recorrió los pueblos de España recabando el testimonio de tantas mujeres que dieron su vida por la libertad y en las prisiones franquistas dejaron lo mejor de sus días. Su ingente trabajo fue publicado en tres libros:

- **Cárcel de Mujeres. 1939-1945.** (Volumen 1.- Barcelona: Sirocco Books, 1985)
- **Cárcel de Mujeres.** (Volumen 2.- Barcelona: Sirocco Books, 1985)
- **Mujeres de la Resistencia.** (Barcelona: Sirocco Books, 1986)

En 2004 estos tres libros fueron reeditados en un sólo volumen, al que pertenecen las páginas que siguen, correspondientes al capítulo 6 del Libro II, titulado “*Cárcel de mujeres. Ventas, Segovia, Les Corts*”, en las que Petra Cuevas relata su paso por las cárceles de Franco. El relato va precedido de unas breves líneas de Tomasa Cuevas, la autora del libro (que no tenía parentesco con Petra, y que coincidió en alguna cárcel con ella).



Capítulo 6

LA SINDICALISTA

Petra Cuevas: 1a conocí en Ventas cuando llegué con la expedición de Amorebieta. No tuve mucha amistad con ella, estábamos en distintas galerías. Nuestro apellido nos unía y en muchas ocasiones nos tomaban por hermanas. Las dos éramos menuditas. La recuerdo siempre como una buena compañera. Era muy alegre. Al verla no se podría pensar que la cárcel la llevaba tan mal como ella nos dice ahora.

Me llamo Petra Cuevas, soy de Orgaz y desde muy joven vivo en Madrid. Fue en el año 34 cuando de una manera casual empecé a participar en el movimiento obrero. El día que empezó la huelga de octubre, yo desconocía totalmente lo que se preparaba, pero al salir a la calle y ver el ambiente pensé que no debía presentarme al trabajo (que por cierto el taller estaba a cinco minutos de mi casa). A pesar de todo, a las nueve y media fui a ver qué habían hecho los demás y me encontré que estaban trabajando. Subí, y como no supe justificar mi retraso quedé despedida. Así fue, de esta manera tan simple, como me vi salpicada de comunista y de cabecilla, porque al saber que me habían despedido nadie volvió a darme trabajo. Los dueños del taller concentraron su odio hacia mí y dieron aviso a los demás patronos para que no me dieran trabajo. Por entonces yo ingresé en UGT y me mantuve siempre en contacto con los compañeros del taller, los cuales me procuraban el trabajo que podían.

Nuestro sindicato no funcionaba muy bien, estaba dirigido por viejas militantes socialistas que se reunían en familia, pero la primera reunión que hubo después de las elecciones del 16 de febrero de 1936 me eligieron secretaria, y las obreras, al enterarse que al frente de la secretaría había una persona joven que resolvía los problemas, aflúan en masa. Otro problema era la falta de unidad dentro del mismo gremio. Los sindicatos se dividían en especialidades dentro del mismo, por ejemplo, el del vestir se dividía en tres: sastres, tintoreros y modistas. Así nos pilló la guerra y como principal tarea, la unidad. Enseguida se creó el sindicato único, que con el metalúrgico, fue el más importante de la UGT.

Al empezar la guerra la industria quedó totalmente deshecha. Las pocas empresas que quedaron, no solo funcionaban mal, sino que debían tanto dinero que para ponerlas en marcha hubo que ayudarlas, por el sindicato, a pagar las deudas, pero todo se solucionó, poniéndose en marcha unas y creando talleres nuevos al servicio de la guerra, pensando, a la vez, que fuesen útiles para la paz.

Desgraciadamente no fue eso lo que conseguimos ni quiero señalar quiénes fueron los responsables de lo que hemos sufrido después para que sirva de acusación a los que, aprovechándose de los deseos de libertad de los pueblos, los utilizan para su medro personal, llegando a la traición si les fallan sus propósitos.

Al finalizar la guerra mi problema fue el de todos los españoles que luchamos al lado de la República. Andar a salto de mata en aquellos primeros días hasta caer en gobernación. Lo que allí se pasaba es inenarrable: las mayores torturas, las mayores humillaciones que un ser humano puede aguantar.

Estuve en Gobernación un mes. Me pegaron, para qué te voy a decir... pero siempre recuerdo a los demás y pienso que aquellas gentes estaban peor que yo. Te voy a decir cómo estaría, que hasta en las Salesas, cuando me llevaron, fueron los guardias a ver cómo había llegado. O sea, consideraban que era una de las peores en aquella época y a mí me parecía que las otras estaban peor que yo. Fui a la primera que pusieron las corrientes —porque después han puesto corrientes a muchas—. A mí me las pusieron con todo el voltaje, o sea, un enchufe cualquiera, me ataron a los cables y ya está. El médico cuando me iba a curar les dijo un día que llegó uno de los que me las habían puesto: “Esto es criminal”. Yo juraría que el que me las puso fue Carlos Arias Navarro. Recuerdo que llegó un señor cuando me estaban interrogando y dijo: “Mira, yo he venido a ver cómo hacéis hablar delante de este retrato” —naturalmente el de Franco—, y dijo uno de ellos: “Pero esta zorra no habla”. “Verás cómo habla”. Cogió un cable, lo enchufó y me lo ató. “Mira, aquí están las cicatrices, aquí y aquí”. Cuatro cables me ató a las muñecas, que también tengo señal, ¿ves? La que más se nota es esta, que fue la que peor

estuvo. Este dedo fue también el peor, porque en los dedos me enroscaron los cables como si fueran anillos, y dijo el so cabrón que eso lo había aprendido de nosotros, y yo me enloquecía, me rebelaba, les decía que eran unos embusteros, que esas cosas no las hacíamos nosotros. Se ponían furiosos porque les contestaba. Me enchufaban y me volvían a enchufar con las manos empapadas de gasolina para que la corriente diese más fuerte. Entonces, en vista de que me tenían que soltar porque con ese procedimiento no consiguieron nada, me cogió uno de los pies, no colgada, sino teniéndome ellos por los pies, que por eso tengo estas vértebras, según dice el médico hechas polvo, y entonces le dijo al Arias que mirase cómo estaba y dijo: “No quiero mirarla, me da asco mirar la carne de las rojas”. Por suerte para mí, porque si al señor no le llega a dar asco la carne de las rojas, fíjate lo que hubiesen hecho. Con todo, hubo un guardia que un día me llamó para hacer lo que le diera la gana, me saco y no hizo nada porque no pudo.

—¿Te desnudó?

No, porque yo di tantos gritos, armé tanto escándalo —era mi única defensa porque mis manos las tenía destrozadas— que claro, él se asustó. Además yo le dije a las compañeras: “Hoy me ha dicho este fulano (me parece que se llamaba Domingo Giménez) que esta noche me va a sacar, va a charlar un rato conmigo; en el momento que pasen cinco minutos salid a buscarme”. El, como era guardia de la armada no me podía subir a las oficinas, lo que quisiese hacer tenía que ser allí en el sótano, que entonces eran los archivos de Gobernación y aún no estaban las celdas y se podía salir de una nave a otra. Claro, procuré escaparme y no pasó nada, me fui corriendo y ya estaban todas preparadas para salir. Ya ves, mujeres que no nos conocíamos, solo era conocida la señora que me tenía escondida y que detuvieron conmigo, pero las demás eran gente que yo no las conocía, pero vi la solidaridad de unos y otros. Ya nos sentíamos compañeras.

De Gobernación me trajeron a la comisaría de Fomento. Desde entonces, hasta ahora para venir a verte, no había pasado por allí y aún he sentido escalofríos, porque ahí nadie puede imaginar lo que pasaba. Eso era un infierno. Estábamos en habitaciones muy pequeñas con ventanas a un patio interior. A todo el que

pegaban, a todo el que interrogaban, oías los gritos, oías lo que les hacían. No era lo que te hacían a ti es que oías lo que les hacían a los demás y era enloquecedor. Para más humillación nos hacían cantar el *Cara al Sol* todos los días; hacer el saludo fascista, yo la única ventaja que tenía es que tenía la mano en cabestrillo y decía que no podía saludar, no podía levantar el brazo y me lo iban tolerando, hasta que un día me dijeron que ni hablar, que aquello era cuento y que tenía que levantar la mano y le dije al guardia que me obligó: “Bajo su responsabilidad la levanto porque las consecuencias las va a pagar usted”, y, efectivamente, no hice nada más que estirar la mano y, como un surtidor, empezó a salir sangre de los dedos, porque, claro, las venas estaban quemadas y mientras no hacías movimiento las venas aguantaban pero cuando estiraba las manos o los dedos era horrible. Bueno, se armó un follón tremendo, porque entre ellos, ya sabes, no es que fueran buenos, pero había algunos que estas cosas también les impresionaba. Entonces fueron a la farmacia, trajeron un potingue, me lo dieron para que se me cortase la sangre.

De Fomento recuerdo a una mujer que entra y dice: “Buenos días. Arriba España. Aquí estoy yo con la mano en alto”, y dijimos nosotras: “Vaya elemento que nos han metido aquí!”, y enseguida todas a enseñarle cómo estábamos. Digo: “A mí déjeme de arriba España, le voy a enseñar cómo estoy”, la mujer dice: “Ese no es mi caso. Yo he venido a presentarme porque yo he ayudado mucho a gente franquista; además, ahora va a venir mi nieto (era una mujer entre los 60 ó 65 años) con los avales de las personas que yo he protegido”. La llaman a declarar y bajó en tales condiciones que tuvimos que juntar dinero las que teníamos alguna perra, para que saliesen a comprar algo para reanimarla. Bajaba muerta de los palos que le habían dado. No le sirvió eso de arriba España. En los primeros momentos no se libraba nadie de recibir palos, ni siquiera esta, que iba a pedir protección. Es posible que después le pidieran perdón pero la paliza no se la podían quitar.

Mataban a la gente a palos. A un primo mío le pegaron tanto... le pisotearon la cara, le quemaron los labios y el cuello con un cigarro y se escapó de Gobernación. Fíjate, en esas condiciones se escapó. Luego lo volvieron a coger y lo fusilaron. Con una toalla al hombro salió andando de Gobernación como la cosa más natural. Le había dejado la policía en el despacho hecho polvo. Cuando se vio solo salió sin vacilar a la calle, nerviosísimo entró en un bar a beber algo y le dice el camarero: “¡Córmo va!, ¿es que es usted boxeador?”, y dice: “Sí”. “Pues, anda, vaya paliza que le han dado!” Iba como un monstruo. Allí las gentes estaban monstruosas.

Recuerdo que también a una chiquita jovencita muy delgadita, que le pegaron tanto que se puso hinchadísima de los golpes. A la única que en esos primeros momentos pusieron la corriente fue a mí, pero las demás, deformadas completamente de los golpes que les dieron.

Después de un mes en aquel infierno pasé a Ventas. Yo hacía el número 14.000. Se carecía de agua y de sitio. Recuerdo que otra mujer y yo tuvimos que dormir con las piernas encima de la escalera que daba a los retretes que se ponían a ras de caca. Era horrible aquello. Teníamos que limpiarlos cuando nos tocaba y era superior a mí el limpiarlos y por lástima otras lo hacían por mí, porque es que era solo entrar y ponerme a dar arcadas, y yo decía: “¿Pero por qué me dará tanto asco?”. No lo podía remediar, por más que hiciera.

No había agua. Para lavarte tenías que pasarte la noche en vela para cuando sintieras caer un chorrito, y éramos muchas a coger lo que pudiéramos. Como había tanta sarna, tantos piojos y tantas chinches en Ventas, le dije a mi madre que me pasara zotal y Barachol, y todas las noches, las que vivían conmigo nos dábamos un baño de agua de zotal y el Barachol. Así yo no cogí ni un piojo, ni una chinche, con aquel olor huían de nosotras. Yo decía: “¿Cómo aguantaremos esto tan fuerte?”. Todas las noches nos dábamos ese baño y luego teníamos que estar en vela para quitarnos toda esa

mugre y ese olor.

Veías mujeres a las que se les caían trozos de carne, que creíamos que era lepra. Hubo unas cuantas con avitaminosis y se les llenaba el cuerpo de costras, sobre todo a las chicas jóvenes. Las que éramos más mayores parece que teníamos más resistencia, pero las jovencitas lo pasaron tremendamente mal. Estabas sentada y veías los piojos andar por allí... desde luego porque también tenemos muchos humos, si no. a veces, decía, soy una inconsciente.

A mí me gustaba mucho cantar y a veces he estado cantando y de repente me he parado y he dicho: “¡Ay, madre mía!, ¿cómo tendré valor de cantar con todo lo que estamos pasando? , pero gracias a eso vivíamos.

Para mí lo más terrible fue el problema de los niños. Había una galería dedicada a las madres. Como no podían limpiarles, el olor de aquella galería era inaguantable, pero lo verdaderamente trágico era tener que llevar a los niños a la enfermería, porque era seguro que volvía muerto. Esto sucedió hasta que algunas compañeras decidieron colocarse en aquel servicio.

Había una fulana que estaba detenida no sé por qué, porque se debieron confundir. Ella se dedicaba en los hospitales a poner inyecciones de agua a los milicianos. Esta individua hacía lo mismo con los niños. El que se ponía enfermito —enfermitos lo estaban todos— lo enviaban a enfermería y al ratito de haberle puesto esa mujer una inyección el niño se moría. Esa sinvergüenza estuvo en nuestra zona haciendo el mal que pudo. ¿Por qué estaba detenida?

Las compañeras enfermeras que había en la cárcel se preguntaban qué pasaba. Estaban una tal Rosita Cremón, Juanita Corzo, que aunque no era enfermera pertenecía al Sindicato de Sanidad, y entonces empezaron a pensar: “Esa tía les hace algo”. Decidieron participar en el trabajo, ya sabes que en aquellos primeros años la consigna era que no teníamos que trabajar y en aquella época todo el mundo nos negamos, menos unas compañeras que acep-

taron una colocación y ayudaron a organizar la prisión, pero nosotras nadie queríamos ayudar. Al ver la situación de los niños, se decidió que las que eran enfermeras procurasen trabajar en enfermería y así se podría evitar que muriesen los niños, o por lo menos, que no fuesen tantos, y que otros pudieran curarse. Luego ya fue cuando sacaron a las madres de la cárcel de Ventas.

En Ventas estuve unos meses. Había una mujer que a mí me quería muchísimo: creo que me seguirá queriendo a pesar de que hace muchos años que no la veo. Hizo desaparecer mi expediente. Se llamaba Pepita y estaba en la oficina porque el marido era policía. Esta Pepita me salvó de mi primera caída. Ella salió pronto sin juicio. También era enfermera.

Me detienen la segunda vez. También estuve los cuarenta días en Gobernación y entonces no me pegaron.

Te contaré algo que tiene mucha gracia. En casa se habían criado con nosotras las niñas de una señora que mi madre asistía cuando nosotros éramos niños. De mayores cada cual hacía su vida; una se había casado con un policía, pero las dos eran enfermeras e iban a las embajadas a curar a los que se habían refugiado allí (la otra se casó, con uno de esos refugiados) y un día fue a casa y dijo: “Si os pasa algo y me necesitáis, ya sabéis, no tenéis más que acudir a mí, porque él es así, pero hace lo que yo quiero”.

—¿Cómo te detuvieron la segunda vez?

Yo sabía que andaban buscándome porque habían detenido al camarada con el que yo tenía relación y habían venido a mi casa a decirme que me andaban buscando por Vallecas. Yo pensé: “Pues como no puedo ir a ningún sitio, aquí aguanto, porque ¿dónde voy yo?”. No tenía dinero, no tenía punto de apoyo... Yo no soy aventurera, si lo llego a ser me lanzo mundo adelante, pero pensé que me iban a coger igual y que aún sería peor y me quedé en mi casa. Tardaron aún seis días en encontrarme y me encontraron por uno que era sastre. Un día iba por Lavapiés, me vio, nos salu-

damos y no sé por qué me dio mala espina. Este individuo tenía un hermano, también sastre, que estaba muy enfermo y le prometí ir a verle, fue él que vino a decirme: “Mi hermano está muy mal, se va a morir y quiere hablar contigo antes de morir porque quiere que sepas una cosa”; pero me lo dijo por la noche y el hombre se murió al amanecer y claro, yo no pude ir. El que murió era un chico estupendo. Fui a darle el pésame y me dice: “¿Te has enterado de que han detenido a Vázquez?”. “No, no me he enterado”. “Sí, estaba organizando el Partido” (a mí ya me habían avisado de su detención porque Vázquez era mi contacto) y le dije: “Huy, qué locura, en estos momentos estar organizando el Partido! No puede ser verdad, no lo creo”.

Ya no hablamos más y cuando acabé de darle el pésame me marché a mi casa. A los pocos meses me detienen y me dicen que él había dicho que yo había ido a su casa a hablarle de organizar el Partido. O sea, que está clarísimo que fue él quien me entregó, aunque esas cosas tampoco las podemos asegurar, con la clandestinidad era imposible aclararlas; entonces, yo dije: “Bueno, si tiene cara de decir eso delante de mí súbanmelo, porque yo he ido a su casa para darle el pésame por un hermano que había muerto y si es que los comunistas no podemos ni dar el pésame a nuestras amistades, dígame usted qué es lo que podemos hacer”, se lo dije al policía un poco rabiosa porque era la verdad, pero no me carearon con él. Tenía mucho miedo a los palos, pero como esperaba protección me puse gallito para impresionarles un poco.

Me detienen por la noche, le digo a una prima mía que dormía conmigo: “Mañana vas a ver a esta chica que se ha ofrecido si pasa algo, no para que me saquen sino para que no me peguen. Ellos son capaces y hábiles en los interrogatorios a base de tortura pero de poca inteligencia y vamos a ver si somos capaces de seguir adelante, pero dándote golpes ya no eres responsable de tu capacidad de aguante”. Mi prima el día siguiente fue con mi hermana a ver a esta muchacha y a su marido. Esto era a finales del 41; yo, muy

chula, cuando por la noche me subieron arriba, les dije: Mañana ya les dirán quién soy yo. Están preguntándome unas cosas que yo no entiendo ni huelo” (no sé qué pensarían que era, pero no me pegaron). Cuando al día siguiente fue el marido de mi amiga, le dijeron: “Vaya, hombre!, ya está aquí el chulo de esa puta”. Y esto me salvó de los golpes porque al decirle que era mi chulo que yo era una puta, él se endemonió y dijo: “Ni ella es una puta ni yo soy un chulo. Y ahora pido que a esa mujer le hagáis todo lo que tengáis que hacer, pero dentro de la legalidad. Hay muchos procedimientos que son legales y que no son dar palos a la gente así que yo no pido que la soltéis; ni pido que no la interroguéis, lo único que pido es que no le peguéis, porque como le pongáis la mano encima nos vamos a ver las caras. Y esa chulería del uno y de los otros fue lo que me salvo de los golpes.

Me tuvieron cuarenta y dos días en Gobernación, sin lavarme, sin peinarme, sin comer apenas. No me apetecía el rancho, muchos piojos, y todo lo que tenías que ver por allí. A mí no me pegaron pero ¡que sufrimiento al ver a los demás compañeros torturados! Volví a la cárcel pero salí enseguida en libertad provisional. Tuve la suerte de salir pero no tardé en volver y tuve la desgracia de volver embarazada porque, hija una se juega tanto que dices: “¿Qué he hecho yo en esta vida? Trabajar y darme palos ¿y qué vas a hacer si al final te van a matar? Pues no vas a estar sin comerte una rosca...”, y me la comí y tuve una niña. Lo pagó la pobrecita y lo pagué yo, porque la niña se murió, pero yo seguí sufriendo las consecuencias; los meses de embarazo aún... porque estuve casi siempre en libertad, aunque me tenía que presentar en el Juzgado de Masonería y Comunismo.

Al juicio ya iba embarazada. Nos juzgaron y recuerdo que al día siguiente hubo otro consejo y al volver nos dijeron que había rumores que nuestro tribunal no estaba conforme con las sentencias, a mí me tenían que haber puesto pena de muerte y me habían pedido solo doce años; y había el rumor que nos iban a volver

a juzgar. Como estaba muy delgada y no se notaba mucho podía haber pasado muy bien y pensé: “Si me fusilan nos fusilan a los dos, pero si me hacen vivir va a ser un sufrimiento horrible; a mi aquello me parecía monstruoso. Cuando yo veía a aquellas mujeres que entraban embarazadas, que esperaban que dieran a luz para luego fusilarlas., algunas habían fusilado con la criaturita en el vientre, pero en general esperaban que diesen a luz y después quedaban las criaturas; alguna iba al hospicio a morir al final, porque fíjate la asistencia de esos centros. Así que yo me dije: “Aquí nadie sabe que estoy embarazada, si nos matan, pues mala suerte, como de algo hay que morir lo mismo da de un tiro que de una pulmonía”.

Pero la cosa quedó así. Yo aguanté en Ventas sin decir que estaba en estado, aunque me daban rancho en enfermería yo no lo pedí y no sabiendo que estaba en estado no me llevan a Madres. Yo trataba de dar a luz en Ventas porque allí había camaradas que eran buenas enfermeras, buenas comadronas. Yo trataba de que naciese lo que fuera allí, y me decía: “Si cuando tenga un mesecito o dos se lo llevan ya es otra cosa, porque alguno vive, como Clemente”, aunque la mayoría morían, pero un día lo descubrieron y me llevaron a Madres, y fíjate tú, dicen de escaparse, ese día tuve yo la oportunidad mejor de mi vida. Me llevó la Veneno, fuimos a coger el tranvía y el metro, lo que pasa es que pensando con lógica te dices: “¿Dónde vas?”. No tienes dinero, ni dónde ir, lo que me rodeaba estaba tan quemado; a mi padre le han dado unas palizas tremendas, sin salir de mi casa, solo para que dijese dónde estaba yo. La tía aquella me llevó en el metro desde Ventas a Sol, y en Sol cogimos en la plaza Mayor un tranvía que iba al Puente Segovia. Yo me subí y ella, como hecho aposta se vio separada de mí por una avalancha de gente que se interpuso entre nosotras. Yo me senté... podía haberme bajado por la otra plataforma, así de sencillo, y marcharme, y cuando ella subió... daba voces de “que llevo una presa!, ¡que llevo una presa!”; parecía loca, hasta que llegó

donde me encontraba y dice: “Hija, qué peso me has quitado de encima, creía que te ibas a escapar!”, y le respondí: “Si de usted no se puede escapar ni la lepra, ¿dónde quiere usted que me escape?”. La entrada en Madres no la olvidare. Era una prisión situada a orillas del Manzanares que tenía por directora a una tal María Topete, célebre por su maldad, por la mañana habían fusilado en Ventas a una mujer del pueblo de Vallecas, ¡para qué decir mi estado de ánimo!, pero fue mucho peor cuando la ordenanza que me recibió en la cárcel de madres era su hija. Lo supe al preguntarme ellas las novedades de la otra prisión. Yo se las dije y la pobre se desmayó. Desde ese momento sufrí tanto que creí volverme loca.

Esta ordenanza tenía un niño y, como todas las demás, pasaba el día en el patio, hiciese frío o calor y, mientras los otros niños corrían de un lado para otro, él se pasaba el día pegado a la puerta cerrada llorando y gritando: “Mamá, un beso! ¡Mamá, un beso!” y así todo el día, era enloquecedor; los niños estaban en las mismas condiciones que sus madres, se les obligaba a comer la misma bazofia.

Recuerdo a Ana Mari, una niña inapetente de la que se encargaba una funcionaria de obligarla a comer. Y Enriquito, y Clemente, que estuvo a punto de morir de una pulmonía y siempre en el patio, con niebla, con viento o con calor, era igual. Y en este ambiente tuve a mi hija. Solo otra mujer que haya tenido un hijo en estas condiciones comprenderá lo que sufrimos allí, la impotencia que se siente y al mismo tiempo la responsabilidad. La niña, como otras, se murió a los seis meses. Yo sentí tal desesperación que no me quitaban un castigo cuando ya tenía otro.

Antes de dar a luz, había un niño, Alfredito, que cuando le ponían en el moisés daba unos saltos tremendos y gritaba como un loco. A las que estábamos para dar a luz nos dejaban un poquito más en el patio, yo aprovechaba para cogerle en brazos. Un día su madre me dice: “Di que te duele la cabeza y quédate en el patio porque yo estoy mala y voy a tener que decir que me abran la habitación

para acostarme”. Y así lo hice y me dejaron en el patio. Yo todo el rato con el niño en brazos y el niño tan feliz y la madre desde una ventana viéndonos, hasta que aparece una tía que se llamaba Mari Carmen, me ve y dice: “El niño al moisés”, y digo que no le dejo; oye, ¡se armó un jaleo! *La Topete*, desde una terraza, diciendo: “Haga usted el favor de meter ese niño en el moisés”, y yo, con el niño abrazada diciendo: “No le meto en el moisés aunque me castiguen ustedes porque este niño llora mucho y se va a poner enfermo”, pero el niño me lo arrancaron de los brazos y me lo tiraron en el moisés y a mí me metieron dentro. La madre llorando, mirando por la ventana viendo al niño, te consumías de rabia, de impotencia, porque yo en aquel momento me sentía con valor para haber cogido los moisés y habérselos estampado en la cabeza a las tías aquellas.

La niña nació bien, pesaba cuatro kilos. La camarada Trinidad Gallego, no sé si vivirá, se portó conmigo como una gran compañera, nunca más la he visto y hay que ver lo que me gustaría verla, me sostuvo ocho días en enfermería y en ese tiempo la niña engordó casi un kilo. Di a luz en una habitación en que había muerto una niña de tos ferina y, como es natural, mi niña cogió la tos ferina, porque sin desinfectar la cama, que acababan de quitar el cadáver, me metieron a mí con mi hija. Y se contagió.

Aquella prisión junto al Manzanares daba la sensación de que era un chalet. Y lo gordo de eso es que las familias no te querían sacar de allí aunque lo pidieses por favor, porque consideraban que era una cárcel estupenda; claro, el locutorio era pequeño, se comunicaba bastante bien; luego, todos los días, *la Topete* ponía en el portal una lista de los buenos alimentos que nos daban, por ejemplo: un vasito de leche a media mañana, una comida especial sobre todo a las recién paridas. La familia leía aquello y hasta algunos, pobres, como no andaban muy bien, pues el paquete lo rapaban un poquito porque pensaban: “En la cárcel están mejor que nosotros” y todo aquello era mentira. Ni te daban leche ni Cristo que

lo fundo.

Allí lo de las inyecciones de agua no sucedía como en Ventas, porque aquello ya era muy gordo. Cuando nació un niño que le llamaron Clemente, que vive aún, con cinco kilos de peso porque la madre era cocinera y el padre también, que como es natural hambre no pasaban, aquel niño se convirtió en el mono de exhibición y cuando llegaba alguien sacaban a Clementito, pero cogió una pulmonía y estuvo a punto de morir.

No le hacían caso y el niño estaba con una pulmonía en medio del patio y con la niebla del río tú dirás. A la madre ni siquiera la dejaban estar con él todo el tiempo aunque tuviese fiebre. Al hacer la crisis el niño, la madre empezó a dar gritos. Yo que estaba recién dada a luz, me pegué tal sobresalto que se me apostemó un pecho, con unas fiebres tremendas, sin poder cuidar a mi hija. Mi niña, abandonadita, tose que tose, y me acuerdo que hicieron una limpieza, porque había chinches que se sacaban con cogedores, y a mi niña me la sacaron al patio y a mí me dejaron dentro de la sala porque me era imposible levantarme. Ya te puedes imaginar lo que supone para una madre estar oyendo toser y llorar a su hijo sin poder hacer nada por él. Ya por fin me sajaron el pecho. Me tuvieron que hacer tres cortes por tres sitios y me mandaron al patio.

—*¿Te pusieron anestesia?*

¿Anestesia? Lo que le dije yo a la enfermera: “Mira, no me digáis que me siente, tú me pones la mano en la espalda y que dé los cortes, porque si yo veo que viene con el bisturí voy a ir retrocediendo y entonces no me lo va a sajar, así que tú me sujetas bien con las manos en la espalda”.

—*¿Y con fomentos no se te pudo disolver?*

¿Fomentos? ¿Quién te iba a dar los fomentos? Allí no había agua caliente para nadie ni para nada. Me pusieron las manos en la espalda y el médico dio los cortes. Cuando yo pienso lo ñoña que he sido, que no era capaz de jugar con niños porque me hacían

daño, y aguanté aquello. Ahora me parece mentira que tuviese ese aguante, esa moral. Yo creo que esta fuerza te la da el enemigo, que se cree más fuerte que tú. Aquel médico se quedó casi bizco de ver que yo aguanté aquello sin decir ¡ay!. Bueno, me mandaron al patio porque allí no había camas. La niña estaba medio muerta en el patio y yo también. La cocinera, que era una funcionaria, una tía bestia, en aquella ocasión se portó bien. Cuando me vio bajar tan descompuesta de la enfermería me dijo: “¿Que le pasa a usted?”, “Que me han rajado el pecho”. “¿Y la mandan al patio?”. “Pues, sí”. “Bajo mi responsabilidad se mete usted en la cama”. Y me abrió la sala, porque cerraban la sala con llave y no podías entrar, y me metí en la cama y fíjate cómo estaría que empape el colchón de lo que supuró el pecho.

Hubo una mujer por estraperlo, que era de Jaén, que la pobre no recibía nada, y tenía un niño de pecho. Aquel niño solo sacaba sangre de la madre. Se pasaban las noches llorando, imagínate, el niño llorando de hambre porque no sacaba nada. La madre, como no comía nada más que el poquito de rancho que era un cemento incomedible que mucha gente no podía con él, aunque la pobrecita se comiese el rancho aquello no era alimento y tenía todo el santo día y toda la santa noche el niño enganchado al pecho y solo sacaba sangre porque no podía hacer ni leche. Daba pena ver al niño y a la madre. Por fin salió en libertad, era de estraperlo pero estuvo un año.

Casos así había para contar y ponerte los pelos de punta, mira, otra cosa que pasaba allí es que las mujeres se ponían de mal humor. Como castigaban a las madres tanto, tenían los nervios deshechos y los pobrecitos niños a lo mejor estaban jugando, le interrumpían a la madre por cualquier cosita y les pegaban, claro, porque están tan excitadas que no eran capaces de controlarse y sentían tanta rabia que el pobre niño era el que pagaba las consecuencias.

Recuerdo a Enriquito: le tiró a la madre un poquito de azúcar que tenía y le cruzó la cara con una zapatilla y se la dejó marcada. Yo

me enloquecía. Las madres, los niños, todo me enloquecía en aquella prisión.

Mi hija, sin asistencia médica, cada día estaba peor, se pasaba las noches tosiendo. Había una funcionaria que se llamaba Consuelo que era bastante buena, tenía un hermano médico y un pariente preso —también por eso era buena— y me dijo que iba a venir su hermano porque había una niña, ahijada de la Topete, que estaba malita, me dio el día y la hora y me recomendó: “Usted, cuando sienta que está el médico, suba, porque yo ya le he advertido, que procure ver a su niña, porque si no ésta pobrecita...”. Yo estuve al acecho y subí. No consintieron que la viese. Cerraron la puerta de la enfermería y yo dando golpes a la puerta y diciendo que quería pasar con la niña; que quería que la viese el médico. Me dijeron que la niña no tenía nada y para eso estaba el médico de la prisión.

A los cuatro o cinco días empeoró la niña; llamé a la funcionaria y le dije: “Yo ya no puedo más. Ustedes ven que esta niña se está muriendo”; a todo esto, la prisión estaba ya medio sublevada. Bajó la loca aquella de la enfermera, le puso el termómetro y dijo: “Esta niña no puede estar aquí”, y nos subieron a la enfermería a las dos. Al día siguiente ya se había muerto. Al subir a la niña a la enfermería llamaron a cuatro médicos. Cuando vinieron ya estaba muerta. No se me olvida porque dijeron que yo tenía mucha soberbia porque dije que no quería que la viesen muerta. “No me da la gana que la vea nadie. Ustedes sabían que la niña se estaba muriendo y no consintieron que la viera el hermano de la señorita Consuelo. No consintieron ni que la viese el médico ordinario. Ustedes pretendían que se muriese pues ya se ha muerto. ¿Para qué me traen ustedes médicos? Ganas de cubrir el expediente”. Porque al dar noticia de que la niña se había muerto, toda la prisión se negó a salir al patio, se negaron a soltar a los hijos de los brazos y hubo un jaleo tremendo y entonces ellas se conoce que dijeron: “Bueno, pues para calmarlas vamos

a traer médicos para que vean que hemos tomado interés”. Pero era tarde, ya no tenía solución, ya estaba muerta. A mi, entonces, me tuvieron que poner inyecciones para cortarme la leche. Era un médico tocólogo que al ver el cuadro se ve que le impresionó y se tomó interés por mí y dijo: “Esta mujer tiene que estar en enfermería”, y me tuvieron ocho días.

La Topete y Mari Carmen, que eran teresianas, cuando estaba la niña de cuerpo presente, subieron a quererme besar y yo les dije: “No se acerquen a mí. Ustedes saben que yo soy pacífica, pero no consiento que se me acerquen porque no respondo”. Y le dije a la Topete: “No sé si usted va a verlo o va a tener la suerte de morir, pero si algún día las madres que han visto sacar a sus hijos llenos de vida y fusilarlos, no me extrañaría que les hiciesen trozos a ustedes, porque yo, en este momento, me siento capaz de despedazarlas. Es una niña de seis meses que ustedes me han matado”.

Cuando estuve más calmada les dije que quería irme a Ventas, pero no me llevaron. Me pusieron a fregar una escalera que había de mármol y como andaba medio loca, a un gato que había le decía que era fascista y el gato me cogió tanto miedo —fíjate si estaba yo enloquecida— que en cuanto me veía se metía debajo del fogón aunque estuviese echando chispas, porque yo estaba más loca que el gato; además, cada vez que se ensuciaba me llamaban para que subiese a limpiarlo. Una noche estaba ya acostada y me llaman —ya era mala leche— a decirme que el gato se había hecho caca en la puerta del despacho de la directora y que fuera a limpiarla. Digo: “A ese gato lo mato”. Ya ves si es difícil coger a un gato cuando se pone furioso, pues cómo estaría yo, que le fregoteé el morro por la caca. El gato salió disparado y se tiró a *la Topete*, y yo dije: “¿Y por qué no le sacaré los ojos?”, y diciéndole “fascista, si eres un fascista”, medio loca. Ahora me da risa cuando me acuerdo, pero te juro que estaba desesperada. Fíjate cómo estaría que la Topete no se atrevió a decirme ni una palabra. Yo estaba enloquecida y me decía: “Tranquilícese, tranquilícese. Ya verá usted cómo no lo

vuelve a hacer”. Que no iba a volver a hacer caca en la escalera podía estar segura.

¡Madre mía!, y luego nos martirizaban con la iglesia que era la gaita. Yo les decía: (muy repipi con la cosa de las iglesias): “Están ustedes en pecado mortal constantemente. Saben que voy a la iglesia a la fuerza, porque me llevan, la religión es libre, no se puede obligar a nadie. Son ustedes las que caen en pecado”. Todos los días iban las catequistas; estabas lavando, tenías que dejar de lavar; estabas cosiendo, lo tenías que dejar. Yo, para no hacerles caso, me inventé una labor manual y siempre andaba con la labor en la mano. Yo me distraía con aquello y había momentos que me aislaba de tal manera que no me enteraba ni de lo que habían dicho, pero se dieron cuenta y me quitaron la labor y tenía que estar allí, a pie firme, escuchando lo que decían. De vez en cuando les salía con una petenera y las dejaba patitiesas y seguía mi silencio.

Llegó Semana Santa, dicen que tenemos que confesar. Le digo a la señorita que nos lo anunció: “Bueno, confesará la que quiera porque usted comprenderá que a mí no me pueden obligar a confesar y aunque me quede sola no lo voy a hacer, ustedes verán”, y dijo: “No, se les va a preguntar, pero tienen que ir una detrás de otra a mas de dos metros de distancia y tienen que contestar bajito”. Dimos la consigna de que la que estuviese de acuerdo en no confesar a la primera que nos pregunten tenemos que dar una voz que se oiga hasta el final de la cola, y así se hizo. El resultado que nos dividimos; la mitad de la prisión confesó y la otra mitad no.

La Topete vino un día y dijo: “En adelante ya no es obligatorio ir al rosario que vaya la que quiera”. A los tres días ya no iba nadie. Bajó el cura y dijo que en la casa donde se reza el rosario todo el mundo lo escucha por educación, le guste o no le guste y que a él no le temblaría la mano para fusilar a la que faltase al rosario. Así de clarito, y otra vez todo el mundo al rosario, menuda amenaza nos daba el tío.

La Topete me decía: “Por qué tiene usted tanta manía a la señorita

María Urquijo?”. “Ay, no me hable usted de la señorita María Urquijo, que es tan odiosa que ni los gusanos el día que se muera la van a querer!”. “Oh, si es muy buena”. “¿Pero cómo va a ser buena si tiene cara de leprosa?, y los gusanos, le digo a usted, que no la comen, porque primero que no tiene carne y segundo, que es tan mala que los envenena”. Oye, se pasó el día llorando. Se ve que se lo dijo y entró al patio a llorar para que yo la viera. Se pensaría que iría a consolarla; ¿no me había hecho llorar a mí lágrimas amargas?, y no me consolaba ninguna. Entonces se ve que quiso vengarse y le preguntó a una asquerosa chivata que había: “¿Esta terraza quién la tiene que limpiar?”, y dice la chivata: “Pues le corresponde limpiarla a Petra Cuevas porque es la mandanta de cargos y es ella la que la ha de limpiar”. La otra salió a buscarme y me dice: “Haga usted el favor de venir porque tiene que limpiar la terraza”, digo: “Huy!, ¿eso quién se lo ha contado?”. Las compañeras se mataban de risa conmigo: “Conmigo no cuente usted, yo limpio nuestra sala porque vivimos en ella y me gusta que esté limpia, pero lo que es la terraza... ya pueden salir allí cucarachas, a mí qué me importa”, y me dice: “Pues me lo ha dicho fulana” —Melchora, me parece que se llamaba—. “Pues dígame usted a Melchora que venga conmigo” (ahora se la juego a las dos). “Oye, ¿por qué has dicho que tengo yo que limpiar la terraza?”. “Ah, porque te corresponde a ti”. “Bueno, pues ahora la vamos a limpiar, venga”. Entramos a la terraza, me siento en el borde y digo: “Yo voy a descansar un ratito mientras tú vas barriendo”. Dice la señorita: “Haga usted el favor de limpiar la terraza porque la Melchora no lo va ha hacer sola”. “Pero como yo soy la mandanta se lo mando a ella”. La dejé que limpiase la terraza ella sola y le dije: “Mire usted, señorita, ni que llore usted, ni que se ría, ni que baje usted a la directora, no voy a limpiar la terraza porque a mí no me da la gana. Yo estoy aquí para descansar, y si encima me he de matar trabajando, ni hablar, y además que ni redimo, ¡no faltaba más!”. Y no limpié. Luego las compañeras: “¿Has limpiado la terraza?”. “Yo, qué voy a limpiar la

terrazza”. “Has hecho bien”. Hemos pasado mucho, pero procurábamos pasar buenos ratos porque aquella cárcel era de locura.

Fíjate que los niños, te lo digo como anécdota, cuando jugaban decían: “Yo soy *la Topete*” (la directora), y la otra: “Pues yo soy *Petra Cuevas*”.

Al llegar a Ventas, aunque la vida era mala, éramos muchas y nos podíamos enfrentar mejor con las funcionarias y se hacía vida política, aunque no faltaban los castigos. ¡Me han pasado de cosas en Ventas! No querían que cogiéramos agua del patio y estábamos otra y yo cogiendo, y nos encerraron en él; empezamos a dar golpes para que nos abrieran, ¡poom, poom!, en la puerta, y nos abre la Drácula y dice: ¿Qué hacen ustedes aquí?”. “Pues que hemos bajado a por un cubo de agua y se conoce que no se han dado cuenta...”. Dice: “Sí, sí, me he dado cuenta, pero es que ahora mismo tienen ustedes que tirar el agua”; digo yo: “Señorita Nieves, eso no se lo está usted creyendo, porque la verdad es que no la pienso tirar. Después de cogerla encerrarnos y todo este jaleo, ¿voy a tirar el agua?, ni hablar”. Sin decir más cogí la escalera y, pim, pim, pim, arriba, y la otra al verme, me siguió; llegamos a la puerta de la galería y nos dice: “Ustedes no han tirado el agua pero les voy a poner un castigo que se van a acordar toda la vida”. La otra empezaba a decir: “Pero, señorita Nieves...”. “No le digas nada, ¡déjala! La señorita Nieves ya sabes que siente placer en castigarnos, pues a mí me encanta darle ese placer, así que déjala que nos castigue”. Le entraba un cabreo, ¡un cabreo!, pero nos abrió la galería: “Ande, ande, métase usted dentro...”. No nos tiró el agua y no nos castigó. “Pues mira, la catacaldos”.

Me dicen otro día en Ventas: “¿Cuándo la han traído a usted aquí?”. “Ya hace mucho tiempo que estoy, y ustedes, ¿qué vienen a hacer aquí?”. “Pues venimos a ver si se quieren poner a bien con Dios”. “Huuuy, yo con Dios estoy muy bien siempre; somos muy amigos, así que en mi celda no se molesten en entrar porque ya saben ustedes que yo estoy siempre a bien con Dios”. Cerraron y se fueron.

Claro, como lo decía muy seria pero con cara de burla se ponían de mal humor y entonces era cuando me castigaban más, porque yo el reglamento lo cumplía a rajatabla.

Una funcionaria nueva mandó hacer una lista de todas a las mandantas. Como la pobre no sabía escribir, se la mandó hacer a una camarada que se llamaba Carmen Caamaño; se la hizo con tanta pulcritud que la funcionaria cuando la vio quiso que le hiciese otra lista para ella. Carmen le dijo que ella le había hecho el favor a la mandanta porque era una compañera que no sabía escribir, pero que a ella no, que era su trabajo y que para eso le pagaban. Esto sirvió para que fuese detrás de Carmen como un perro para ver si la cogía en algo y castigarla, y un día se presentó a cachear a la celda, que también era la mía, y de Concha Madera. Estábamos las tres, ellas dos leyendo unos recortes de periódico, que nos estaba prohibido, yo tenía unas cosas en el bolsillo que me acababan de dar y estaba cosiendo; pensé: “Ya le ha cogido esta tía”. Yo estaba preocupada por ellas por si las cogían con los recortes y no me acordaba de lo que yo llevaba en el bolsillo, que no eran recortes sino cosas escritas por nosotras; y yo muy cumplida le decía a la funcionaria: “¿Quiere usted que le ayude?”, con el fin de ver si la despistaba. Me dijo: “No, y primero la voy a cachear a usted”. Me levanta las manos, mete la mano en el bolsillo y veo que saca todo aquello; me abalancé sobre ella (y piensa que era el doble que yo pero el instinto de conservación se conoce que me hizo tener fuerza) y se lo quité de las manos. Empezamos a forcejear; yo a dar gritos y diciéndole que no me lo iba a quitar. En la galería se dieron cuenta de que algo me pasaba y salieron todas de las celdas y se agolparon en nuestra puerta. Como pudimos echamos los periódicos fuera y ella tiró de mí para sacarme pero al ver toda la galería llena de mujeres se asustó y me soltó; yo corrí al retrete y los papeles desaparecieron y quedé tranquila, que hiciese conmigo lo que quisiese. Me figuraba que nos iba a castigar pero en aquel momento no nos hizo nada. Se fue muy furiosa, pero al día siguiente

por la mañana nos metieron en la celda de castigo. A los dos días nos sacaron; a Carmen para Cáceres, a Concha Madera se la llevaron a La Rioja, a Logroño, y a mí me llevaron a Calatayud. Fuimos hasta Guadalajara y allí ya nos separamos cada una por su lado.

Esta cárcel era de hombres y allí había un vigilante que me dijo que había estado en Madrid, que trabajaba en los Simeones, que toda la guerra había estado allí y que los rojos éramos tan malos; le dije: “Pues ya ve usted, no éramos tan malos cuando usted me lo está contando y está aquí de funcionario y yo, en cambio, le estoy escuchando como presa, ¿hay una diferencia, no?”

No tuvo más importancia nuestra conversación pero lo más asombroso es que los guardias me decían: “Pero, ¿usted tiene familia aquí?, ¿a usted la ha reclamado alguien?”. “No, voy castigada”. Es que aquello no era una cárcel, era un convento abandonado, vete a saber desde cuándo, hecho entre rocas, que una de las paredes era la propia roca. Unas columnas en la parte de delante, con tanta humedad que las paredes estaban verdes y caía agua por ellas, y lo peor de todo era la gente con la que tenías que convivir: gitanas, ladronas y criminales. Políticas había una señora y su hija (el hijo se había ido al monte).

El caso es que los guardias me dijeron: “¿Quiere usted que miremos el expediente a ver si lleva usted nota de castigo?”, digo: “Hagan lo que quieran”. Miró el expediente uno de ellos y dijo: “Pero si está en blanco, ¿por qué la han juzgado a usted?”. “Pues porque les ha dado la gana; porque son los vencedores y porque han querido”. “No tiene nada de particular el expediente, si llega a tener algo, la matan a usted”. “Con buenas ganas se quedaron”.

El caso es que en el expediente no llevaba nota, pero se ve que la habían mandado directamente. Había un funcionario que cada vez que entraba de servicio, a mí me daba fiebre. Era el jefe de servicios y nada más llegar me dijo: “Ah ¿tú eres la que has pegado a la funcionaria? “¿Yo?, yo no he pegado a nadie”. Si, ya me han dicho que has pegado a una funcionaria en Ventas”. Total, allí

estuve nueve meses y fueron nueve meses de tormento con aquel hombre, era una cosa odiosa. El día que entraba de servicio, solo pensaba ver por dónde podía meterse conmigo. El director había estado en la parte republicana y también estaba allí sancionado. El decía que si había algún beneficio tenía que ser para nosotros y trataba de no hacernos la vida muy difícil.

A los nueve meses me sacaron de allí y me llevaron a Zaragoza. El director, cuando subí para hacerme la ficha —en ella se tenía que poner si era católica o no— le dije: “Ustedes dicen que todos los españoles somos católicos porque el Estado español es católico; yo solo digo que no soy creyente. De ahí para adelante ponga usted lo que quiera, no le voy a decir más”. El tío se cabreó hasta más no poder y me tuvo todo el tiempo que estuve allí en una celda de esas de la Inquisición, porque lo era, incluso aún existían en las paredes y en el suelo los grilletes de haber tenido a los presos atados de pies y brazos. Tenía la ventanita aquella que se ve en las estampitas en forma de embudo que empezaba como una esfera grande y terminaba en un agujerito como el fondo de una botella. En la esfera había un cuerpo y por el agujerito un pájaro. Era tremendo.

Allí, las compañeras que servían la comida, que también eran políticas, conmigo se portaron muy bien. Me subían revistas, el rancho como a mí me gustaba, caldito para entrar en calor. La gente no se portó mal.

—*¿Hera la cárcel de Predicadores?*

Pues lo sería, no sé, porque tal como me metieron, me sacaron, no supe dónde estuve.

—*En la cárcel de Zaragoza, ¿estuviste aislada todo el tiempo?*

Aislada, sí, allí no había nada más que las chicas que me subían la comida.

—*¿Tenías cama de hierro?*

Sí, sí, había cama, allí era imposible dormir en el suelo; bueno,

imposible no, porque todo era posible con esta gente, pero, vamos, eran losas de piedra y fíjate qué grosor de paredes habría, más que esta mesa (noventa centímetros) y a un extremo estaba la puerta que daba a la galería y al otro extremo la puerta que daba a la celda; en este rellano, entre puerta y puerta, se quedaba la que llevaba el rancho, abrían la puerta y me lo daban y en un descuidito de la funcionaria, que se entretenía con las estraperlistas, me pasaban revistas para que me distrajera, y me echaban un poquito más de rancho, se portaban bien.

Ya de allí me llevaron a Bilbao. Iba una expedición de Zaragoza también. En Bilbao la gente se portó muy bien y hasta por las calles trataban de ayudarte a llevar los paquetes. Incluso las monjas de la cárcel de Larrinaga eran distintas, se portaban mejor. Cuando llegamos nos dieron una comida, no buena, en ninguna cárcel te daban rancho bueno, pero comimos. Allí estuvimos pocos días. Nos llevaron a Amorebieta y estuve lo menos nueve o diez meses, hasta que la cerraron. Allí me pasaba la vida castigada, pero ¿por qué? Yo no soy violenta, se ve que es el temperamento que tienes sin darte cuenta; por ejemplo te decían: “A misa”, y en misa las monjas, a arrodillarse una y otra vez, y yo decía: “Pero si eso no está en el reglamento. Yo no soy monja y no tengo por qué hacer las cosas de las monjas”, y me sentaba en el banco y las demás subían y bajaban, igual que las monjas, pero el ejemplo mío fue cundiendo y nos hicimos un grupito de cinco o seis y entonces no lo aguantaron y un día una monja gorda nos vino por detrás y nos pegó unos empujones que nos hizo caer casi de bruces al otro banco; y nos tuvimos que poner de rodillas.

Yo disculpo a la gente porque la inconsciencia y el miedo, incluso a nosotros mismos, nos hace volvernos a veces en contra de la razón, de la dignidad, y de todo, porque al subir la gente empezó a decir que si éramos tan valientes por qué nos habíamos dejado empujar y poner de rodillas, y como la gente se nos enfrentaba tuvimos que hacer jerigonza igual que todos. Comprendo que

eran tonterías, pero tener que meter la mano en la pilita bendita y santiguarse y hacer todo aquello que no sentías. Yo le dije una vez a una monja: “Mire usted, mi madre era más católica que usted y en eso yo no la he obedecido, y la he querido más que a nadie; en ese terreno a usted también la tengo que desobedecer, porque usted no es más que mi madre. Es inútil que me obliguen ustedes porque no lo voy a hacer aunque me quede sola. En eso sí que no voy a ceder”. Y no lo hice y me castigaron otra vez.

Había un cartel en la escalera que decía “Silencio”, y el cartelito aquel a mí me sacaba de quicio, silencio siempre, y éramos un grupo de unas hermanas asturianas y su madre, “pues este cartelito hay que quitarlo porque, vamos, nos tienen en silencio todo el día”. Un día desapareció el cartelito y sólo lo sabíamos las que lo habíamos quitado, para que las demás no dijeran nada, pero se lo figuraron al final, y castigadas otra vez, sin correspondencia.

En Amorebieta, éramos dos que bordábamos y tres que hacían punto, y la labor que entraba en la prisión casi toda nos la daban a nosotras, y las cosas especiales de esmero ya sabía yo que eran para mí, como una colcha que llevaron que era de malla, que estuve hasta las tantas de la noche para terminarla. O sea, que las monjas, a pesar de que políticamente siempre andábamos a la greña, luego, en las labores, nos preferían porque trabajábamos bien y claro siempre teníamos dinero, porque la gente de Bilbao y de toda aquella parte se preocupaban de que en la cárcel no faltase trabajo. Yo, la sensación que tenía es que había mucha preocupación en la calle por nosotras. Un día, por ejemplo, no se por qué nos hicieron una guarrada con la comida, nostras comprábamos la leche, nos daban la borona aquella, la echábamos en la leche; un pescadito asado, que por una perra gorda te lo asaban, y cenábamos divinamente, o sea que en el fondo, las únicas que comíamos de verdad éramos nosotras, nuestro grupo pero dejan sin cenar una noche a toda la reclusión porque la comida o tenía mucha sal o no tenía nada, no recuerdo, el caso es que al día siguiente la gente estaba

endemoniada. Allí, cuando ibas a decir algo te respondían: “Silencio!, no podéis decir nada”, pero la monja iba todos los días a leernos unas monsergas de unos libritos y ese día trataba algo de las ánimas, los sacrificios, los sufrimientos, los ofrecemos por las ánimas del purgatorio y en ese momento todas las mujeres, toda la prisión a coro contestó: “¿Y el quedarnos sin cenar también se lo podemos ofrecer a las ánimas del purgatorio?”. Ella se calló y siguió leyendo, pero cuando terminó de leer se vino hacia nosotras a preguntarnos a quién se le había ocurrido aquello y dijimos que a nosotras, que considerábamos que no era justo quedarnos sin cenar. Entonces armamos una zapatista que hasta los guardias nos apuntaban por la ventana con el fusil. Ella, muy chula, diciendo que nos iba a bajar al despacho. A mí ya me habían bajado una vez y no me escuchó el director, me echó el sermón y cuando yo fui a hablar para decir lo que me parecía cerró la puerta y me dejó fuera. Entonces yo le dije: “Bueno, usted nos va a bajar al despacho, pero yo, si bajo, voy a hablar, no crea el señor director que va a hacer como la otra vez que me cerró la puerta, me atravieso en ella y no la cierra. Yo le voy a decir que ustedes echan la comida a los cerdos antes que dárnosla a nosotras, y que ustedes prefieren tirar el aceite también a los cerdos antes que dárnoslo. Que conste que si bajo le digo todo esto, así que haga usted lo que quiera”. No me bajó, porque eso era verdad, que lo veíamos nosotras y aun que protestábamos se hacían las sordas... pero hizo otra cosa peor; bajó a la cocina y dijo que nosotras, las dos bordadoras, que llevábamos siempre las planchas a calentar, por lo que nos cobraban diez céntimos por cada plancha, y ella sabía que yo tenía planchas puestas para planchar unos juegos de cama. “¿Saben lo que han dicho las comunistas?, que son ustedes unas guarras y que por culpa de ustedes se han quedado sin cenar”. Inocente de mí; bajo a por las planchas y las cocineras, ¡no te digo, cómo estaban! Me pusieron verde, me dijeron que lástima no me quemara la lengua y todo lo que se les ocurrió; yo, para qué decirte, me llevé un

sofocón, pensaba: “Resulta que somos las primeras en reclamar nuestros derechos como reclusas y ahora...”. Las mujeres de la cocina me pusieron como un trapo; eran anarquistas, Zaragozanas, de la CNT, por hacerse eco al chisme que les lleva una monja que a todas nos lleva a raya y cuya intención es querernos enfrentar. Afortunadamente, y no es por presumir ahora, los comunistas, en cualquier sitio que estábamos, siendo tres o cuatro, éramos los que de verdad sabíamos cuál tenía que ser nuestra posición y cómo nos teníamos que comportar; una compañera, fuese quien fuese, lo mismo si era socialista, anarquista o católica, si tenía un problema y podíamos ayudarle, la ayudábamos pero en cambio, con nosotras no reaccionaban igual, ya lo sabes tú porque en ocasiones te has visto en apuros muy gordos y no te ayudaban y te decían: “Es que vosotras sabéis salir”. Bueno, pues tomad ejemplo de nosotras.

Las comunistas, aunque no voy a decir que hemos sido todas perfectas, en general hemos sabido comportarnos en Amorebieta; éramos el alma de las protestas y de las situaciones; aguantábamos los castigos y solucionábamos los problemas; las demás, fíjate el cisco que me armaron aquel día: lo que tuvimos que discutir para que comprendieran que no habíamos dicho tal cosa de ellas.

Yo estaba tan flacucha, tan delgaducha, que no llegaba nunca a pesar los treinta y cinco kilos. A mí, la verdad, el hambre no me atormentó; el frío sí. Cuando el rancho parecía que tenía hambre pero lo olía y parecía que me ponían unas cremalleras en la boca y se me quitaba el hambre, del mal olor, “yo no me lo como”, al final me lo comía y de casa me empezaron a mandar, porque yo solo pedí aceite para el pescado que nos vendían y algunas cosas en el economato lo bajas y te lo hacían. Me acuerdo un día que no tenía nada y decidí un arroz con un tomate que compré y un caldo Maggi, y yo no sé si era peor el rancho o aquello que me guisé, ¡oh, qué malo!, ¡qué malo estaba aquello! Yo decía: “Aquí la diño”, así que no llegaba nunca a tener 36 de temperatura y la Casilda decía que no me ponía el termómetro y que por eso no subía, y un día

yo le dije: “Conste que yo no quiero que me lleven a la enfermería, ¿eh?, porque prefiero estar enferma aquí con mis compañeras que en la enfermería, pero quiero que vea que es verdad que no sube el termómetro y me lo pongo”. Hice sentar a la enfermera, ponerme el termómetro y que esperara a que subiese. Cuando me lo quitó vio que no subía y le dijo a la monja: “Hermana, es verdad, tiene tanta debilidad que habría que darle unas vitaminas”, y dijo: No, no se le puede dar nada. Yo no decía nunca nada, no iba a quejarme, les decía: Anda y que os den dos duros”, y eso les daba mucha rabia, esa indiferencia mía, así, a la pata la llana, las endemoniaba mucho. Había camas cuando yo fui; ya teníamos cada una la nuestra.

—*¿Te acuerdas de aquella sala que hacía la U? Estabais vosotras ya con camas, pues en esa si caía un alfiler no llegaba al suelo. Los petates estaban tan juntos que hasta se encogían y se hacían más pequeños.*

Claro, claro, igual que en Ventas; pues cuando yo fui había camas. Estaban las monjas, la hermana que nos leía las oraciones, la hermana Basilia; una gorda que se reían de ella porque era buenecita y no nos hacía la vida imposible, no se metía con nosotras. Las monjas decían que era tonta, y luego el director, que no se le veía nunca por la prisión, y funcionarias no había ninguna, o sea, que eran las monjas solas que llevaban la disciplina, las monjas y el fraile, el semental. Era un tío bestia, además era odioso hasta explicando el catecismo... nosotras no le hacíamos caso.

Nos hacen el traslado a Segovia y seguirnos juntas las cinco. A nosotras ya no nos pilló la huelga pero sí un problema: que cogieron unas notas a una camarada que estaba un poco enloquecida, no voy a dar su nombre, y hubo un problemón tremendo, no sé cómo no nos fusilaron; a ella la metieron en una celda, en fin, que nos dio mucha guerra. Pudo haber otra huelga en los meses que me quedaron de estar. Subió una compañera y nos dijo que los garbanzos que nos iban a dar en la comida estaban apolilla-

dos y que no los cogiésemos. Se enteraron de que ya estábamos dispuestas a no coger la comida y cambiaron los garbanzos por otras cosas. Comprendimos que era cierto y que había una chivata porque castigaron a la compañera que avisó, bajamos al centro y la soltaron enseguida; se ve que se acordaron de la huelga pasada y no quisieron repetirla.

A mí se me ocurrió decir a la funcionaria: “Ay!, señorita, no la metan ustedes en la celda, que son peores que las de la Inquisición”. ¡Ja!, y solo por decirle eso me pusieron seis meses más de cárcel, ¿qué te parece? Sin embargo un día en una visita me adelanté y le dije al director que nos dejase leer la prensa y que nos diese azúcar para el café; el director no me dijo nada ni me castigaron, no me hicieron caso y ya está, pero con lo de las celdas de la Inquisición... Yo decía: “Pero cómo van a meter ahí a esa mujer por una tontería? Ella ha querido gastarnos una broma y ha dicho eso; como podía haber dicho que era caviar lo que nos iban a dar ustedes”. Pues por decir eso, seis meses de propina me pusieron, que los pasé mal, muy mal. Salí enferma de verdad.

—*En cambio, no llegaste a demostrarlo, siempre se te veía alegre y contenta.*

Claro, donde hubiese alguien cantando, allí estaba yo.

—*¿Te acuerdas de alguna de las canciones?*

¿De las canciones de la cárcel? No, se me han ido olvidando. Lo que son las cosas. Yo soy una de las personas que aparentemente he llevado mejor que otras la prisión pero era de las que peor la llevaban. Nunca decía nada, no he creado problemas porque nadie me podía solucionar nada; si estábamos allí, pues a aguantar, pero soy una persona muy inquieta, me paso el día yendo y viniendo, haciendo y deshaciendo, y soy feliz, pero me estoy todo el día así sentadita como ahora y termino muerta, con dolores de huesos, con un cansancio horrible. Imagínate sentada todo el día en el petate o andando sobre el mismo ladrillo..., yo me ponía enferma,

estaba flaca como una sardina. Era horrible, yo lo pasé muy mal, así que cuando salí dije: “Vamos a ver cómo hago para no volver a la cárcel; tengo que estudiar la manera de no volver más”.

—*No te he preguntado si tienes fotos.*

¿De la cárcel? Mías no tengo.

—*¿Y tú no te hacías fotos?*

Ay, no. Una vez fueron a hacer fotos y salió una zapatilla nada más y la conocimos porque me la había hecho yo de unos trapos con flores. A partir de entonces dije: “A mí no me retratan esos tíos”. Yo era muy *rabuda*, y ahora parece que me hubiera vuelto ñoña, ya no soy tan *rabuda*.

—*¿Cuándo saliste volviste de nuevo a la clandestinidad?*

Salí en el 47, y lo pasé muy mal, yo pienso que no he estado mucho tiempo en la cárcel, he sido la que menos he estado de las compañeras que, como yo, teníamos más responsabilidad, porque total, siete años... Cuando digo “total, siete años”, la gente dice: “Huuuy!”, pero comparándolos a los que han estado veinte no es mucho. Pero si dentro lo pasé mal fuera lo pasé peor porque, aunque te digo de verdad que me ha querido mucho la gente, que se han portado muy bien conmigo; cuando salí se desvivían por invitarme a comer, a recibirme en su casa, me daban cariño, pero lo que necesitaba era trabajar y nadie se atrevía a responder por mí en ningún sitio. Por ejemplo, yo creía que para mí la solución era haberme colocado de costurera en un hotel, es posible que fuese porque la comida la tendría asegurada, que no era modista, pero coser sabía. Oye, pues yo conocía gente que tenía relaciones con hoteles y nadie se atrevió a responder por mí. En Galerías Preciados había también quien podía haberme echado una manita. Me daban mucho cariño, cuando me veían les daba mucha alearía y no me ofrecían dinero porque me conocían bien y yo les hubiese dicho que no lo necesitaba aunque así fuera. Hubo un grupo de compañeros que no me podían buscar

trabajo porque eran intelectuales y en su campo no podía trabajar yo, pero, en cambio una me daba para que le cosiera una blusita o una camisa para el marido porque sabían que necesitaba ayuda. Yo, francamente, sé que las hacía mal, ponía toda mi voluntad en hacerlas bien pero no soy modista, yo soy bordadora pero se las hacía con el ansia de ganarme los cinco duros que les iba a cobrar y ellas me los daban aunque arrinconasen la blusa. Yo creo que seguramente las han arrinconado porque si a mí no me gustaba como quedaban, a ellas..., no se las pondrían, digo yo.

Luego una compañera, Lola Freixa, me buscó trabajo en una tienda, en Ramón de la Cruz, de ropa de niños. Me escribió una carta diciéndome que fuese a ver si me interesaba. Fui y me dieron trabajo: me mandaron hacer vestiditos, pantaloncitos, que en mi vida los había hecho. No era más que con el propósito de ayudarme, porque yo he visto cosas que las han saldado porque no las vendían, estaban mal hechas de verdad. La gente me ayudó en lo que pudo pero fue difícil, muy difícil. Recuerdo un día que fui a ver a una chica que el hermano, que murió, siempre había andado detrás de mí. El marido me empezó a hablar mal del Partido, agarré semejante sofocón que cuando llegué a mi casa me dicen: “Oye, ¿qué te pasa?”. Llevaba hasta las orejas congestionadas del sofocón que me dieron. Bueno, así, esos sofocones te los daban y yo me daba unos hartones de llorar que decía: “Pues casi prefiero estar en la cárcel, porque si ahora que estoy en la calle y voy a ver a los que fueron, pero que no pasaron por donde nosotras, te reciben con alegría, eso sí, pero luego te empiezan a decir que si eres idiota, que si te han metido en esto, en lo otro...”. Así que en aquellos momentos yo, francamente, no volví al trabajo del Partido. Mantuve la relación con toda la gente mía. Después fueron saliendo compañeras y fue la cosa mejor porque nos íbamos relacionando unos con otros y nos fuimos ayudando. Me abrí camino como pude, pero la relación que he tenido ha sido eso, cotizar y recibir el material, eso es lo único, o sea, que no puedo decir: “Yo

he hecho este trabajo”.

Comentar cosas que has vivido, has oído y has visto sería no acabar. Mira, yo soy nacida en Orgaz, pues de los alrededores llevaban allí a fusilar a la gente. En Orgaz a las chicas las ponían en pelotas y sacaban a los hermanos y a los padres a verlas; les cortaron el pelo, les dieron aceite de ricino y las sacaban por el pueblo. Allí fusilaron a mucha gente. A una familia la destrozaron; eran campesinos, acomodados, muy trabajadores; el padre era un hombre por el que yo siempre he sentido admiración, era un hombre para el que mi padre había trabajado, mi padre era obrero en aquella casa, pero todo el mundo se creía que éramos familia porque siempre que íbamos mataba un cordero y nos recibía con alegría. Tenía un chico al que llamábamos el Morenito y otro que se llamaba Juan; a estos chicos los fusilaron sin expediente a los dos, sin juzgarles ni nada, y una hija ha estado en Amorebieta, por Saturrarán, por esos penales; tenían su hacienda y los dejaron en la calle. Al padre lo tuvieron en Burgos, en el penal también, muchos años.

El sastre por el cual caí la segunda vez, el otro día, en la asamblea de los jubilados, me lo encontré y fue él el que me conoció, vino a mí y me dijo: “Ay, qué alegría verte!”. Bueno, pues qué vamos a hacer, nos dimos la mano... ¡han pasado tantos años! Él estaba muy cambiado, envejecido, me saluda y yo le respondo. Si tienes que borrar de tu mente la revancha con el enemigo, cómo no lo vas a hacer con los que fueron amigos.

Hemos pasado de todo, más malo que bueno, pero éramos jóvenes y también hemos pasado buenos ratos para distraernos, y tenías que hacer estas cosas o te morías de asco y era aún joven para quererme morir, y ya ves, aunque ya estamos viejas y achacosas por lo que nos han hecho pasar, hemos visto morir al dictador y él no hizo morir a nuestro Partido como tantas veces lo había dicho. Aquí estamos los viejos con un Partido joven.



11.— ANEXO 2: OTRAS FOTOGRAFÍAS

Foto de estudio. La elegancia de "las modistillas".



NOTA: Todas las fotos de este anexo , que complementan las incluidas en el cuerpo de esta publicación, proceden del Archivo de la Familia Cuevas

PETRA CUEVAS, UNA LUCHADORA

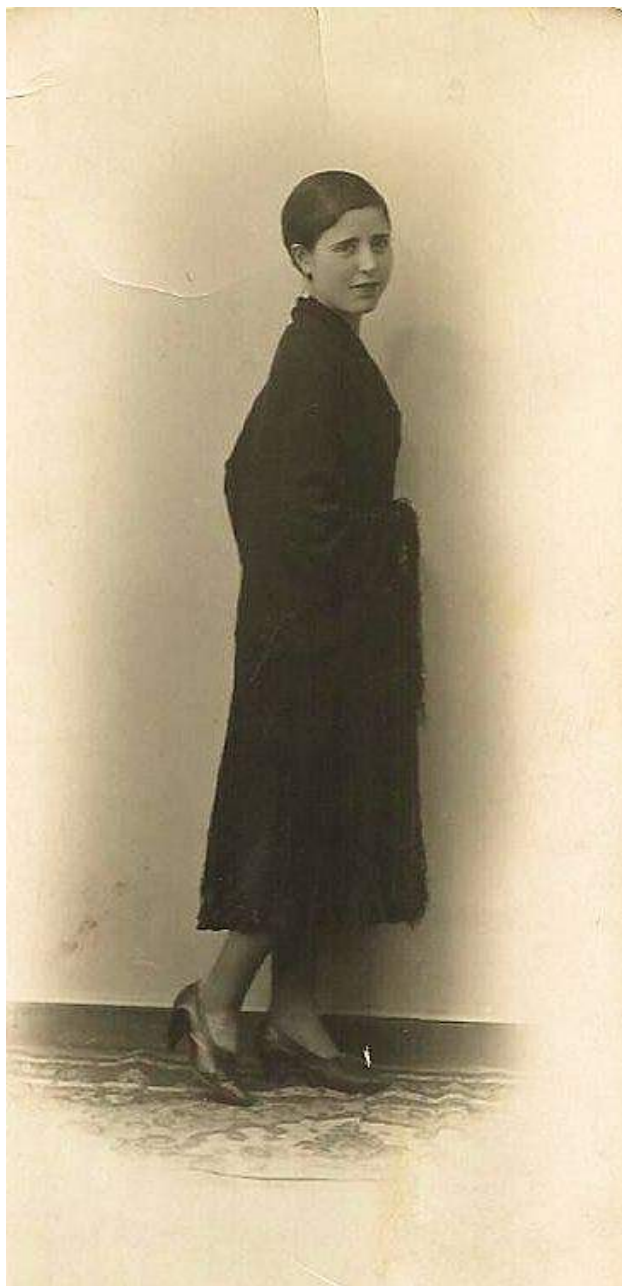


Foto de estudio. La elegancia de "las modistillas".

Foto de estudio. La elegancia de "las modistillas".



PETRA CUEVAS, UNA LUCHADORA



*En un barco cruzando
la ría de Vigo. Años
50.*

*Con su marido
Garrido en la Plaza
Mayor de Madrid.*



*Con su marido y
su nieta Mari Loli
en Segovia, en una
excursión de la Peña
La Corrala.*



PETRA CUEVAS, UNA LUCHADORA



De Izquierda a derecha Dolores Perez-Cejuela (prima y cuñada), Julian Cuevas (sobrino), Petra, Antonia (cuñada, hermana del marido), Paca Garrido (hija), Encarna España (sobrina) y Manolo España (cuñado, marido de Victoriana Cuevas).



Con su hija Paca y sus nietas Mari Loli y Silvia en el patio de la casa donde vivió más de 60 años en el distrito de Tetuán (Madrid)

*En el Templo de
Debod (Madrid)*



En Rosales (Madrid)



PETRA CUEVAS, UNA LUCHADORA



Con sus nietas Mari Loli y Silvia en el patio de su casa en el distrito de Tetuán (Madrid)

*En su casa en el
distrito de Tetuán
(Madrid)*





Celebración de su 100 cumpleaños en Collado Mediano (Madrid).

*Celebración de su
100 cumpleaños en
Collado Mediano
(Madrid).*



*Con su hermano
Esteban en la casa
de su nieta Mari Loli
en Collado Mediano
(Madrid).*





ÍNDICE

	Pg.
Presentación	3
Prólogo	5
1.- Una luchadora.....	7
2.- Datos biográficos	9
3.- Bordadora de profesión.....	15
4.- Actividad sindical	21
5.- Militancia política.....	29
6.- Procesos judiciales	33
7.- Presa en las cárceles franquistas	41
8.- Reconocimientos y homenajes.....	57
9.- Testimonios, entrevistas y noticias.....	63
10.- Anexo 1: Dos entrevistas.....	69
11.- Anexo 2: Otras fotografías.....	115

